

LA CENTRALIDAD DE CRISTO EN LA HORA PRESENTE

En esta edición hemos querido, una vez más, atender el asunto central de toda la vida y obra cristiana: la centralidad de Cristo. El apóstol Pablo nos dice en Efesios 1:9-10 que el misterio de la voluntad de Dios es hacer de Cristo centro y cabeza de todas las cosas. Y que, en consecuencia, todo el quehacer de Dios a través de las edades propende hacia este fin. Nada puede ser más alto, ni más supremo; pues, en el pensamiento de Dios nada puede ocurrir o existir aparte de su Hijo. Todo ha sido reunido en él.

Conocer este hecho, es sin duda, nuestra mayor necesidad. En nuestros días se ha vuelto un lugar común colocar al hombre, con sus necesidades y demandas, en el centro de todo. Vivimos en una era enfermizamente humanista, donde incluso el cristianismo ha sido reducido, por algunos, a una suerte de pálida religión de autoayuda, superación personal y progreso material. ¡Dios ha sido puesto al servicio de los hombres!

Por ello, hemos de recuperar el énfasis central, esencial, de la proclamación apostólica: predicar y enseñar a Jesucristo. Porque nada que sea menos que esto llenará la necesidad de la hora presente. La oscuridad moral, en inversa proporción al desarrollo científico y tecnológico, avanza como una marea incontenible y amenaza con anegar nuestras naciones.

Cuánto más grande, central y supremo sea él en nuestros corazones, vida y actividad, mayor será la luz que mostraremos a los hombres de este mundo. Sólo Cristo llenará la necesidad de esta hora oscura.

Creemos que nunca podremos enfatizar demasiado este asunto. Hoy como en el principio sigue siendo la cuestión vital. Por esta razón, en la perspectiva de diversos autores, del presente y del pasado, hemos querido revisar una vez más esto –la supremacía y centralidad de Cristo–, con el deseo y la oración de que nuestros ojos se abran para ver al Señor, alto y sublime, que todo lo llena en todo con la inefable gloria de su gracia y majestad.

¡Que el bendito Espíritu Santo siga tomando de lo Suyo y haciéndolo saber a nuestros corazones!

ENFOQUE DE ACTUALIDAD

- 3 **LA BATALLA POR LAS ALMAS DE LOS HOMBRES** / El resurgimiento del tema de Dios dentro de la Filosofía moderna.

TEMA DE PORTADA

- 10 **EL HIJO DE DIOS EN LA TRINIDAD** / La relación eterna del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en el único Dios trino. *Gino Iafrancesco*.
- 23 **EL PRIMER AMOR: EL COMIENZO** / El principio de un «Manual de amor» para el creyente que quiere avanzar en su devoción hacia Cristo. *Rubén Chacón*.
- 33 **LA REVELACION DE CESAREA DE FILIPO** / El Señor escogió cuidadosamente el tiempo y el lugar en que sus discípulos habrían de recibir la revelación mayor. *Christian Chen*.
- 41 **CRISTO, IMAGEN DE DIOS Y DEL HOMBRE** / En Cristo se encuentra la revelación de Dios y del hombre, ya que su naturaleza es divina y humana. *Roberto Sáez*.
- 46 **EL TESTIMONIO DE CRISTO** / El testimonio que las Sagradas Escrituras dan respecto de Jesús de Nazaret excede todo cuanto podamos imaginar. *Gonzalo Sepúlveda*.
- 51 **CRISTO, EL PRINCIPIO DE LA IGLESIA** / En medio del deterioro existente en la cristiandad, el creyente ha de ir a la fuente de todas sus experiencias de fe para anclar allí su vida. *Rodrigo Abarca*.
- 57 **POR CRISTO, CON EL Y EN EL** / En la obra de la cruz de Cristo es posible distinguir tres grandes hechos. *Ben Hiebert*.

LEGADO

- 64 **CENTRALIDAD Y SUPREMACIA DE CRISTO** / La centralidad del propósito de Dios, de la experiencia del creyente, de la iglesia y de todo cuanto existe es Cristo, el Hijo de su amor. *T. Austin-Sparks*.
- 68 **LA TOTAL SUFICIENCIA DE CRISTO** / La incertidumbre en que viven muchos hijos de Dios se debe a no haber recibido en sus corazones un Cristo pleno, como la total provisión de Dios para ellos. *C. H. Mackintosh*.
- 81 **LA REVELACION DE CRISTO POR EL ESPIRITU** / El misterio de la persona de Cristo sólo puede ser comprendido a medida que la luz de Dios descienda sobre el hombre. *G. Campbell Morgan*.
- 86 **NUESTRA HERENCIA PLENA EN CRISTO** / Algunas riquezas de Cristo disponibles para todo cristiano. *A. B. Simpson*.
- 93 **CANAAN Y CRISTO** / Una hermosa aplicación espiritual del significado tipológico de Canaán. *F. B. Meyer*.

ESTUDIO BÍBLICO

- 100 **BOSQUEJO DE MIQUEAS** / *A. T. Pierson*.
- 101 **VIENDO A CRISTO EN LA COMUNION: AMOR Y VERDAD** / Un estudio de la Segunda Epístola de Juan. *Stephen Kaung*.

APOLOGÉTICA

- 114 **EL APORTE DE LOS «FILOSOFOS DE LA SOSPECHA»** / Diálogos entre Teología y Filosofía. *Rubén Chacón*.

SECCIONES FIJAS

63 Joyas de Inspiración / 120 Página del lector

El resurgimiento del tema de Dios dentro de la Filosofía moderna.



La batalla por las almas de los hombres

El título del presente artículo surge de una declaración hecha por el notable filósofo cristiano Alvin Plantinga: «El mundo intelectual occidental contemporáneo es un campo de batalla o un ruedo en

el cual ruge una lucha por las almas de los hombres».

Al respecto, el filósofo cristiano evangélico William Lane Craig en un artículo recientemente publicado en la prestigiosa revista *Christianity*

Today, habla de una verdadera «revolución en la filosofía angloamericana» en los tiempos que corren. «Tres escuelas de pensamiento», dice Craig, «forcejean una contra otra compitiendo para ganar las mentes de hombres y mujeres pensantes: el naturalismo de la Ilustración, el antirrealismo postmoderno y el teísmo, típicamente el teísmo cristiano. Es en el campo de la filosofía que tienen lugar las batallas decisivas, y el resultado de estas luchas repercutirá a través de la universidad y finalmente de la cultura occidental».

También en otros círculos académicos se está hablando profusamente del «resurgimiento del teísmo» –la postura favorable a la existencia de Dios– dentro de la filosofía moderna, en tiempos en que la discusión filosófica acerca de Dios se creía sepultada por la tristemente célebre frase: «Dios ha muerto».

Quizás no alcanzamos a dimensionar los efectos que este tipo de declaraciones filosóficas produzcan en la sociedad. Pero si unimos esta declaración a la emblemática canción de John Lennon, «*Imagine*», de alto impacto en la juventud de su tiempo –hoy, personalidades de entre 50 a 60 ó más años de edad, algunos de los cuales gobiernan el mundo occidental–, parte de la letra de esta canción dice: «*Imagine un mundo sin cielo, sin infierno, un mundo sin religión*». Indirectamente, dice: 'No hay Dios, no hay que hacerse problemas; a nadie vamos a dar cuenta. Si no hay cielo ni infierno, entonces tampoco hay bien ni mal'.

¿Podría alguien negar que este acuerdo tácito entre el arte y la filoso-

fía ha tenido un fuerte impacto en nuestra convulsionada sociedad, especialmente en el terreno moral? La llamada 'agenda valórica', hoy en día, se considera más 'progresista' (eufemismo de moda) en la medida en que más se relajan los valores morales. Si «Dios ha muerto», podemos, por tanto, en nombre de la libertad, dar rienda suelta a todas las bajas pasiones de la naturaleza humana.

Esto es solo un botón de muestra de la influencia de la filosofía en el devenir de la sociedad.

Para darle más sentido al impacto de esta revolución, Craig cita el testimonio de un prominente filósofo ateo, Quentin Smith, acerca del cambio que ha tenido lugar en la filosofía angloamericana. En un artículo aparecido en el periódico secular *Philo* (2001), Smith lamenta lo que llama «la desecularización de las instituciones académicas que se desarrolló en los departamentos de filosofía desde fines de los años sesenta». Él escribe que para entonces, «se consideraba que el teísmo tenía algo así como un bajo status epistémico que no encajaba con los estándares de una posición 'académicamente respetable'. Pero, se volvió, casi de la noche a la mañana, 'académicamente respetable' argüir a favor del teísmo, haciendo de la filosofía un campo favorable de entrada para los más inteligentes y talentosos teístas que ingresan hoy en las instituciones académicas». Y concluye: «Dios no 'ha muerto' en la academia; él volvió a la vida al final de los años sesenta y ahora está vivo y bien vivo en su último bastión académico, los departamentos de filosofía».

Ha surgido un nuevo interés en el Dios de la tradición ortodoxa judeo-cristiana entre los filósofos contemporáneos. Este nuevo interés es descendiente del fallecimiento del positivismo lógico, una falta de rigor intelectual en el liberalismo teológico y el incremento de la sofisticación de los argumentos teístas. Hay dos argumentos que ilustran las variadas pruebas contemporáneas para el teísmo que han captado gran interés. Uno propone que creer en Dios es racional aparte de cualquier evidencia especial. El otro, llamado el argumento cosmológico *kalam*, sostiene que todo lo que empieza tiene una causa, el universo tiene un comienzo, y por lo tanto, el universo tiene una causa. Estos argumentos están satisfaciendo la prueba sobre la existencia de Dios a aquellos que están predispuestos filosóficamente.

En 1980 *Time* publicó una crónica acerca de la repentina reexaminación de Dios en los círculos filosóficos contemporáneos. Aunque era todavía una discreta minoría en las universidades seculares, desde 1980 este movimiento ha crecido en número y en la sofisticación de sus argumentos.

Quizás hasta hoy un cuarto o un tercio de los profesores de filosofía son teístas, la mayoría cristianos ortodoxos. Aunque muchos teístas no trabajan en el área de la filosofía de la religión, muchos de ellos trabajan en esta área en que ahora hay más de cinco periódicos de filosofía dedicados al teísmo o a la filosofía de la religión.

Una estadística mostraría que en el catálogo de la editora de la Univer-

sidad de Oxford 2000-2001 hay 96 libros recientemente publicados sobre filosofía de la religión

Definiendo los términos

Cualquiera que esté al corriente de la filosofía sabe la extrema importancia de cómo un pensador define sus términos. Con el objetivo de ser claros, definiremos *Dios, creencia y filosofía*.

Dios es el Dios de la tradición judeo-cristiana, un ser espiritual racional todopoderoso, omnisciente y amoroso, omnipresente, inmutable, trascendente, eterno, y el creador personal de todo lo que existe.

Creer es el acto de la consciencia humana que realiza un compromiso personal a una propuesta. Para creer en alguna cosa hay que tener fe en algo que es consistente con lo que crees que debe ser una buena evidencia. Por ejemplo, el matrimonio es un acto de fe. Antes de casarte, crees que tienes suficientes evidencias para justificar un compromiso que va más allá de la evidencia. Cuando un teísta filosófico dice que cree en Dios, no quiere decir que tiene la evidencia indiscutible para apoyar su compromiso. En vez de ello, significa que está en su derecho intelectual de sostener esta creencia.

Filosofía es la disciplina intelectual que examina de manera crítica los fundamentos de otros campos de estudio. Los departamentos de filosofía universitarios en todo el mundo aspiran a examinar cuestiones de importancia fundamental en otras disciplinas, ya sea en el campo de la ciencia, la teología (Por ejemplo, ¿es racional

creer en Dios?), o la ética (¿Qué es lo correcto o lo incorrecto?).

Desafortunadamente, muchos cristianos creen que la filosofía es anticristiana de por sí, basando su conclusión en la orientación atea o agnóstica de muchos profesores de filosofía. Sin embargo muchos buenos filósofos cristianos emplean sus habilidades de pensamiento crítico de filosofía en evaluar los temas clásicos de la teología. De hecho, la filosofía puede contribuir a la defensa de la fe cristiana.

El regreso del teísmo tradicional a la filosofía se explica por las siguientes razones: La muerte del positivismo lógico, la falta de rigor intelectual en el teísmo liberal, y el incremento de la sofisticación de los argumentos teístas.

La muerte del positivismo lógico

El positivismo lógico es una posición filosófica que mantiene que algo tiene sentido si es cierto por definición o si puede ser percibido por los cinco sentidos (por lo cual Dios no tiene sentido para los positivistas). A esto se le llamó el Sentido de Criterio Verificable. Aunque el pensamiento

de que creer en algo que no se puede ver o tocar es un sin sentido está generalizado a nivel popular, el positivismo lógico ha sufrido una muerte filosófica. El filósofo de la ciencia, Del Ratzsch, señala los problemas del Criterio Verificable. Primero, hay varios principios esenciales de la ciencia que no se pueden comprobar empíricamente pero que se presuponen para poder probar otras proposiciones científicas. Y por último, el Criterio Verificable se contradice a sí mismo ya que no se puede comprobar empíricamente.

La falta de rigor intelectual en el liberalismo teológico

Gordon Kaufman, un teólogo liberal, acusa a los filósofos cristianos de mostrar una intolerancia social y una antipatía hacia otras religiones, a lo que los filósofos cristianos Stump y Kretzman responden que, la posición de Kaufman es más antipática e irrespetuosa que la del cristianismo tradicional ya que rechaza como falsas todas las pretensiones por parte del cristianismo, judaísmo, e islamismo y otras religiones de conocer cosas verdaderas en cuanto a

Lo que es increíble en cuanto al reciente resurgimiento del teísmo es que comenzó en un tiempo en que la muerte de Dios había sido declarada, el forense estaba preparándose para la autopsia y la presunción de los ateos permeaba el panorama de la ortodoxia secular.

la naturaleza de Dios y la salvación humana. Kaufman, además, afirma que «Dios está más allá de nuestro entendimiento y conocimiento», y como Stump y Kretzman señalan, está haciendo una afirmación de su conocimiento acerca de la naturaleza de Dios, «a saber, que la naturaleza de Dios tiene la propiedad de ser inescrutable para nosotros. Pero si Kaufman es capaz de conocer una de las propiedades de Dios, su afirmación es falsa en sí misma». Y al condenar el holocausto y otras atrocidades morales como esencialmente malas, Kaufman contradice su defensa del relativismo epistemológico y ético, dando a entender que existen algunos valores que no dependen de la cultura. El tipo de argumentación de Kaufman es típico de mucha de la literatura teológica liberal. Por esta razón, los filósofos no han sido capaces de encontrar nada lógicamente incorrecto en seguir discusiones teológicas rigurosas de temas de la teología tradicional.

Incremento en la sofisticación del argumento teológico

1. La racionalidad de la creencia en Dios

Alvin Plantinga argumenta que creer en Dios es racional aparte de cualquier evidencia, al contrario que el argumento de los evidencialistas, que argumentan que se tiene justificación racional para creer en algo si es fundamental para el conocimiento o está basado en la evidencia.

Plantinga pregunta por qué la proposición «Dios existe» no puede ser fundamental para el conocimiento y de esta manera no necesitada de una

evidencia, a lo que los evidencialistas responden que sólo las proposiciones propiamente básicas, es decir, auto-evidentes e incorregibles, son fundamentales para el conocimiento.

Plantinga considera el criterio del evidencialista como inadecuado, pues no puede desechar la posibilidad de que creer en Dios es apropiadamente básico. Además defiende que muchas cosas en la vida son racionalmente creíbles aparte de la evidencia, como por ejemplo creer que el mundo no fue creado hace diez minutos con toda la apariencia y recuerdos de un mundo que tiene miles de millones de años de antigüedad.

*2. El argumento cosmológico **kalam**¹*

El argumento *kalam*, propuesto por Craig, se puede exponer de la siguiente forma:

1. Todo lo que comienza a existir lo hace por una causa.
2. El Universo tiene un comienzo.
3. Por lo tanto el Universo tiene una causa.

Este argumento presenta una serie de alternativas. Primero, el universo o tuvo un comienzo o no lo tuvo. Segundo, si el universo tuvo un comienzo, entonces fue o causado o no causado. Tercero, si el comienzo del universo tuvo una causa, entonces esta causa fue o personal o impersonal. Al mostrar que una parte de cada alternativa es más razonable que la otra, este argumento muestra

¹ *Kalam* es una palabra árabe que se suele traducir por teología, pero significa simplemente discurso: es la reflexión ordenada basada en la argumentación que demuestra la validez racional de las enseñanzas de la cosmovisión islámica. (N. del T.)

la sensatez de creer en la existencia de un creador personal, Dios.

A. ¿Es más razonable creer que el Universo tuvo un comienzo o que no lo tuvo?

Cuando uno piensa en una serie de eventos en el tiempo, no piensa en ellos como sucediendo todos a la vez, sino uno tras otro. Las series de eventos en el tiempo no pueden ser realmente infinitas porque a un conjunto infinito no se le puede añadir nada, está completo, y las series de eventos en el tiempo siempre se están incrementando. Si el Universo no tuviera un principio, entonces cada evento estaría precedido de un número infinito de eventos. Pero si nunca se puede llegar al infinito por añadir un integrante tras otro, nunca podría llegar al día presente. Entonces parece más razonable creer que el universo tuvo un comienzo.

B. ¿Es más razonable creer que el Universo fue causado o no causado?

Ya que el testimonio abrumador de la experiencia humana testifica del hecho de que algo no puede surgir de la nada, una vez es establecido que el universo comenzó a existir, la persona razonable no dudaría en afirmar que el universo tuvo una causa. Quizá uno pudiera todavía afirmar que es lógicamente posible que el universo no tuviera una causa, pero esto no parece ser metafísicamente posible. Por lo tanto, es más plausible que el universo fue causado si tuvo un comienzo.

C. ¿Es más razonable que el Universo tuvo una causa personal o impersonal?

Defendiendo que esta causa es personal, Craig pregunta, «¿cómo puede llegar a existir un primer evento si la causa de ese evento siempre ha existido? ¿Por qué no es el efecto tan eterno como la causa?». La única manera de tener una causa eterna pero, con un evento que comienza en un punto del tiempo, es si la causa es un «agente personal» que decide libremente crear un efecto en el tiempo. Entonces parece ser más razonable creer que la causa fue personal.

La ruidosa conversión de un filósofo ateo

Otro golpe a la filosofía atea tradicional tiene que ver con los cambios o 'conversiones' de algunos de sus principales exponentes. Durante los últimos cincuenta años, el ateo más famoso del mundo ha sido Anthony Flew. Mucho antes de que Richard Dawkins comenzara a atacar a la religión, Flew era el portavoz de los no creyentes; pero ahora Flew es el más famoso «converso» del mundo. En 1966 escribió su obra *God and philosophy* («Dios y la filosofía») y en 1984 *The presumption of atheism* («La presunción de ateísmo»). En ambas mantuvo una postura 'evidencialista', según la cual debe presuponerse el ateísmo hasta que no se presenten evidencias de lo contrario. No obstante, éste ha parecido ser recientemente el caso, a juzgar por su último trabajo *There is God* («Hay Dios»), que Flew considera su última palabra sobre el tema. «Debo decir –declara– que el viaje de mi descubrimiento de lo divino ha sido hasta ahora un pe-

regrinaje de la razón. He seguido el argumento hasta donde me ha conducido».

Conclusión

No hay duda de que la batalla intelectual entre la fe y la incredulidad continuará. Pero lo que es increíble en cuanto al reciente resurgimiento del teísmo es que comenzó en un tiempo en que la muerte de Dios había sido declarada, el forense estaba preparándose para la autopsia y la presunción de los ateos permeaba el panorama de la ortodoxia secular.

Algunas personas pueden decir que Dios está mirando hacia abajo y está entretenido con los débiles intentos de los filósofos de demostrar la racionalidad de creer en él a un mundo en el cual tantas personas, completamente inconscientes del argumento cosmológico o cualquier otra prueba teísta, todavía creen y confían en Dios.

No obstante tal cinismo absoluto en cuanto a la mentalidad humana parece inconsistente con una verda-

dera fe robusta. Si Dios existe (y ciertamente creemos que existe) y nos ha dado nuestras mentes y corazones con los que pensamos y sentimos, es axiomático que él estuviera interesado con cada minuto detallado de nuestra existencia intelectual y emocional. Consecuentemente él permitiría al simple sentirse seguro en una fe simple basada en un Dios infinitamente complejo y a los que están más inclinados filosóficamente a encontrar satisfacción intelectual en el estudio de un Dios infinitamente complejo al que sólo se puede encontrar personalmente a través de un simple acto de fe. A pesar de si uno encuentra el resurgimiento de la filosofía teísta decepcionante o animador, no puede negar que es una parte importante y fascinante de nuestro entorno intelectual contemporáneo.

Fuentes:

Francis J. Beckwith: «El resurgimiento del teísmo», <http://www.menteabierta.org/>

W. Lane Craig: «The Revolution in Anglo-American Philosophy», <http://www.reasonablefaith.org/>

* * *

Una vida nueva

Muy a menudo, en mis tiempos de necesidad, consideraba a Cristo como un Ser aparte, nunca vinculándole con las cosas de que sentía tanta falta. Durante dos años anduve palpando en la oscuridad, procurando reunir todo ese cúmulo de virtudes que yo consideraba comprendían el total de la vida cristiana, sin adelantar nada. Fue entonces, un día del año 1933, que fui iluminado por luz celestial, y vi a Cristo ordenado por Dios para ser mío en su plenitud. ¡Qué diferencia! ¡Qué huecas resultaron ser las cosas, las virtudes en sí, que antes tanto ansiaba tener!

Aparte de Cristo son cosas muertas. Darnos cuenta de esto, será como empezar una vida nueva. Desde entonces nuestra santidad se escribirá con una *S* mayúscula y nuestro amor con una *A* mayúscula. Cristo mismo en nosotros es la respuesta a todas las demandas divinas.

Watchman Nee, en Sentaos, andad, estad firmes

TEMA DE PORTADA

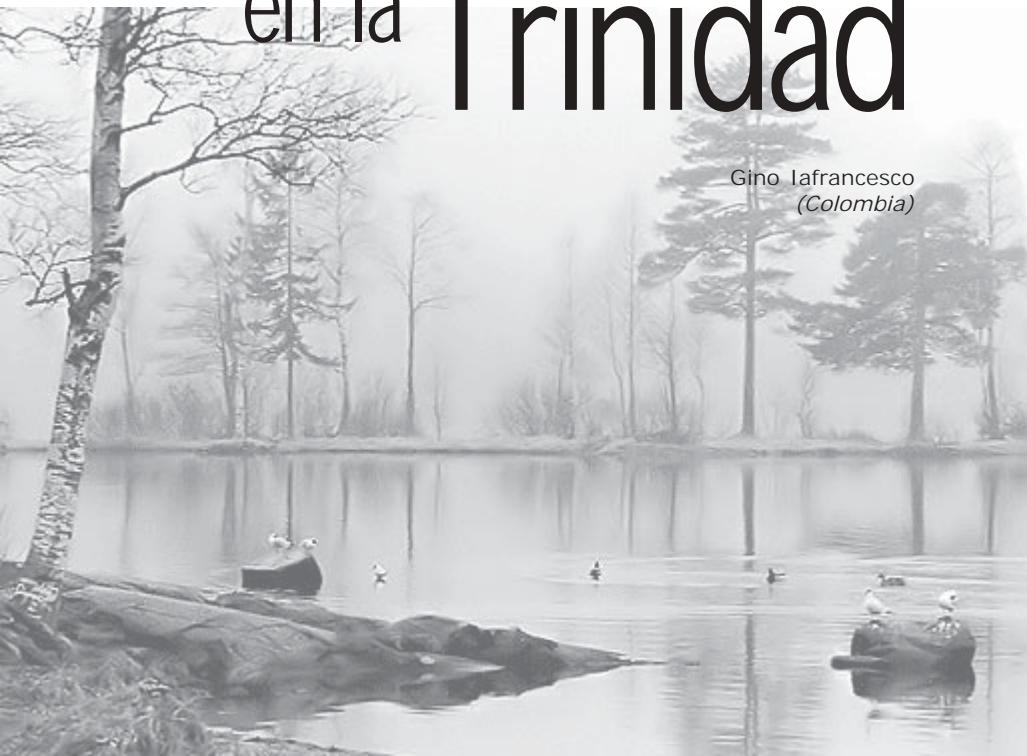
La relación eterna del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en el único Dios trino.

«¿Quién subió al cielo, y descendió? ¿Quién encerró los vientos en sus puños? ¿Quién ató las aguas en un paño? ¿Quién afirmó todos los términos de la tierra? ¿Cuál es su nombre, y el nombre de su hijo, si sabes?» (Prov. 1: 1-4).

Estas son preguntas que el Espíritu del Señor conduce a los hombres a hacerse, mirando lo que Dios ha hecho, por que como está escrito en Romanos 1:20, *«las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles ... por medio de las cosas hechas».*

El Hijo de Dios en la Trinidad

Gino Iafrancesco
(Colombia)



Y esa pregunta, «¿Quién...?», es la misma que, desde un torbellino, le hace también Dios a Job. La evidencia de las cosas creadas nos lleva a preguntarnos no sólo: ¿Y cómo...?, sino el *Quién* inicial. Quién comenzó, y quién le dio sentido a las cosas.

Pero lo que llama más la atención aquí es que el Espíritu Santo le hizo comprender a este hombre del Antiguo Testamento que, este *Quién*, que diseñó e hizo todas las cosas, tiene un nombre y también tiene un Hijo, y ese Hijo también tiene un nombre. Y él se pregunta por el nombre de este *Quién*, pero no bastó por preguntar por el *Quién*, sino también por el Hijo. Confesó, en el Antiguo Testamento, al Hijo, y lo confesó en un contexto de la creación de las cosas.

Porque a veces sería más fácil confesar al Hijo en relación con el Mesías, en su pasada por la tierra. Y nosotros hoy, los cristianos, confesamos al Hijo en la encarnación. Pero aquí el Espíritu condujo a Agur a preguntarse por el nombre de Dios, por ese necesario Creador de todas las cosas, que tiene un nombre, pero que también tiene un Hijo.

Hoy en día, a nosotros, en la era del Nuevo Testamento y de la iglesia, nos resulta, después de la venida del Señor Jesús, más fácil preguntar por el Hijo. Preguntar por el Hijo en el Antiguo Testamento era mucho más complicado. La revelación del único Dios en el Antiguo Testamento incluía al Hijo de Dios.

Las palabras de Jesús

Fíjense en aquellas palabras de Jesús en el evangelio de Juan: «*Y esta es*

la vida eterna: que te conozcan a ti...». Y podríamos poner el punto ahí, pero como no lo puso Agur hijo de Jaqué, tampoco lo puso Jesús. «*...que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y...*». En esa «*y...*», hay mucha revelación. «*...el único Dios verdadero*». Uno diría: 'Es más que suficiente. ¿Qué más quiere?'. Pero no. Dice: «*...el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado*».

«¿*Cuál es su nombre* –pregunta Agur–, *y el nombre de su hijo?*». Hermanos, en el hecho de que Dios tenga un Hijo unigénito, eterno con él, se revela la esencia y la naturaleza de Dios de una manera más clara que de ninguna otra manera. Y de esa revelación espiritual a la iglesia, del único Dios y de su Hijo, en el Espíritu, la iglesia aprende a ser iglesia.

El Señor Jesucristo dijo una frase muy importante: «*...como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros*» (Juan 17:21). Esa es una frase demasiado rica y profunda, que si no fuera porque Dios mismo se lo propuso y nos quiso incluir en el seno de algo tan glorioso, nosotros nos quedaríamos en las tinieblas de afuera.

Y por eso es que nos atrae con ésta, su luz, la luz del mayor espectáculo que las criaturas pueden y podrán conocer. Nunca habrá nada igual, nada tan digno de nuestra completa atención, tan digno de nuestra contemplación, como la relación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en el único Dios trino, en la Trinidad de Dios.

«*...como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti...*». Ese es el modelo para la iglesia.

«...como...». Ahí es donde el Espíritu Santo tiene un gran trabajo con nosotros hoy: hacernos entender espiritualmente ese: «...**como** tú, oh Padre, en mí, y yo en ti...». Es el modelo establecido por Cristo. «...*que también ellos*—la iglesia— *sean uno*...». Y luego dice, ya no sólo el modelo, sino dónde está la posibilidad, la realidad necesaria para que esto acontezca. Entonces dice: «...*en nosotros*». Lo que quisiera subrayar en este día es ese **nosotros** de la Trinidad.

La mentira de Satanás

Satanás dijo: «...*seré semejante al Altísimo ... junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono*» (Isaías 14:13-14). Había sido hecho un gran querubín, un sello de perfección; pero quiso levantarse más. Y, para poder tomar el lugar de Dios y conquistar a muchas criaturas con su engaño, él comenzó proponiendo en sus contrataciones de las que nos habla Ezequiel —que Dios conocía y callaba— de que, al fin de cuentas, todo lo creado era la divinidad.

Él no quitó el nombre de Dios. Él dejó el nombre de Dios, porque quería atribuírselo a sí mismo. Sólo que comenzó a aplicarle ese nombre, como una manera de cautivar y engañar a otros, al todo creado, la sustancia, la totalidad, el todo; eso es Dios. Y luego, de ese panteísmo, que es un ateísmo disfrazado, porque le aplica el nombre de Dios a lo creado, y deja a Dios sin lugar ninguno, de ahí no hay sino un paso para el dualismo y el politeísmo.

El dualismo, de que el bien y el mal son coexistentes y son dos fuer-

zas eternas, iguales las dos, que se necesitan y se complementan mutuamente. Y así, fue llevando poco a poco el mal a la categoría del bien.

Si se adora a la plenitud del todo, si todas las cosas son parte de Dios, algunos van a adorar al maíz, otros van a adorar las vacas, otros van a adorar el sol, porque todo es parte de esa sustancia divina de que está hecha la totalidad del universo. Esa es la mentira de la serpiente, queriendo robarse la gloria de Dios, conduciendo las cosas al panteísmo, para conducir las cosas al politeísmo, al dualismo y al satanismo. Esas son sus tretas, sus contrataciones, sus engaños.

Para entonces, el Señor callaba, y los ángeles eran probados. Y dos tercios aprobaron. Pero un tercio, incluido no sólo el querubín, sino altos principados y potestades y muchas huestes, le siguieron. Comenzó el mal en el universo. Y Dios permitió que eso sucediera así. Él, como Dios Creador, no iba a pelear de Dios a criatura, porque sería como un hombre grande peleando con una niña. Dios, más bien, decidió hacer otra criatura, porque esta primera pretendió hacerse semejante a Dios. Entonces, Dios decidió hacer al hombre a Su imagen y semejanza.

El destino del hombre no está en lo que él pueda hacer por sí mismo, sino en lo que él llegue a ser en unión con Dios. Aparte de esa unión con Dios, ese destino supremo y superior no haría que el hombre fuese superior. Dice que, en poder, era menor que los ángeles. Y luego, el Hijo, se hizo como uno de nosotros y, como hombre, y en la carne, fue probado

de verdad, así como tú y yo somos probados.

Porque Dios no iba a pelear con una criatura que él mismo hizo; le bastaba soplar, y se desaparecía. ¿Pero eso traería gloria a Dios? ¿Revelaría eso realmente la excelencia de Dios? Él, más bien, quiso dar a conocer al Hijo. «*Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar*» (Mat. 11:27).

El Padre y el Hijo se nos revelan

No hay cosa más preciosa que nos pueda ser compartida, que el propio corazón de Dios. Por el Espíritu, el Hijo mostrándonos al Padre y el Padre mostrándonos al Hijo, y no sólo mostrándolo desde lejos, sino desde adentro de nosotros, para que lo conozcamos y lo disfrutemos, de manera que el Padre, el Hijo y el Espíritu puedan vivir nuestra vida, y nosotros la vida divina – como «participantes de la naturaleza divina».

Entonces, Dios quiso mostrar al Hijo. Nadie conocía quién era el Hijo, sino el Padre. Pero después que aquel querubín se rebeló, y la tercera parte de los ángeles y el hombre cayeron, ahora el Hijo se hizo como uno de nosotros. Asumió la naturaleza humana, se hizo como inferior a los ángeles; aunque él es superior, pero se despojó, y en su despojamiento, él vino a honrar a su Padre.

Dios el Padre ya sabía todo esto de su Hijo, desde la eternidad; él no necesitaba probar a su Hijo, porque siempre, desde la eternidad, estuvieron juntos, y se conocen profundamente. Pero el regalo que el Padre le

iba a dar al Hijo, eran todas las cosas, y entre esas cosas iba a haber personas – personas del ámbito celestial, ancianos celestiales, serafines, querubines, principados, potestades, arcángeles y ángeles, grandes y pequeños, mayores y menores, y después una cantidad innumerable de seres humanos. Y a su Hijo, el Padre le iba a dar todas las cosas.

Pero esas personas del universo visible e invisible no conocían al Hijo de la misma manera que el Padre, ni sabrían por qué al Hijo le daría todas las cosas y por qué el Hijo sería el heredero de todo. Mediante la encarnación y por medio de las pruebas del Hijo, Dios empezó a mostrarnos al Hijo y a resaltar el significado que para el Padre tiene el Hijo, sobre el paño de fondo de la rebelión de Satanás.

Satanás, no siendo, pretendió hacerse. «*Seré...*». Y el Hijo, siendo, se humilló. ¡Qué contraste! Él, siendo en forma de Dios, igual a Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo. Y el otro, siendo una criatura, dijo: «*Seré semejante...*». Y aquel que era la semejanza de la gloria divina, se despojó y se hizo un hombre, como si fuera inferior a los ángeles, y se sometió a las pruebas humanas, pruebas de verdad, como hombre y como criatura.

Dios, como Dios, no pelearía con Satanás. Pero permitiría que un hombre fuese tentado en todo conforme a nuestra semejanza. Por todos los flancos, Satanás lo empezó a tentar ya desde niño, porque él creció en esta-tura. Como Dios, no tiene que crecer;

pero como hombre, tenía que crecer y aprender. Como Dios, no tiene que aprender; pero él se despojó y se hizo semejante a nosotros. Y fue probado de verdad. «*Y por lo que padeció aprendió la obediencia*».

Y Dios empezó a mostrar por qué él ama a su Hijo, por qué él es el heredero de todas las cosas, por qué su Hijo está en el centro de su corazón, por qué Dios hace todo con el Hijo, en el Hijo, por el Hijo y para el Hijo. La creación no sabía por qué. Pero, a partir de todas las cosas que Dios permitió que sucedieran, sin obligar a ninguna criatura, algunas de ellas, con su libertad, permanecieron fieles y otras se rebelaron.

Entonces, el Hijo tenía que ser probado de verdad, para que él fuera conocido, y también para que el propio Dios Padre fuera conocido, porque el que conoce al Hijo conoce al Padre, porque el Hijo es como el Padre, igual al Padre. No conoceríamos a Dios, si él no se revelara por el Hijo.

En el misterio de Dios, revelado en Cristo, están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios. De esa relación íntima de Dios el Padre con su Hijo en el Espíritu, brota toda la existencia del universo visible y del invisible; de ahí brota el destino de las criaturas; de ahí brota la función y misión delegada a cada criatura.

Inclusive, unas hierbitas, pueden producir ciertos remedios. Dios podría curarnos sin remedios; pero él quiere que existan las criaturas, y les delega una función. Dios podría cuidarnos sin necesidad de los ángeles;

pero él quiere que sus ángeles representen Su cuidado por nosotros, y ellos nos tienen que cuidar, representando el cuidado de Dios.

Revelándose a Israel

Israel, como veníamos diciendo, tuvo que crecer y formarse en el tiempo cuando ya Satanás había oscurecido esa revelación primigenia, que la humanidad en sus principios había tenido, y había apartado la noción del Padre supremo del corazón de los hombres. Y los hombres habían llegado a confundir la naturaleza con Dios, dando honor y gloria a las criaturas y negándosela al Creador, como denuncia Pablo en Romanos 1, y ahí comenzó la perversión y la destrucción de todo. Ahí entró, como decíamos, el panteísmo, el dualismo, el politeísmo, la idolatría y todas las consecuencias de degeneración que eso trae.

Entonces, cuando Dios comenzó a revelarse a Israel, lo primero que tenía que revelarle era acerca de su propia unidad, y Dios enfatizó para con Israel la unidad. «Dios es uno». Es el corazón de la confesión monoteísta. Mientras los demás pueblos eran politeístas, habían sido engañados, y los demonios, ángeles caídos, habían pretendido hacerse los dioses de las naciones, y exigían sacrificios, y los aterrORIZaban, Israel conoció al único Dios.

Y en Deuteronomio 6:4 está esa confesión que es el corazón de la fe de Israel, el monoteísmo: «*Oye, Israel, Jehová nuestro Dios, Jehová uno es*». Sin embargo, en el propio corazón de la confesión del monoteísmo, el único

En el hecho de que Dios tenga un Hijo unigénito, eterno con él, se revela la esencia y la naturaleza de Dios de una manera más clara que de ninguna otra manera.

Dios, de pronto, habla en plural. Aunque confiesa claramente que es un solo Dios, no tiene ningún reparo en decir : «*nosotros*». Por eso dice: «**Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza**». El Dios único comienza a hablar en plural, y hasta el propio nombre genérico de la divinidad, Dios Elohim, está en plural.

Si tú fueras a decir *dioses*, con minúscula, tendrías que decir *elohim*, porque así se dice *Dios* y así se dice *dioses*. *Elohim* es *Dios*; *elohim*, también significa *dioses*. ¿Y cómo saber si es Dios o es dioses, si depende del contexto? Hay un versículo donde dice: «*Elohim* está en la reunión de los *elohim*». O sea, el Dios verdadero, con mayúscula; sólo que en hebreo no hay mayúsculas ni minúsculas.

En la traducción, nos toca saber a nosotros, por el contexto, cuándo es con mayúscula y cuándo es con minúscula. Cuando es el Dios verdadero, tenemos que decir *Elohim* con mayúscula, si se refiere al único Dios; pero cuando se refiere a los falsos dioses o a los que se llaman dioses sin serlo, hay que ponerlo con minúscula, pero en el lenguaje hebreo se dice de la misma manera – *elohim*.

Entonces, Dios inspiró que la palabra esté escrita como está escrita, y

así nos toca recibirla; y lo que está escrito no es para confusión, sino para revelación. Entonces, ¿por qué Dios está usando para sí un nombre genérico de divinidad, de Dios, en plural? Porque si él hubiera dicho simplemente *El*, hubiera dicho Dios – como en algunos versículos dice *El*, con E mayúscula. Pero la manera más común de referirse a Dios en el hebreo, la palabra genérica de divinidad, es *elohim*, que es en plural; la terminación *him* corresponde al plural masculino.

¿Y por qué el único Dios utiliza el plural, como si dijera *dioses*? Pero no dice: «Dijeron los dioses». No. «*Dijo Dios: Hagamos...*». Ya dijo *Elohim*, en plural, y ahora dice: «**Hagamos al hombre a nuestra imagen...**». Otra vez dice «*nuestra*». ¿Por qué el único Dios, su nombre lo usa en plural y habla en plural, a veces?

Y cuando dice «*nuestra imagen*», dice «*nuestra*» que es plural, pero dice «*imagen*», que es singular. ¿Por qué no dice «*nuestras imágenes*» y «*nuestras semejanzas*? Dice «*nuestra*», pero dice «*imagen*»; dice «*nuestra*», pero dice «*semejanza*». ¿Eso qué quiere decir? Que en la Trinidad de Dios sólo el Hijo es la imagen.

Y eso se revela en el resto de la Escritura, que el Hijo, es la imagen

del Dios invisible. El Dios invisible se refiere al Padre; pero la imagen del Dios invisible, en la que el Dios invisible se reconoce a sí mismo y se revela, es el Hijo. Y por eso él dice «*nuestra imagen*». O sea, que el Padre se siente fielmente representado en el Hijo. Oh, cuánto tiene que aprender la iglesia, vamos a decir, la antropología eclesiológica, porque habla del hombre-iglesia. Porque es la iglesia la que va a cumplir la misión del hombre.

El Padre y el Hijo

Dios dijo: «*Hagamos al hombre...*». Pero sólo la iglesia llegará a ser ese hombre. Porque, apenas había comenzado y ya se le fueron por las ramas los primeros padres, y todos los que nacimos después, nacimos todos torcidos, y ese hombre se volvió un viejo hombre, torcido.

Y tuvo que venir el Señor Jesús, y hacerse hombre, como un segundo hombre, vestirse de nosotros, y desenredarnos, llevar nuestra humanidad a la máxima potencia, a lo máximo de las posibilidades de la naturaleza humana, para estar en unión con su Padre, porque, como recordamos al principio, el hombre no fue creado para bastarse a sí mismo. Desde el principio, fue creado en función de Dios, para vivir con Dios, para dar lugar a Dios, para expresar y para representar a Dios colectivamente.

Porque, cuando dijo: «*Hagamos...*», ahí está la Trinidad. Ahí está involucrado el Padre. El Padre hace su parte, pero él no quiere hacer nada solo, y esa es otra cosa de la cual tenemos

que aprender. ¡Cuántas cosas hacemos solos!

Pero el Padre, que es Dios, que es todopoderoso, no hace nada solo. Él dice: «*Hagamos...*». Y antes de hacer, planea con el Hijo. Aquí, cuando tú lees en Proverbios capítulo 8, acerca de la sabiduría divina, que el Hijo de Dios, el Verbo de Dios, en castellano no aparece la traducción tan clara como aparece en el portugués. Por ejemplo, una versión en portugués, en Proverbios 8, dice que el Hijo era el arquitecto que estaba con el Padre. El arquitecto es el que planea con otro.

Si un arquitecto va a hacer una casa para una familia, él tiene que tener en cuenta lo que dice el padre de familia. Y si el padre es un padre en serio, no hará la casa sólo desde su punto de vista; también va a incluir el punto de vista de la mamá, y también procurarán ponerse en el lugar de los hijos. Porque así es Dios. Como Dios, es soberano, pero no es arbitrario.

¡Dios no hizo nada él solito! «*Sin él, nada de lo que ha sido hecho, fue hecho*». Eso nos muestra cómo Dios no hace nada solo. No planeó nada solo, no creó nada solo. Incluso cuando había que redimir, redimió usando al Hijo. «*Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo*» (2ª Cor. 5:19). Todo lo hace el Padre con el Hijo.

El Hijo y el Padre

Y el Hijo, la misma cosa. El Hijo dice: «*...nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo*» (Jn. 8:28). Y el Padre, porque ama al Hijo, le muestra todo lo que el Hijo

hace. Él no quiere tenernos sólo en calidad de siervos que no sabemos lo que él hace. Dice: *«Ya no os llamaré siervos ... pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer»*. «Todo lo que el Padre me cuenta (y se lo cuenta todo) yo os lo he revelado. Por eso sois mis amigos, no sólo siervos».

El Señor hace, de los siervos, amigos. ¿De dónde aprendió eso él? De su Padre, porque él es la imagen de su Padre, él es igual a su Padre. Él representa al Padre sin distorsionarlo, él es el testigo fiel y verdadero de Dios. A Dios lo conocemos por el Hijo. Nadie conoce al Padre, sino por el Hijo.

Así es Dios. El único Dios es una Trinidad. Y por lo tanto, la iglesia es un cuerpo, y el hombre es una familia, y la obra es en equipo. Todo se debe a Dios. De ahí es donde brota todo. ¿Se da cuenta? Y dejarle a él guiarnos y enseñarnos, es lo que nos conduce a la verdadera sanidad. Para eso fuimos creados, no para quedarnos en el camino, sino para levantarlos de nuevo, limpios, perdonados, regenerados, renovados, transformados, para vivir como un solo cuerpo a nuestro único Dios trino.

«...como tú en mí...». ¡Ay, cómo será eso! ¿Cómo es que el Padre es en el Hijo? Eso nos lo tiene que enseñar el Hijo. *«...y yo en tí...»*. Eso también nos lo tiene que enseñar el Hijo. Pero el Hijo dijo: *«En aquel día conoceréis...»*. ¡Aleluya! Hay posibilidad de conocer este misterio. Ese es el trabajo del Espíritu Santo. «En aquel día conoceréis que yo estoy en mi Padre, y mi Padre está en mí, y yo estoy en

vosotros con el Padre adentro. El Padre y yo vendremos, y haremos morada con ellos».

El Espíritu del Padre

La iglesia es la morada del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Por eso, al Espíritu Santo también se le llama, en la Biblia, el Espíritu del Padre, y también el Espíritu del Hijo. Esto es importante. Vamos a ver el Espíritu del Padre. Mateo 10:19-20.

«Mas cuando os entreguen...no os preocupéis por cómo o qué hablaréis; porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar». «...os será dado», porque no se trata de hablar de nosotros mismos, sino que él nos hable a todos. *«Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros»*. ¿Ve? La Biblia dice *«...el Espíritu de vuestro Padre»*, y Jesús dijo que el Espíritu procede del Padre. Pero también dijo que procede de él, porque él lo envía, y cuando el Espíritu Santo viene, él viene. *«No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros»* (Jn. 14:18). *«...rogaré al Padre, y os dará otro Consolador»* (Jn. 14:16).

«...el Espíritu de vuestro Padre». O sea, que el Espíritu Santo nunca está solo ni suelto; él no habla por su propia cuenta. El Espíritu Santo habla lo que oye del Hijo y del Padre. ¿Se da cuenta? Así es el propio Dios trino. Él mismo dijo que cordón de tres dobleces no se puede romper, y así es la Trinidad. ¿Cómo no vamos a ser también así nosotros? Él nos ayude, ¿verdad, hermanos?, nos conduzca, nos trabaje, para poder encajar unos con otros en Dios, para ser uno en la Trinidad.

«...**como** tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en **nosotros**...». Vamos a detenernos en ese *como* y en ese *nosotros* del único Dios. Entonces, pasemos a Romanos 8:11. Y aquí dice: «*Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús...*».

¿Quién levantó de los muertos a Jesús? Pues, nuestro Padre. «*Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús –el Padre– vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros*». No solo, sino por su Espíritu.

Aquí se le llama «*el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús*», o sea, el Espíritu del Padre. Pero Gálatas 4:6 nos habla del Espíritu del Hijo. «*Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!*».

Pero, al mismo tiempo, dice la Biblia que el Espíritu es uno solo. Un solo Espíritu en el sentido de divinidad, de persona. En un lugar habla de los siete espíritus, pero si ves los nombres de los siete espíritus, te das cuenta que es el mismo.

Pero aquí dice «*el Espíritu de su Hijo*». El Espíritu es del Hijo; está relacionado de tal manera con el Hijo, que dice que nada habla por su propia cuenta, sino que «...*tomará de lo mío*». El Espíritu toma lo del Hijo, y todo lo que es del Padre es del Hijo; entonces es también del Padre y del Hijo. O sea, que el Espíritu Santo es el Espíritu que proviene del Padre y del Hijo.

Ese Espíritu contiene al Padre y al Hijo. El Padre ama al Hijo y el Hijo

también ama al Padre; entonces, el Padre hace todo para el Hijo. Dice que le agradó al Padre que en el Hijo habitase toda plenitud. Entonces, hay una plenitud divina que fluye del Padre al Hijo y del Hijo al Padre, una plenitud divina que proviene del amor del Padre y el Hijo, es el amor común entre el Padre y el Hijo.

Ese es el Espíritu que proviene del Padre y el Hijo. El Padre es el amante, el Hijo es el Hijo amado, y el Espíritu Santo es el amor compartido. El Padre ama al Hijo, le da todo al Hijo; el Hijo se lo devuelve todo al Padre, de manera que el Padre tiene plenitud, pero esa plenitud se la pasa al Hijo, y el Hijo la recibe y se la devuelve al Padre.

El Espíritu Santo en la iglesia

Entonces, dice: «...*el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado*» (Rom. 5:5). O sea, ¿qué es lo que Dios hizo para que la iglesia pueda ser una? Nos dio el Espíritu, que es el del Padre y el Hijo. El Espíritu del Padre y del Hijo es el Espíritu Santo en la iglesia. Por eso dice. «*como tú en mí, y yo en ti...*». Eso no lo sabe sino el Espíritu. ¿Quién conoce las cosas profundas de Dios, sino el Espíritu que está en Dios?

Si de nosotros se decía allá en Proverbios 20:27 que el espíritu del hombre es la lámpara que escudriña lo profundo del hombre, entonces, cuánto más el Espíritu de Dios es el que escudriña lo profundo de Dios (1ª Cor. 2:10). Nadie sabe cómo es Dios, pero el Espíritu nos fue dado, para que conozcamos a Dios, partici-

pemos de la naturaleza divina, seamos introducidos en el seno de Dios, tengamos entrada por un mismo Espíritu al Padre (Ef. 2:18).

Que la iglesia esté en el Padre. Si la iglesia está en el Hijo, el Hijo la introduce al Padre. Entonces, el Padre está en el Hijo, y el Padre y el Hijo, por el Espíritu, están en la iglesia. Y ahora la iglesia, cuando está en el Espíritu, está en el Hijo, y cuando está en el Hijo, está en el Padre. Él está en nosotros y nosotros estamos en él, si andamos en el Espíritu.

Uno en nosotros

Entonces, «...como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros». Hermanos, hacia allá nos está conduciendo Dios. Nos quedamos maravillados de lo que Dios tiene en su corazón. Y nos miramos nosotros mismos, y decimos: 'Señor, pero, ¿cómo fuiste tan valiente de agarrarme a mí? Voy a echar a perder toda la fiesta en el cielo'. ¿Verdad, hermanos? Pero él dijo: 'No voy a dejar que la echas a perder. Te voy a limpiar, te voy a enderezar', así como esas tablas de acacia del tabernáculo, que él las enderezó y las encajó una con otra, para contener la gloria de Dios en un solo tabernáculo.

A Dios no le queda grande ninguno. ¡Gracias a Dios! Él es capaz de hacer esto, **si tú quieres**; y esa es la cosa más seria, que él no lo va a hacer si tú no quieres. Porque, cuando él dijo que iba a hacer el tabernáculo, sólo sería con los que voluntariamente se ofreciesen de todo corazón, espontáneamente. Como es Dios, él no tiene apuro.

Sin apuro

Dios no tiene apuro. Él dijo: «*Hagamos...*». ¡Qué cosa se puso a hacer Dios! Hacer un hombre colectivo. «*Hagamos al hombre...*». No dijo solamente: 'Vamos a hacer el primero, y si nos falla...'. ¿Dirá Dios algo parecido? ¿Será que el diablo le dañó a Dios sus propósitos? ¿Acaso no sabía Dios que había diablo? ¡Claro que sabía! Y cuando el Señor Jesús vino como hombre, ¿a dónde lo condujo el Espíritu? ¿No dice que al desierto, para ser tentado? ¿Y no dice que él condujo también a Israel para ser probado, y que aún dejó al diablo probar a la iglesia en Esmirna?

Dios quiere que todo se haga voluntariamente y se haga probado. ¡Qué Dios tan grande tenemos! Él no quiere apariencia ninguna, no quiere nada falso, nada que sea puro teatro. ¡Nada de eso! Bien fundamentado. Cada uno, empezando por su Hijo. Aunque el Padre no necesitaba probar al Hijo, todos nosotros necesitábamos conocer al Hijo, y por eso el Padre lo dejó venir como hombre, y como hombre ser probado.

Y él dijo: «*Vosotros sois los que habéis permanecido en mis pruebas. Yo, pues, os asigno un reino*» (Luc. 22:28). O sea, que hay que acompañar al Señor en sus pruebas, ver cómo él fue probado. Y cuando somos probados un poquito, que no es nada comparado con lo que él fue probado, o explotamos, o estamos por explotar. Pero el Señor, no. El Señor venció en la prueba. Gracias a Dios que él también murió por nosotros, para limpiarnos y empezar de nuevo. ¡Gloria a Dios!

Él fue probado, y nosotros tam-

La sabiduría divina, que es el Hijo, estaba con el Padre. *«...antes de sus obras... yo era su delicia de día en día... delante de él»* (Proverbios 8).

bién somos probados. Pero él murió, para que nosotros seamos perdonados, y nos da otra oportunidad para que nos levantemos para honrar al Hijo. Porque él dijo: «Hagamos esto», y él es capaz de hacerlo. Y él no se equivocó cuando escogió a las personas. Dios no se equivoca cuando escoge a las personas.

Dios sabía todo el futuro desde el principio, pero igual, así nos escogió; porque él sabía que al final llegaríamos. *«...a los que antes conoció, también los predestinó ... Y a los que predestinó, a éstos también llamó»*. O sea que, si fuiste llamado, no lo hubieras sido si no fueras predestinado.

Todo predestinado es llamado, todo predestinado es conocido de antemano. *«...a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó»*. Limpió con su sangre, pagó su deuda con su muerte.

«...y a los que justificó, a éstos

también glorificó». Y lo dice en pasado. La decisión y la realización, en Cristo, está hecha. Porque Cristo se vistió de nuestra humanidad, él ya pasó por la muerte, pero también por la resurrección y también por la glorificación. Nuestra humanidad, de la que él se vistió, ya fue glorificada en él.

Ahora, el Espíritu Santo toma lo que es de él y lo va pasando a nuestro espíritu para regenerarlo, y a lo largo de nuestra vida lo va pasando a nuestra alma para renovarnos, y por la renovación, transformarnos, y por la transformación, configurarnos individual y colectivamente a la imagen del Hijo.

Y mientras tanto, vivifica nuestros cuerpos mortales, adelantando los poderes del siglo venidero, hasta que, cuando él venga en gloria y majestad, nosotros también seamos manifestados con él en gloria, y seamos transformados. Y como él dijo que quitaría de nuestra carne el corazón de piedra y nos daría un corazón de carne, también quitará el cuerpo de la humillación nuestra, que nos humilla, y nos dará un cuerpo semejante al de la gloria suya.

Ese es nuestro destino. No vamos a distraernos por el camino; vamos a mirar adelante, vamos a confiar en el poder de la sangre, en el poder del Espíritu y en la decisión de Dios.

Dios dijo: «Hagamos esto», y lo está haciendo. Si él dijo: «Hagamos...», ahí está el Padre, ahí está el Hijo, ahí está el Espíritu Santo haciendo. Y todo lo hace en colaboración, y todo lo que se realiza con Dios y para Dios es en colaboración.

Lo que Dios está haciendo

Vamos, hermanos, a colaborar con Dios en lo que él está haciendo. Él nos escogió, sin engañarse acerca de nosotros, porque él conocía todo el camino, pero también el fin, desde el principio, y ahí es donde deben estar puestos nuestros ojos – en el fin. «...a los que antes conoció». Porque él dijo: «Hagamos esto», vamos a llegar a esto, vamos a introducir muchos hijos en la gloria. ¡Aleluya! Y eso es lo que él está haciendo – una nueva Jerusalén, teniendo la gloria de Dios. Eso es lo que Dios está haciendo.

Entonces, ¿cuál es el modelo? La Trinidad. ¿Cuál es el contenido? La Trinidad. La Trinidad no es sólo modelo; también es el contenido.

«...**como** tú en mí y yo en ti...», ese es el modelo, es el cómo. Y nosotros debemos conocer ese *como* por el Espíritu. Como es el Espíritu del Padre y del Hijo, y está en nuestro espíritu, entonces Jesús tenía esa plena confianza en la obra del Espíritu.

«*En aquel día, vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre y mi Padre está en mí*». Conoceréis esto: tendréis la revelación de que el Padre está en el Hijo. Que el Hijo no se movía solo, sino en comunión con el Padre. Que el Padre ama al Hijo, y le muestra a él todas las cosas que el Padre hace. ¿Y para qué se las muestra? Para que el Hijo las haga igualmente con el Padre.

El Padre hace todas las cosas; pero él no quiere hacer nada solo. El Padre quiere hacer todo con el Hijo, y el Hijo quiere hacer todo con el Padre. El Hijo no hace nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre.

Pero el Hijo sabe porque ve hacer al Padre; porque el Padre ama al Hijo y le muestra. Entonces el Hijo ve lo que quiere hacer el Padre; el Hijo discierne el movimiento del Espíritu. Basta una pequeña señal, y ya el Hijo sabe dónde está el Padre.

El Hijo conoce al Padre. Cuando estaba en la tierra como hombre, en sus pruebas, dice: «Él me ha dado mandamiento de lo que he de decir y lo que he de hablar. Las obras que hago, no las hago yo por mí mismo; el Padre que mora en mí, él me ha dado mandamiento». Ninguno lo veía, pero el Hijo lo veía. El Padre le muestra las cosas que él hace.

Ayuda y premia

Dios es amor, Dios se alegra en realizar a los que ama, participándoles lo que él es, y dejándoles que hagan con él las cosas, ¡incluso premiándolos por lo que él hace! Él es el que hace, pero hace contigo. Y después te premia a ti, pero tú sabes que fue él. Tú sabes que, si él no te hubiera ayudado, no hubieras hecho nada, pero él te va a galardonar como si hubieras sido tú el que hace las cosas. ¡Cómo es nuestro Padre! Pero sabemos que no hicimos nada, que guardamos Sus obras hasta el fin. Él quiere que las guardemos, pero son Sus obras.

Así es el Padre y el Hijo, así son las divinas personas del único Dios, de la Trinidad. El Padre ama al Hijo y le muestra. Y el Hijo, porque su Espíritu estaba despierto, percibía lo que el Padre estaba haciendo. El Padre lo hace, pero se lo muestra al Hijo, para que también él lo haga

igualmente que el Padre, con el Padre. Así es Dios desde el principio, inclusive antes del principio de las cosas creadas.

Desde la eternidad, cuando planeaban, el Padre planeaba con el Hijo. La sabiduría divina, que es el Hijo, estaba con el Padre. «...antes de sus obras ... yo era su delicia de día en día ... delante de él» (Prov. 8). Y después, haciendo sus obras, nada hacía el Padre sin el Hijo; todo lo hacían ambos, en el Espíritu. Cuando «*el Espíritu se movía sobre la faz de las aguas*», no era independiente del Padre ni del Hijo. Eran juntos.

Fuimos creados para eso. «*No es bueno que el hombre esté solo*». No es bueno vivir aislado; no es bueno. Dios mismo, que es un solo Dios, es trino. Porque es amor, y ama de verdad, y tiene a quien amar, a su Hijo. El Padre ama al Hijo; él es Hijo de su amor. Planea con el Hijo, crea con el Hijo, redime con el Hijo, reina con el Hijo, juzga con el Hijo. Así es Dios; todo lo que él ha hecho, lo ha hecho en el principio del amor, en el principio de la participación, en el principio de la delegación.

A ti, Dios quiere verte hacer sus obras. Dice el Señor Jesús: «...y aun mayores hará, porque yo voy al Padre» (Jn. 14:12). Entonces, el Espíritu nos muestra lo que hacen el Padre y el Hijo. Porque así como el Padre le muestra al Hijo lo que él hace, el Espíritu nos muestra lo que ambos hacen, para que nosotros lo hagamos.

Entonces, no tenemos que estar muy distraídos con tanta cosa, sino

muy atentos a lo que el Padre nos preparó, qué es lo que él nos organizó en la vida. Puede ser recoger un papelito debajo de la silla. Pero ese no eres tú solo – son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo recogiendo papeletos, ordenando las sillas, lavando los platos, ayudando a los necesitados, llevando hasta su casa a los hermanos que no tienen carro. ¿Quién hace todas esas cosas de esa manera? El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Él hace las cosas grandes y las cosas chicas; él quiere expresarse en toda la cotidianidad de cosas. Tú ya eres un hijo. Antes, en la Ley, había que escribir las cosas afuera. Pero él dice: «En aquel día, no me preguntaréis nada. El Padre mismo os ama; él os hará saber todas las cosas». O sea, que el Espíritu Santo se mueve dentro de ti, y es el Espíritu del Padre y del Hijo. Y él nos muestra lo que él hace, cosas grandes y chiquitas.

En lo grande y en lo pequeño está el Señor, y justamente, mientras más pequeña sea la cosa, más grande vemos que es Dios, porque sólo un Dios tan grande puede estar pendiente de tantos millones y millones de cosas pequeñas, y esas cosas pequeñas están todas conocidas por él.

Dios hace eso. Él no ha variado. Él hace milagros, pero también hace la vida cotidiana, y la vida cotidiana también es un milagro. Entonces, hermanos, a vivir todo lo pequeño, con el gran Dios trino. Amén.

*Mensaje impartido en Temuco,
en Agosto de 2009.*

* * *

El principio de un «Manual de amor» para el creyente que quiere avanzar en su devoción hacia Cristo.



El primer amor: el comienzo

Rubén Chacón V.

Quiero expresar una palabra que es continuación de lo que compartimos en otra ocasión¹. Y aunque es una palabra

digna de ser oída por todos, creo que está especialmente dirigida a los hermanos que están recién iniciándose en la vida de Cristo. Creo que esta palabra está también dirigida a aquellos que en su autoevaluación consi-

¹ «Aguas Vivas» N° 14, pp. 15-18.

deran que no han podido alcanzar una estabilidad espiritual.

Y creo que también esta palabra es especialmente para los jóvenes. Algo que no dije la vez anterior es que Juan, el discípulo que llegó a ser conocido como «*el discípulo al que Jesús amaba*», tiene que haber tenido apenas unos veinte años cuando el Señor lo llamó. Era un joven. Si un joven de veinte años abre su corazón al amor del Señor, puede ser cautivado como Juan lo fue.

Un manual de amor

Como les dije la última vez, el Señor me dio como clave que si yo quería conocer su amor, me introdujera en «Cantares», y lo tomara como un manual de enamoramiento, de cómo ir, paso a paso transitando un camino, donde uno pudiera ir conociendo el amor de Cristo y, finalmente, ser llenos de toda la plenitud de Dios (Efesios3:19).

El Cantar de los Cantares no comienza con nosotros amando al Señor. Eso es algo fundamental: tú y yo no podemos amar al Señor, sino sólo en respuesta a su amor. Es sólo cuando conocemos su amor, que ese mismo amor que experimentamos nos faculta para responder con amor al que nos amó. No hay otra alternativa. No hay en nosotros la posibilidad de generar un amor que pueda corresponder al amor de Cristo. Dios mismo, con su amor, lo produce. Nosotros no podemos amar al Señor, sino sólo en respuesta a su amor. Como lo dijo Juan, amamos a Dios, pero porque él nos amó primero ... El amor no consiste en que tú o yo hayamos

amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y nos dio a su Hijo en propiciación por nuestros pecados.

La historia de una mujer común

El Cantar de los Cantares comienza con la historia de una mujer. Y esto es lo que me bendice: que es una mujer común y corriente. Una mujer que no comienza amando a su amado. Es una mujer común y corriente, como tú y como yo. El Cantar comienza en un punto donde todos podemos comenzar. No parte con una medida por allá arriba, donde el noventa y nueve por ciento, por no decir todos, quedamos excluidos. Parte en un punto allí tan bajito... porque no hay otra alternativa. Dios mismo tiene que venir a tomarnos acá abajo y levantarnos.

El anhelo

El Cantar de los Cantares comienza con la historia de una mujer, y esa mujer eres tú y soy yo. Esta mujer es la iglesia, ¡ella es la iglesia! ¡La iglesia es ella! ¡Tú eres ella! ¡Ella eres tú! ¿Y con qué comienza? Versículo 2: «*¡Oh, ...*». (Comienza con un: *¡Oh!*). «*¡Oh, si él me besara con besos de su boca!*». Y ese «*¡Oh!*» es un anhelo, un deseo, una aspiración. ¿A qué cosa está aspirando? ¿qué cosa está anhelando esta mujer? «Los besos de su boca». ¿Qué es eso? ¡Su amor, quiere experimentar su amor! ¡Oh, si pudiera conocer su amor! ¡Oh, si pudiera sentir su amor! ¡Oh, si pudiera experimentar su amor!

«*¡Oh, si él me besara con besos de su boca!*», y esto es todo lo que necesitamos para partir. No dice: «Partan

orando 24 horas, ayunen 7 días a la semana». ¿Puedes comenzar con un anhelo? ¿Cuántos, como ella, decimos: «¡Oh, si él me besara con besos de su boca! ¡Oh, si pudiera conocer su amor!»? A mí el Señor me alcanzó bien abajo y me dijo: «¿Puedes anhelarme? ¿Puedes partir con este anhelo?».

¿A cuántos de ustedes les cuesta orar? A los que les cuesta orar, podrían a lo menos, disponerse a comenzar a anhelar. No a orar, ¡a anhelar! Así comenzó conmigo el Señor, como un niño. No me dijo: «Anda a orar»; me dijo: «Comienza a anhelar», y yo comencé a anhelar. Y durante el día, le decía: «Señor, quiero conocer tu amor. Señor, quiero experimentar; no quiero tener tu amor como información bíblica; no quiero saber de tu amor como un concepto, como un versículo aprendido de memoria. ¡Quiero experimentar tu amor!». Y él me dijo: «Parte anhelando ... anhela los besos de mi boca, anhela el experimentar mi amor».

¿Por qué tiene este anhelo ella? Porque ella dice –y eso es lo que dices tú y dice la iglesia, y yo–: «...*porque tus amores son mejores que el vino*». ¿Son sus amores mejores que el vino? Eso nos hace anhelar conocer su amor. ¿Y qué es el vino?

Podríamos decir que el vino es el vino del mundo, entonces los amores del Señor son mejores que lo mejor que el mundo nos pueda ofrecer. Pero también he pensado que el vino puede ser el vino del Espíritu, y en este sentido también digo que es mejor el amor de Cristo que las manifestaciones carismáticas. Que mejor que

los dones es el Dador de los dones; que mejor que los carismas es el Dador de los carismas. Así que, sea que el vino represente el vino del mundo o el vino del Espíritu, ella es capaz de decir: «Yo anhelo conocer tu amor, porque tus amores son mejores que el vino».

Ella dice: «*Y delicioso es el aroma de tus perfumes*». ¡El Señor siempre es tan fragante! «*Y tu propio nombre – dice ella–, tu propio nombre, es un perfume derramado. Por eso las doncellas te aman, por eso las que te ven te anhelan, y te desean*».

Así que, punto número uno: todo comienza con un anhelo, todo comienza con un: «¡Oh!». Oremos ese «¡Oh!», digámoslo en la mañana, al mediodía, en la noche. «¡Oh, Señor, quiero conocer tu amor!» Noten que ella no partió amándolo: partió anhelándolo.

El ruego

Segunda cosa – ella rogó. Versículo 4. ¿Podrías al anhelo agregarle un ruego? Un ruego que tiene una sola oración bien cortita, una sola palabra: «*Atráeme...*». Esa es una palabra muy importante, porque ella reconoce con esa palabra que no tiene la capacidad para ir tras él. Ella está reconociendo en esta frase su impotencia. «A menos que tú me atraigas, Señor, yo no podré ir tras ti». Así que, junto con anhelar, comenzó a rogar: «¡Atráeme, atráeme, hazlo tú, Señor, manifiéstate a mí, aparécete, revélate, tómame tú, Señor, y condúceme».

«*Atráeme, y en pos de ti correremos*». Noten que el «correremos» está en plural, porque ella está diciendo: «Si

tú logras atraerme, voy a ser parte del séquito, de aquellos muchos que corren tras de ti». Antes de nosotros, muchos han amado al Señor, pero ahora yo, Señor, quiero ser parte del grupo que corre tras de ti. Si tú me atraes, voy a correr, y me voy a unir a los muchos que en la historia han corrido tras de ti.

Anhelar y rogar, ¡es todo lo que necesitas para partir! ¡Qué bueno! Quedamos todos incluidos, no hay nadie que haya quedado fuera, todos podemos empezar.

Bastaron esas dos cosas, el anhelo y el ruego... Y yo lo fui haciendo así, literalmente, como un niño, como un aprendiz, anhelé... Y después, cuando entendí lo del ruego, le agregué el ruego, y anhelé y rogué, y anhelaba y rogaba, y no he dejado de anhelar y de rogar. Bastaron esas dos cosas, y el Señor comenzó a hacerlo.

Las demandas del Rey

¿Cuál es la frase que sigue? Dice ella: *«El rey me ha metido en sus cámaras»*. Esta es la primera acción que toma él. Quiere decir que al Señor le bastó para comenzar a obrar, el que ella anhelara y rogara. Y cuando el Señor vio el anhelo y el ruego, él comenzó a manifestarse a ella. *«El rey – dice ella – me ha metido en sus cámaras»*.

¿Qué es esto? ¿Qué experiencia es esta? Noten que ella no había dicho nada de quién era él. Había dicho que anhelaba los besos de su boca, que sus amores eran mejores que el vino, que era delicioso el aroma de sus perfumes, que su nombre era como perfume derramado, pero no

había dicho quién era. ¿Es un campesino? ¿un soldado? ¿un príncipe? ¿Quién es?

Esta es la primera indicación que nos da de él: Él es Rey. ¡Él es Rey! ¡Aleluya! Así que, ¿qué es esta experiencia de que *«el Rey me ha metido en sus cámaras»*? ¡Ella compareció ante su autoridad! Uno anhela su amor y ruega por su amor, y lo que ve, antes de gustar su amor, es su autoridad, es su majestad.

Y en esta cámara, hermanos, frente al Rey, se escucha esto: *«Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu mente y con toda tu alma y con todas tus fuerzas»*. Y es en esta cámara donde se escucha al Rey decir: *«Y el que amare padre o madre más que a mí, no es digno de mí, y el que ama a hijo o a hija más que a mí no es digno de mí y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí, y el que procura salvar su vida la pierde, pero el que la pierde por causa de mí, por amor a mí, la halla»*.

En esta cámara se escucha decir al Rey: *«No améis al mundo ni a las cosas que están en el mundo, porque si alguno ama al mundo y las cosas que están en el mundo el amor del Padre no está en él»*. En esta cámara se escucha al Rey decir: *«¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Todo el que quiere ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios, o pensáis que la Escritura dice en vano que el Espíritu que él ha hecho morar en nosotros, os anhela celosamente?»*.

¿Qué es, en definitiva, este encuentro con el Rey en su cámara? Es esto: que si tú quieres experimentar a Cristo y su amor, plenamente, entera-

Para amar al Señor necesitamos conocerlo. Para amarlo profundamente, necesitamos conocerlo profundamente. Y para conocerlo profundamente necesitamos tener comunión con él.

mente, tienes que entregarte a él también plena y enteramente. Todo o nada, todo por todo, todo lo tuyo por todo lo de él.

«*Los besos de su boca*»... Este el beso nupcial. La gente en esa época no se besaba en la boca, sino hasta que eran marido y mujer. Así que ella está diciendo, cuando anhela: «¡Yo lo quiero a él como mi esposo, yo lo quiero para mí, yo quiero ser de él y él mío!». Y el Rey entonces le dice: «Muy bien, el precio de eso es que yo también quiero que tú seas completamente mía. ¿Quieres que yo sea enteramente de ti, iglesia de Cristo?», dice el Señor, «entonces, yo quiero que tú seas enteramente de mí. Yo me doy todo a cambio de tu todo, todo mi todo por todo tu todo». Es como que el Señor sale y primero nos pone el precio de lo que estamos anhelando, de lo que estamos rogando. Y cuando eso ocurre, nos ocurre lo que le ocurrió a ella, lo que te ocurrió a ti y a mí. ¿Qué es?

Conscientes de nuestra negrura

En el versículo 5, ella hace una declaración terrible. Dice: «*Morena soy*». Es en la cámara del Rey, frente a estas demandas tan absolutas, donde aparece nuestra negrura. Ella no había tomado conciencia de su negrura,

sino hasta que el Rey la metió en su cámara. Entonces se miró a sí misma. Frente a estas demandas, ¿quién es capaz, quién es competente por sí mismo? ¿Amar a padre y madre más que a Cristo? ... ¿Amas a Cristo más que a tu papá y a tu mamá? ¿Amas a Cristo más que a tu hijo o tu hija? ¿Amas a Cristo con todo tu corazón, con toda tu mente, con toda tu alma y con todas tus fuerzas?

En la cámara del Rey ella descubrió su negrura, y nosotros también allí hemos descubierto nuestra negrura. Pero no sólo descubrió su negrura, sino descubrió la causa de ella.

La causa de la negrura

Ella dice en el versículo 6: «*No reparéis en que soy morena, porque el sol me miró, los hijos de mi madre se airaron contra mí; me pusieron a guardar las viñas; y mi viña, que era mía, no guardé*». Lo que pasa, dice ella, es que yo tenía una viña que guardar y he estado ocupado en guardar tantas viñas (viñas en plural), pero la que era mía no guardé. Ahí está mi error. Y ¿cuál es esa viña? ¡Esa viña es Cristo! Él es tu prioridad, él es lo primero; no sólo es tu viña, sino es tu primera viña. Y está bien todo lo demás que hacemos y está bien trabajar, y está bien servir

y está bien hacer todo lo que hacemos, pero cuando hacemos eso y descuidamos nuestra viña, la que es nuestra, la que es la prioridad, la que es la fuente de todo lo demás, la que es el motor que nos impulsa para hacer lo demás que hacemos, entonces, amados hermanos, hemos equivocado el camino, nos hemos desviado. «¡Éfeso, Éfeso, has dejado tu primer amor!».

Por eso, ella quiere de inmediato remediar su error, y dice: «*Hazme saber, oh tú, a quien ama mi alma, ¿dónde apacientas?*». He entendido que la causa de mi negrura es que te he descuidado a ti, que no he estado viviendo para ti, que no he estado centrado en ti, que no te he hecho mi prioridad, que mi tiempo se va en tantas cosas y nunca tengo tiempo para ti. Que todo está primero que tú.

Así que ella quiere corregir, y dice inmediatamente ... (¿Quieres conocer el amor de Cristo? Entonces tienes que decir como ella): «*Hazme saber, oh tú a quién ama mi alma dónde apacientas, dónde haces descansar el rebaño al mediodía. Pues ¿por qué yo había de estar como errante junto a los rebaños de tus compañeros?*». No quiero andar más equivocado, no quiero andar más errando; quiero ir y centrarme en el blanco correcto. ¿Dónde estás tú, Señor, dónde te hallo?

Rey, pero también pastor

Y aquí está implícito algo tan hermoso: que además de Rey, ella se da cuenta de que él es Pastor. Por eso dice: «*¿Dónde apacientas?*». Y eso también me bendice tanto, bendice tanto

mi alma. Él no es sólo Rey, imponente, majestuoso, absoluto, y que lo demanda todo: él también es Pastor. Y revelado aquí como Pastor es tan perfecto y tan exacto.

Porque después que uno lo ha visto como Rey, que ha contemplado sus demandas absolutas, completas y perfectas, uno podría desanimarse y decir: «Esto no es para mí». Pero entonces él aparece y dice: «Yo mismo que demandó, yo mismo te voy a tomar de la mano y te voy a llevar, y lo que hoy no es posible para ti, yo mismo lo voy a hacer posible; si hoy día no quieres, yo pacientemente voy a hacer que quieras; si hoy no puedes, yo paso a paso, día a día, un poquito cada vez, voy a enseñarte a hacerlo posible». Necesitamos ese Pastor. Sólo si él es Pastor además de Rey, esto será posible. Pero esta es la buena noticia: ¡Cristo es Rey, y Cristo también es Pastor! ¡Él es el Pastor y Obispo de nuestras almas! ¡Aleluya!

No es sólo un Rey implacable, es también un Pastor paciente. Dime si no, hermano, ¿cuánto te ha esperado él? ¿Ha tenido paciencia? ¿Te ha esperado? ¡Oh, cuánto me ha esperado a mí, hermanos! ¡Cuánto hemos abusado literalmente de su gracia, y él ha tenido toda la paciencia! Le hemos dicho: «Ahora sí, Señor», y le hemos dado vuelta la espalda. Y él ha seguido esperándonos: «¡Oh, dime tú, al que ama mi alma ¿dónde, dónde apacientas, Señor?». «Necesito este Pastor» – dice ella–, «necesito ser pastoreada por alguien así». Y sale buscándolo.

Siguiendo las huellas del rebaño

Entonces las doncellas le dicen: «*Si tú no lo sabes, oh hermosa entre las mujeres, ve, sigue las huellas del rebaño, y apacienta tus cabritas junto a las cabañas de los pastores*». Y ella salió, siguiendo las huellas del rebaño... ¿Qué es esto, hermano querido? Lo que hemos estado hablando estos días... Tú no puedes solo. ¿Qué tienes que hacer? Sigue las huellas del rebaño, sigue a los que saben dónde está él, sigue a aquellos que te pueden ayudar. No es algo que tienes que buscar tú solo. Sigue las huellas del rebaño. Hay otros que van delante de ti.

Ella lo hizo, y salió siguiendo las huellas del rebaño, llevando detrás de ella sus propias cabritas. A lo mejor tu familia, tus hijos, esa casa donde el Señor te ha puesto, los que son más pequeñitos que tú, a los cuales el Señor te ha puesto para ayudarles. Toma tus cabritas, sigue las huellas del rebaño, hasta encontrarlo a él. Y ella lo encontró.

Es Él quien sale al encuentro

Yo les digo: si uno es el que está buscando a alguien, y uno lo encuentra ¿quién se supone que debiera hablar primero: el que está buscando o el hallado? ¡El que está buscando! Ella lo salió a buscar y lo encontró, pero, ¿sabe?, no habló primero ella... ¡Él le habló primero! Porque a nosotros nos parece que nosotros hemos tomado la iniciativa, pero es él el que tomó la iniciativa. A nosotros nos parece que, ¡oh!, le vamos a dar una sorpresa porque lo encontramos, y no es así: Él nos estaba esperando hacia

tiempo. En esto del amor no es uno el que toma la iniciativa: es él que lo produjo, es él que nos ha estado persuadiendo y llamando desde siempre.

En la parábola del hijo pródigo, me impresiona que cuando él dice: «*He pecado contra el cielo, voy a volver a la casa de mi padre*», y vuelve ... Cuando se produce el encuentro, el relato no dice que fue el hijo el que vio al padre: Dice que el padre vio de lejos venir al hijo. Y no dice que fue el hijo el que corrió: Fue el padre el que corrió. Y no fue el hijo el que abrazó: Fue el padre el que abrazó al hijo. ¡Aleluya! No es el hijo el que besó al padre: Es el padre el que besó al hijo. En otras palabras, el padre lo estaba esperando; el padre estaba antes que el hijo.

Es hermoso el correr hacia Cristo

Así que él le salió al encuentro, y le habló primero, ¡con un piropro tan hermoso, hermanos..., que ustedes, hermanas, se van a gozar ahora si no lo conocen! Él le dice a ella: «*A yegua de los carros de Faraón te he comparado, amiga mía...*». No es un insulto, hermanos, ¡no! Usted sabe, los caballos árabes son los caballos más hermosos. ¿Usted ha visto correr un caballo por la pradera? ¿Qué le está diciendo él?: «Yo te vi cuando comenzaste a correr a mí, y tu correr hacía mí era hermoso, como ver a un caballo corriendo en una pradera. No pude hacer otra cosa que compararte a los mejores caballos de Faraón».

Él la había visto desde el primer momento en que ella comenzó a correr hacia él. Recuerden que le había

dicho: «*Atráeme; en pos de ti correre-mos*», y nuestro correr hacia él es hermoso. Dios le dijo a Daniel: «*Daniel, desde el primer día que dispusiste tu corazón a buscarme y a humillarte delante de mí, yo oí tu oración*». Ella no lo veía a él, pero él la veía a ella, y él la vio venir, y al Señor le pareció tan hermoso ese venir. ¡Es tan hermosa la disposición de tu corazón, Dios la ve, y para él es hermosa!

Un recibimiento inmerecido

«*Amiga mía...*». Cuando ella llega a él viene adornada con adornos que ella misma se había fabricado. Con sus propios méritos, con sus propias obras. Y el Señor dice algo extraño, porque cuando una mujer se pone bellos adornos, collares y aros, uno no dice: «¡Qué lindo es tu cuello!», uno dice: «¡Qué lindo es tu collar!». Porque para eso se ponen el collar, ¡para que resplandezca el collar! Pero como eran adornos que ella misma se había fabricado, él le dice: «*Hermosas son tus mejillas entre los pendientes*». No los pendientes que tú traes (que no sirven), ¡tus mejillas me son hermosas! No tus collares, ¡es tu cuello entre los collares!

Como ella ha venido vestida con sus propios méritos, él le dice: «*Zarcillos de oro te haremos, con incrustaciones de plata*». «Yo te voy a poner verdaderos adornos, yo te voy a vestir con verdadera gloria». Pero ella, que viene con toda su negrura, quedó impactada con un recibimiento así. ¡Díganme si uno no se deshace con un recibimiento así! «Le parezco hermosa sin serlo ... yo estoy tan consciente, tan consciente de mis debilidades, de

mi negrura, y resulta que él igual me ve hermosa, igual así soy para él bella».

Este recibimiento la cautivó. Cuántas veces no hemos sentido que, por nuestro pecado, el Señor va a desecharnos, o lo vamos a encontrar enojado, o nos va a apuntar con el dedo y nos va a condenar; pero el Señor una y mil veces nos ha impresionado, y no nos recibe como nosotros pensábamos que nos iba a recibir.

El nardo de la gratitud da su olor

Así que –dice ella– «*mientras que el rey estaba en su reclinatorio, mi nardo dio su olor*». No el nardo de él – está hablando ella ... Mientras él estaba en su reclinatorio, con un recibimiento así, dice ella: «*Mi nardo dio su olor*». ¿Qué es nuestro nardo? ¡Nuestra gratitud! Frente a un recibimiento así, ¿qué podemos hacer? ¡Dar gracias! Brotó de ella el nardo de la gratitud, de la acción de gracias, el nardo del gozo, de la adoración, de la alabanza.

Y cuando estudié esta parte, inmediatamente me vino la figura de una mujer del Nuevo Testamento, en Lucas 7:36: «*Uno de los fariseos rogó a Jesús que comiese con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se sentó a la mesa. Entonces una mujer de la ciudad, que era pecadora...*». Qué bonito que diga así, esa expresión quiere decir que era una mujer de mala fama. ¿Qué hizo esta mujer? «*...al saber que Jesús estaba en la mesa en casa del fariseo...*». La misma escena de Cantares, en la mesa. ¿Qué hizo ella? «*...trajo un frasco de alabastro con perfume, un frasco de alabastro con nardo puro, y estando detrás de él a sus pies, llorando,*

comenzó a regar con lágrimas sus pies y los enjugaba con sus cabellos y besaba sus pies y los ungió con el perfume».

¿Por qué esta mujer de mala fama, al escuchar que Jesús estaba en esa casa, fue intrusamente y se metió a esa casa? No se encontró digna ni siquiera de ponerse delante de él, sino que estando detrás de él, se echó a sus pies, y comenzó a llorar sobre los pies de Jesús, y con sus lágrimas los lavó y con sus cabellos los secó, y sacó su perfume y ungió sus pies con el perfume.

Es la misma reacción de la mujer de Cantares. Las mujeres en la Biblia representan a la iglesia. Esta mujer pecadora eres tú y soy yo. Es la iglesia de Cristo, porque ella, siendo pecadora, no vio en Jesús a alguien que la condenaba. Siendo pecadora, no vio en Jesús a alguien que le reprochaba su pecado, sino encontró en Jesús amor, alguien que la acogía. Todos los hombres anteriores a Jesús la habían tomado para abusar de ella, y los más santos que no la tomaron, la despreciaron. Y un día Jesús la miró, y fue el primer hombre que la miró con amor. ¿Dónde hay otro como Jesús, hermanos? La miró con amor, y le dijo: «Yo no te condeno, yo he venido a dar vida a los muertos, he venido a salvar a los pecadores». Y cuando uno es recibido así, ¿qué cosa hace? Lo que ella hizo. Nuestro nardo da su olor. ¿Qué hace uno sino llorar y tener gratitud? ¡Bendito sea Dios!

Volvamos a Cantares... Entonces, véanla ahí, teniendo aferrados así los pies de él. Al Señor lo conquistamos y lo tomamos por los pies. ¿Recuerdan a Marta y María? ¿Dónde estaba

María? ¡A Sus pies! ¿Quieres conquistar al Señor? Arrójate a sus pies, tó-malo por los pies. Ahí el Señor es conquistado y ganado.

Requiebros de amor

Entonces ella, teniéndolo para sí, dice: «*Mi amado es para mí un manojito de mirra, que reposa entre mis pechos. Racimo de flores de alheña en las viñas de En-gadí*». Ahí no entiendo nada, pero lo único que sé es que debe ser algo bonito. No conozco el lugar, ni las cosas que nombran aquí. Él le dice a ella: «*He aquí que tú eres hermosa, amiga mía; he aquí eres bella, tus ojos son como palomas*». Ella le dice: ¡No, Señor, no!... «*He aquí que tú eres hermoso, amado mío y dulce*». ¿Cómo me dices esto, Señor? No soy yo la hermosa; eres tú el hermoso, «*amado mío y dulce*».

¿Dónde va a encontrar palabras más dulces que las del Señor? «*Nuestro lecho es de flores. Las vigas de nuestra casa son de cedro, y de ciprés los artesanados*». Ella le dice: «¡Señor! ¿cómo puedes decir que soy bella, si yo soy apenas una rosa de Sarón y un lirio de los valles. Yo soy una flor silvestre, una flor común; los montes están llenos de estas flores. Señor, ¿cómo puedes hallar hermosura en mí?». Él le dice: «Bueno, ya que eres tan humilde ... si eres sólo como un lirio, eres un lirio entre los espinos».

¡Mire cómo la piropea el Señor! «Bueno, está bien, si eres un lirio no más, entonces eres un lirio entre los espinos, así es mi amiga entre las doncellas». ¡Como un lirio entre los espinos! Todas las otras –le dice él– son como espinos, y tú eres como un

lirio entre esos espinos. Ella no se queda ¿no? (en esto no hay que quedarse). Ella le dice: «*Como el manzano entre los árboles silvestres, así es mi amado entre los jóvenes*». 'Bueno, si tú me has dicho que soy como un lirio entre los espinos, yo te digo que tú eres como un manzano entre árboles silvestres'.

Y se fueron de piropo en piropo, y la alabanza iba y venía entre ellos. Son palabras que se dicen uno a otro, muy cortitas, porque no hay mucho conocimiento uno del otro todavía. Pero si usted avanza en Cantares va a ver que el diálogo comienza a alargarse y a completarse, porque ya se conocen más, ya pueden decirse más

cosas uno del otro, hasta que llegan a describirse completamente de pies a cabeza, porque la comunión y el conocimiento se profundizó, y así cómo él la conoció a ella completamente, ella también lo conoció a él completamente.

Para amar al Señor necesitamos conocerlo. Para amarlo profundamente, necesitamos conocerlo profundamente. Y para conocerlo profundamente necesitamos tener comunión con él. Pero usted puede empezar por aquí, anhelando, rogando, y sabiendo que él tiene la iniciativa y lo va a conducir y lo va a llevar de la mano, como un buen pastor, y lo va a esperar. ¡Bendito sea el Señor!

* * *

El águila

El águila es el ave de mayor longevidad de su especie. Llega a vivir setenta años, pero para llegar a esa edad, a los cuarenta deberá tomar una seria y difícil decisión. A los cuarenta, sus uñas están apretadas y flexibles, sin conseguir coger a las presas de las cuales se alimenta. Su pico, largo y puntiagudo, se curva, apuntando contra el pecho. Sus alas están envejecidas y pesadas y sus plumas, gruesas. ¡Volar se hace tan difícil!

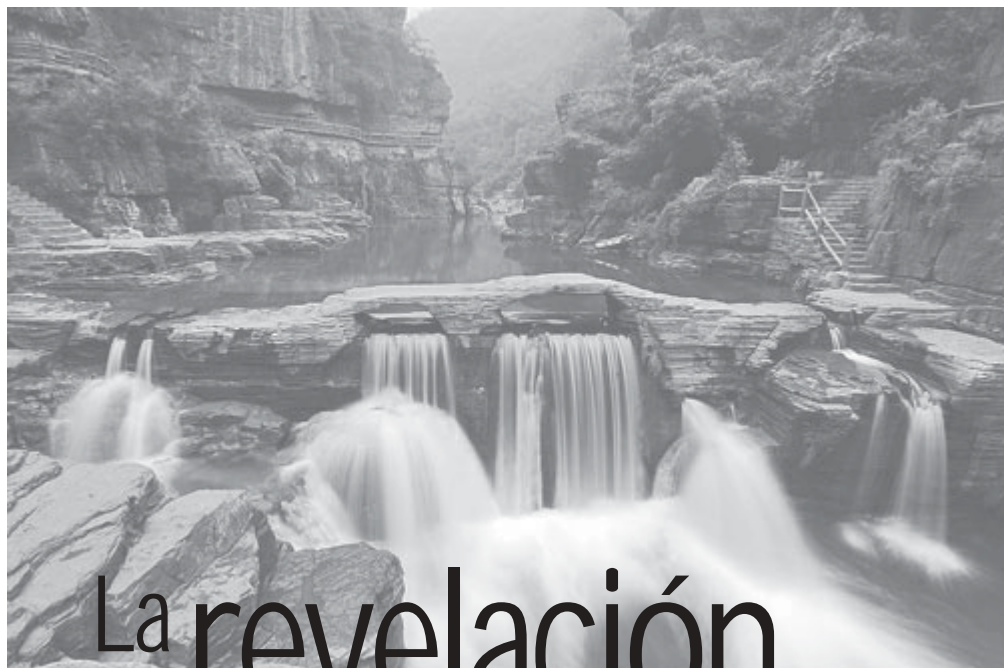
Entonces, tiene sólo dos alternativas: morir o enfrentar un doloroso proceso de renovación, que dura 150 días. Debe volar hacia lo alto de una montaña y quedarse en un nido cercano a una paredón, donde no tenga la necesidad de volar. Allí, comienza a golpear con su pico en la pared hasta arrancarlo. Luego, espera el crecimiento de uno nuevo con el que desprenderá una a una sus uñas. Cuando las uñas nacen, comenzará a quitar sus plumas viejas. Después de cinco meses, emprende el vuelo, para vivir treinta años más.

En la vida, muchas veces tenemos que resguardarnos por algún tiempo y comenzar un proceso de renovación. Para continuar un vuelo de victoria, debemos desprendernos de hechos, costumbres, tradiciones y recuerdos que nos causaron dolor.

Solamente libres del peso del pasado podremos aprovechar el resultado valioso que una renovación siempre trae.

TEMA DE PORTADA

El Señor escogió cuidadosamente el tiempo y el lugar en que sus discípulos habrían de recibir la revelación mayor.



La revelación de Cesarea de Filipo

Christian Chen

Lectura: Mateo 16: 13, 16-18, 21, 24, 28.

De los 28 capítulos de Mateo, el capítulo 16 es uno de los más importantes, porque en él podemos recibir la completa revelación de Cristo. Aquí encontramos

cuatro de las más grandes verdades de toda la Biblia.

Pero antes de que el Señor quisiera revelar su verdad a sus discípulos, él les guió a un determinado lugar:

Cesarea de Filipo. Sin embargo, no sólo el lugar debería ser el apropiado, también el tiempo debería ser el preciso.

El tiempo preciso

Hasta este momento los discípulos habían estado con el Señor alrededor de tres años; seis meses más tarde nuestro Señor estaría en la cruz.

Ellos aprendieron muchas cosas a los pies de Cristo. Sin embargo, en lo más profundo del corazón, él tenía un secreto que quería revelarles. Estaba esperando que ellos pudieran madurar, que pudieran crecer y estar en condiciones de recibir esta revelación. Él sabía muy bien que cuando eran muy jóvenes, ellos estaban muy centrados en sí mismos.

Es lo mismo que ocurre con nosotros. Cuando somos niños en Cristo, entonces descubrimos que el Señor derrama bendición tras bendición. Verdaderamente esto es maravilloso. Es una etapa por la cual todos debemos pasar. Es el comienzo de nuestro caminar con el Señor.

Sin embargo, en lo más profundo, el Señor esperaba abrir su corazón para que sus discípulos conocieran el eterno propósito de Dios. Por muchos años, él tuvo este secreto guardado en su corazón. En muchas ocasiones, cuando él estaba a punto de revelarlo, descubría que ellos aún no estaban preparados para recibirlo. Pero en este momento quedaban sólo seis meses de permanencia del Señor en la tierra. Él estaba listo para tomar el camino de la cruz, donde moriría por nosotros.

Pero antes él quería abrir su cora-

zón para revelarles el secreto que tuvo guardado desde la fundación del mundo. En el comienzo, los llamó para que lo siguiesen. Pero en realidad, el propósito principal de su llamado era que un día sus discípulos estuvieran capacitados para compartir su secreto. Para ese momento el Señor preparó un lugar muy importante: Cesarea de Filipo.

El lugar preciso

¿Y dónde se encuentra Cesarea de Filipo? Si ustedes conocen geografía bíblica, sabrán que en la parte norte de Israel hay un monte muy alto llamado Hermón. Todos pueden ver este monte desde la tierra de Canaán. Cuando la Biblia se refiere a él siempre se refiere a una vida ascendente, a la vida en un plano superior. Y siempre se asocia con los lugares celestiales. El distrito de Cesarea de Filipo se encuentra a los pies del monte. Es un área preciosa. Allí había muchos ciervos. El Salmo 42 fue escrito aquí: *“Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo vendré, y me presentaré delante de Dios?”*. Esos ciervos deseaban aguas vivas, ¿dónde podían hallarlas?

Esta área está muy cerca del Mar de Galilea, hacia el norte. En Isaías 9:1 leemos: *“Mas no habrá siempre oscuridad para la que está ahora en angustia, tal como la aflicción que le vino en el tiempo que livianamente tocaron la primera vez a la tierra de Zabulón y a la tierra de Neftalí; pues al fin llenará de gloria el camino del mar, de aquel lado del Jordán, en Galilea de los gentiles”*.

Esta es una profecía maravillosa. Un día, el Mesías vendría, y él haría de este lugar –el mar de Galilea– el centro de su obra. *“El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos.”* ¿Por qué dice *“tierra de sombra”*? Porque esa era una zona de volcanes. Toda la tierra en ese lugar es de un color oscuro, y por eso es muy absorbente de la luz solar. Por esa razón, también el trigo crece muy rápidamente, porque recibe mucha energía del sol. Por eso, cuando los sacerdotes ofrecían las primicias en el templo, ellos tenían muy claro que los primeros frutos venían de la tierra de Galilea. Si usted mira desde la distancia todas las casas están construidas con roca oscura. Cuando el Señor estaba en Capernaum, o en el mar de Galilea, al mirar desde la distancia veía una tierra oscura. Es la *“tierra de sombra”*.

Ahora entendemos por qué *“el pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz”*, y *“los que moraban en sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos”*. Esta profecía en particular se cumplió cuando el Señor vino al mundo. La Palabra se hizo carne. Por un año y medio él caminó en aquel lugar de la tierra.

Este es el trasfondo en el pasaje de Cesarea de Filipo. Si ustedes van a esa región, van a una zona de volcanes, lo cual habla de que una tragedia ocurrió hace muchos años. Muchas vidas fueron destruidas. Sin embargo, lo que quedó de eso fue una buena tierra. Y es por eso que podían tener las primicias allí. La mejor tierra es la que está en aquel lugar.

Pero más que eso: en Cesarea de Filipo encontramos el nacimiento del río Jordán. Todos saben que ese río fluye de norte a sur. Por el lado oriental, fluye desde el monte hacia el Mar de Galilea, y después continúa avanzando hasta el Mar Muerto.

Cuando llega al mar, cerca de Jericó, el río está en su parte más baja. Por cuanto el río Jordán es un río de curvas, carga mucho sedimento. Cuando usted está cerca del Mar Muerto, ya no es cristalino; se vuelve oscuro pues lleva mucho barro.

Recuerdo que la primera vez que fui a Jericó, cruzamos el Jordán. Lo hicimos de la misma forma que lo hizo Israel en la antigüedad. Íbamos con muchas expectativas porque esperábamos que el Jordán fuese como el río Amazonas, ancho y torrentoso. Especialmente cuando estudiamos la Biblia, pensamos que el Jordán debería ser un maravilloso río. Pero para nuestra sorpresa, cuando el guía nos dijo que estábamos llegando y que lo íbamos a cruzar, resultó que es muy, muy angosto. Probablemente es como un tercio del río Mapocho, que cruza la ciudad de Santiago. Imagínense lo desilusionados que estábamos.

En realidad, la razón de esto es muy simple. En tiempos de la Biblia era un río maravilloso. Pero debido a que Israel se rebeló contra Dios ellos cayeron bajo juicio, entonces la tierra fue desolada. Sabemos que la historia de Israel está conectada con ese pedazo de tierra. Entonces no debería sorprendernos que nos desilusionemos con el río Jordán. Pero si vamos a la fuente del río, a la zona de Cesarea de Filipo, veremos algo muy distinto.

Allí no hay barro, incluso podemos ver el fondo, y los peces nadando en sus aguas. Allí en el comienzo, nuestra visión se torna muy clara. Todo es tan puro. Cuando seguimos el curso del Jordán hacia abajo, hasta el Mar Muerto, entonces no encontramos ningún tipo de vida. Todo es oscuro, barroso. No vemos nada en absoluto.

Amados hermanos y hermanas, esto es así también en la historia de la iglesia. En el día de Pentecostés la palabra de Dios era tan pura, tan clara, pero ahora que llegamos al siglo XXI, este río ha corrido por más o menos dos mil años. Cuando llegamos a la parte más baja, todo se vuelve oscuro. Ahora entendemos por qué el Señor llevó a sus discípulos a la fuente del río, a Cesarea de Filipo. Porque ahí era donde él quería revelarse a sí mismo. Era algo que estaba en el corazón de Cristo, y también en el corazón de su Padre celestial.

Solamente en la fuente del río se tiene una visión clara. Nada es opaco allí; todo se ve claramente; pero si seguimos río abajo, si seguimos el camino, incluso el mundo cristiano es confuso y poco claro.

Cuatro grandes verdades

Si nosotros leemos todo este capítulo veremos que el Señor está a punto de revelarse a sí mismo. ¿Qué quiso revelar el Señor?

De las principales verdades de la Biblia, estas cuatro son las fundamentales de la vida cristiana, de la vida de iglesia. Sin esta revelación, entonces nos vamos a dispersar. ¿Por qué hoy vemos la ruina del testimonio de Dios? Porque cuando perde-

mos la visión somos dispersados. Solamente la visión puede hacer que estemos juntos nuevamente. Ahora entendemos por qué el Señor tenía que llevarlos a la región de Cesarea de Filipo.

Si leemos todo el capítulo, veremos que el Señor va a entregar cuatro revelaciones principales. ¿Cuáles son? Permítanme resumirlas: Primero, Cristo; segundo, la iglesia; tercero, la cruz, y cuarto, el Reino. Si leemos este capítulo, encontramos que esto es algo que siempre está en el corazón de nuestro Señor. Si estudiamos toda la Biblia, encontramos que toda la Biblia apunta a estas cuatro verdades principales.

¿Ustedes saben acerca de Cristo? Sí; sabemos acerca de Cristo como nuestro Salvador. Pero ¿saben que Cristo es su Maestro? ¿Ustedes saben que Cristo es la Cabeza del cuerpo que es la iglesia? Hoy día muchos cristianos conocen algo acerca de Cristo, pero ¿han visto a Cristo en el Espíritu? ¿Está revelado Cristo en su espíritu? Hoy día la gente sabe algo acerca de Cristo, pero la visión no es clara, es poco transparente.

Ahora bien, ¿qué pasa con la iglesia? ¿Qué tanto sabemos acerca de la iglesia? Muchos piensan que la iglesia es un edificio. Por eso suele decirse: "Dejé mi paraguas en la iglesia". Pero si la iglesia es el cuerpo de Cristo, ¿cómo es posible que podamos dejar el libro o el paraguas en la iglesia? Ahora entienden cómo en el día de hoy estamos en la parte más baja del río. En veinte siglos muchas manos se han introducido en la palabra de Dios. Entonces el río es oscuro. Así

que no debe impresionarnos que hoy día, si seguimos el curso del agua, no sepamos nada acerca de la iglesia.

¿Cuánto sabemos acerca de la cruz? Muchos conocen acerca de la cruz porque cargan con una cruz de madera como un adorno. Ustedes saben que el camino de la cruz es el camino hacia la cosecha. El camino de la cruz siempre nos lleva hacia la gloria. ¿Cómo podemos ser transformados a la gloria de Cristo? ¿Cómo podemos estar juntos en unidad? El secreto es la cruz. ¿Qué tanto es lo que sabemos acerca del camino de la cruz? ¿Estamos listos para tomar la cruz y seguir a nuestro Maestro? ¿Estamos listos para negarnos completamente todo el tiempo? Hoy día, cuando hablamos acerca de la cruz, también es algo muy vago. Tocamos algunos puntos, pero nunca estamos claros. Lo mismo acerca del Reino. ¿Qué tanto sabemos acerca del Reino? Cuando llegamos al siglo XXI, llegamos a la parte más baja del río Jordán.

¿Cómo podemos estar claros de la voluntad de Dios? Por esa razón el Señor llevó a sus discípulos a la región de Cesarea de Filipo. Hermanos y hermanas, el camino para que podamos continuar es siempre volver a la Biblia, al comienzo, a la fuente del río. Sólo en la región de Cesarea de Filipo recibiremos una revelación de nuestro Dios. Siento que esto es muy, muy importante.

Un día algunos preguntaron a nuestro Señor por qué Moisés permitió que hubiera cartas de divorcio. ¿Ustedes saben qué les contestó él? Que esto era solamente la voluntad

permissiva de Dios, pero no el eterno propósito de Dios. ¿Cuál es el eterno propósito de Dios? El Señor dijo: *“No era así al principio”*. Sus corazones estaban endurecidos, por eso se les permitió hacer eso. Pero si somos hijos obedientes, no estaremos satisfechos sólo con la voluntad permissiva de Dios: debemos buscar la eterna voluntad de Dios. ¿Cuál es la eterna voluntad de Dios, la voluntad desde el comienzo? Por eso es que el Señor llevó a sus discípulos a la región de Cesarea de Filipo.

El misterio de Dios: Cristo

En Mateo 16 vemos que primero nuestro Señor preguntó a los discípulos: *“¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?”*. Entonces Pedro respondió. Pedro era representativo de toda la iglesia. Él hizo una gran confesión; la mayor confesión en toda la historia de la Humanidad. No es simplemente la confesión de Pedro. Es la confesión de ustedes y la mía también. Él dijo: *“Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios Viviente”*. ¿Y qué contestó nuestro Señor? *“Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos”*. ¿Cómo es que Pedro pudo llegar a saber que Jesús era el Cristo? No le fue dado por la carne y la sangre. Según nuestro Señor, fue el Padre celestial quien reveló Cristo a Pedro.

¿Qué significa eso? Que en el corazón de Dios había un secreto. Ese secreto había estado escondido desde antes de la fundación del mundo. Nuestro Dios lo había guardado por siglos. Piensen acerca de esto: ¡Qué

No es sólo Cristo en ti y Cristo en mí, sino que también la cruz va a tocarte a ti y a mí. Eso es Cristo.

privilegio tenía Pedro! Agradó al Padre revelarle a Cristo. Aquí tenemos la primera revelación. Cristo está conectado al corazón de Dios. No nos debe impresionar que Pablo haya dicho que Cristo es el misterio de Dios. Quiere decir que Dios tenía un secreto, y que un día él abrió el velo y esa revelación fue dada a Pedro, y también nos es revelada a todos nosotros en este día. Por eso el Señor le dijo a Pedro: “¡Bienaventurado eres!”, porque realmente es una bendición maravillosa. No es simplemente como tener un bonito auto o una casa; aquí se nos dice que si nosotros recibimos esta revelación, somos bienaventurados. Nuestro Señor dijo a Pedro: “Es mi Padre celestial quien te ha revelado este secreto a ti”. Este es el comienzo de la revelación.

Recuerda: si realmente vemos algo de la Biblia; si realmente recibimos una revelación (la primera revelación), somos capaces de tocar el corazón de Dios. Ahora nos ha abierto su corazón a nosotros, y vemos el secreto que hay en el corazón de Dios. Este es el llamado misterio de Dios: *Cristo*. Pero eso es sólo el comienzo.

El misterio de Cristo: la iglesia

¿Qué dice el Señor en el versículo 18? “*Y yo también te digo...*”. Si el Padre te reveló a su Hijo, eso es una revelación maravillosa, pero eso no es suficiente. El Señor nos dice: “No sólo mi Padre tiene un secreto; tam-

bién yo tengo un secreto para ti. Dios te reveló este secreto a ti, ahora yo te voy a revelar mi secreto a ti”. Por eso el Señor dijo: “*Y yo también te digo...*”. Por un lado tenemos el secreto del Padre, el misterio del Padre. Pero la revelación del Padre es sólo la mitad de la historia. Este universo tiene un secreto –Cristo–, pero gracias al Señor, él va a revelar la otra mitad: “*Sobre esta roca yo edificaré mi iglesia*”. ¿Ven eso? El secreto de Dios es Cristo; pero el secreto de Cristo es la iglesia. Por eso es que Cristo dice: “*Y yo también te digo, sobre esta roca edificaré mi iglesia*”. Es muy interesante.

Cuando el Señor dijo esta frase, probablemente ellos estaban en un lugar alto de Cesarea, en la base del monte Hermón. Incluso hoy día descubrimos que allí hay una roca muy grande. Esa ciudad fue construida rodeando esa roca.

Cuando el Señor dijo a Pedro: “*Sobre esta roca edificaré mi iglesia*”, por supuesto esta roca se refiere a él mismo. No hay duda acerca de eso. Pero el Señor también utiliza una ilustración, porque sus ojos ven una roca a los pies del monte Hermón. “Voy a edificar mi iglesia sobre esta roca”. ¿Cómo Cristo edifica su iglesia? Ahí descubrimos la forma en que Cristo edifica su iglesia – es a través del camino de la cruz. Por eso dijo: “*Sobre esta roca*”.

Los discípulos veían la corriente del Jordán, pero ¿cómo podía fluir?

La nieve de la cumbre se derretía y el agua fluía hasta la base del monte. Los ciervos veían el agua y bramaban por ella, pero la gran roca se convertía en un paredón que impedía el curso del agua. Entonces ¿cómo era posible que los discípulos viesen la fuente de este río?

La Roca herida

Muchos años atrás, Dios hizo temblar el mundo, entonces el volcán hizo erupción, y esa roca que estaba allí desde hacía muchos años –según los geólogos, esta roca es la más antigua de la tierra de Canaán–, esa roca se abrió, y entonces el agua pudo pasar. Ahí comenzó el río Jordán. De esta forma, la sed de los ciervos podía ser satisfecha.

Amados y hermanas: Esta es la historia de la cruz. Ustedes recuerdan cuando el Señor dijo: “*Dios, mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*”. Jesús tomó tu posición y mi posición. Todos nuestros pecados estaban sobre él. ¿Usted conoce el color del pecado? Cuando el Padre celestial, el Padre santo, vio a su Hijo en la cruz tomando tu pecado y mi pecado sobre sí mismo, la vara de la ira de Dios cayó sobre nuestro Señor Jesús. Esa vara debía caer sobre nosotros, porque nosotros somos los pecadores, no Jesucristo. Pero debido a que él te ama a ti y me ama a mí, y debido a que todos nuestros pecados estaban sobre nuestro Señor Jesús, y porque Dios es un Dios de justicia, debido a eso, la vara de la ira de Dios cayó sobre nuestro Señor.

Entonces, Cristo, la Roca de los siglos, en ese momento fue partida. Del

costado del Señor Jesús brotó sangre y agua. Tal como Adán cuando estaba dormido, Dios sacó algo de su costado, y Eva fue edificada. Es la misma historia. Cuando nuestro Señor Jesús murió por nosotros en la cruz, la iglesia fue tomada de su costado.

Si realmente vemos la iglesia, nunca podremos separar a Cristo de la cruz. Pedro dijo al Señor: “No lo hagas”. ¿Qué quería Pedro? Él quería a Cristo, pero sin la cruz. Él confesó a Jesús como el Cristo. Su mentalidad era una mentalidad judía. Cristo debería estar en la gloria; pero no ir a la cruz. Lo que él quería era Cristo, pero sin la cruz. Eso es imposible. El Señor dijo: “*Sobre esta roca edificaré mi iglesia*”. ¿Entienden ahora? Cristo siempre está con la cruz. Siempre es a través de la cruz. De ahí nace la iglesia, y es edificada. No sólo Cristo, sino también la iglesia y la cruz.

La cruz y el reino

Por esa razón, no sólo podemos predicar a Cristo, no sólo podemos hablar de la iglesia de Cristo. ¿Cómo es que Dios va a cumplir su propósito? El secreto, el camino, es la cruz. Si no hay cruz, no hay cosecha. Si no hay cruz, no hay edificación de la iglesia. Hoy podemos tener una congregación de diez mil personas, pero la realidad de la iglesia no está ahí. ¿Qué es la iglesia de Cristo? No simplemente Cristo en ti; no solamente la bendición de Cristo. No solamente eso: es el trabajo de la cruz. No es solamente Cristo en ti y Cristo en mí, sino que también la cruz va a tocarte a ti y a mí. Eso es Cristo. Algunos solamente conocen las *adiciones*, pero

no conocen las *sustracciones*. Esto es lo que hoy día hace la cruz. Si realmente somos celosos por el Señor, si la iglesia va a ser edificada de esta forma, descubriremos el trabajo de la cruz. Trabajaré muy profundamente en cada uno de nosotros. Finalmente descubriremos que la iglesia está siendo edificada.

Debido al trabajo de la cruz, tú ya no estás en el trono. Algunas veces tenemos la tendencia, cuando la iglesia se reúne, de sentarnos nosotros en el trono, en vez de dejar a Cristo allí. El trabajo de la cruz siempre nos destrona, con un propósito: que Cristo esté en el trono. Cuando vemos que Cristo está en su trono, ese el reino de los

cielos que está mencionado en este capítulo. Si realmente vivimos la vida de iglesia de acuerdo al propósito de Dios, todos nosotros, incluso los líderes, debemos ser destronados, para que solamente Cristo quede en el trono. Entonces vemos el reino de Dios.

Ahora vemos la conexión de estas cuatro verdades: Cristo, la iglesia, la cruz, y el Reino. Finalmente, el propósito de Dios va a poder llevarse a cabo. Hoy día debemos ser llevados a la fuente de su revelación. Regresemos al comienzo, a la fuente del río. Entonces veremos que la revelación es muy clara para nosotros. No solamente Cristo, también la iglesia, la cruz y el Reino.

* * *

Tres sencillas preguntas

A un hombre le asignaron un asiento del medio en un avión. Cansado y queriendo dormir, se irritó cuando una niña del asiento de al lado, la cual padecía del síndrome de Down, le preguntó:

– Señor, ¿usted se cepilla los dientes?

– Sí – contestó él.

– ¡Qué bueno! La gente que no se cepilla pierde los dientes.

Un poco después, preguntó:

– Señor, ¿usted fuma?

– No – contestó él.

– ¡Qué bueno! La gente que fuma se muere.

Después de un largo silencio, ella se volvió hacia él otra vez, y dijo:

– Señor, ¿usted ama a Jesús?

– Sí – respondió él.

– ¡Qué bueno! – añadió ella —. La gente que ama a Jesús va al cielo.

Aunque profundamente conmovido, él se echó para atrás, esperando que no hubiera más preguntas. Justo entonces la niña dijo:

– Señor, pregúntele al señor que está a su lado si se cepilla los dientes.

Bueno, ya se puede usted imaginar lo que vino después. Cuando llegó a la pregunta sobre Jesús, el segundo hombre se puso pensativo.

– Me temo que no entiendo – dijo.

Durante la hora siguiente, los dos hombres hablaron sobre asuntos eternos.

DJD, en Nuestro Pan Diario

TEMA DE PORTADA

En Cristo se encuentra la revelación de Dios y del hombre, ya que su naturaleza es divina y humana.

Cristo

Imagen de Dios y del hombre



Roberto Sáez

Lecturas: Génesis 1:26-27; Romanos 5:14; Efesios 3:11; Hebreos 1:3; Hechos 2:22.

Quien conoce a Cristo, inevitablemente conocerá a Dios, pues Cristo es la donación que Dios nos hace de sí mismo, y en

él «...están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento» (Col. 2:3). Por otro lado, Cristo asume al hombre completamente en todas las

contingencias de la vida humana (exceptuando el pecado) mostrando el tipo de hombre que Dios se propuso tener desde la eternidad.

I. Cristo, revelación del hombre

Se puede tener un conocimiento espiritual del hombre a la luz de la revelación de Jesucristo. Obviamente, aquí nos referimos a un conocimiento por revelación mediante la fe en Jesucristo, lo cual es una gracia de Dios y por lo tanto no una aprehensión intelectual del hombre.

Ha quedado registrado en la Escritura el testimonio externo de la intención que hubo en Dios desde la eternidad respecto de la creación del hombre. La creación del hombre a la imagen y semejanza de Dios sería la obra maestra de Dios. El hombre sería el reflejo de la imagen, la vida, la autoridad y la gloria de Dios.

En Romanos se nos dice que «el primer Adán es figura del que había de venir». El que había de venir, es Cristo; de modo que la creación del primer hombre obedece a un modelo eterno que Dios tenía concebido en su corazón. Estaba contemplado que el Hijo de Dios asumiría nuestra humanidad por toda la eternidad. Hoy hay un hombre exaltado a la diestra de Dios que tendrá una imagen de hombre por toda la eternidad, de modo que el primer Adán tenía que ser pensando en lo que sería la humanidad de Cristo en todo sus aspectos. Es decir, Adán fue hecho por causa de Cristo.

El desarrollo del plan eterno de Dios para con el hombre pasa por cuatro etapas: Primero, la creación;

segundo, la caída; tercero, la restauración, y cuarto, la glorificación o consumación.

La creación del hombre:

El hombre creado para ser «en Cristo» imagen de Dios

Antes de la creación del hombre, Jesús era el unigénito Hijo de Dios; era el Hijo de su amor, con el cual se recreaba y deleitaba disfrutando la excelencia de su persona. Dios quiso satisfacer a su Hijo al darle una familia de hermanos semejantes a él donde Cristo sería «*el primogénito entre muchos hermanos*». Para lograr esto, Dios se propuso plasmar su imagen, su vida, su reino y gloria en el hombre; debía crear un hombre agraciado, un ser que fuese más excelente que todos los demás seres creados en todo el universo.

La imagen de Dios no es la imagen de una sola persona, sino la imagen de un Dios trino que esencialmente es familia, que tiene una forma o estilo de vivir en una mutualidad de amor, en unidad de Espíritu y de esencia, imagen que nos fue revelada perfectamente en Cristo. La creación del hombre parte con un individuo, pero inmediatamente añade: «...*varón y hembra los creó*». Es por eso que, cuando el Señor Jesucristo nos trae la imagen de Dios, lo primero que hace es rodearse de doce hombres en los cuales plasmará la imagen de Dios, con su vida, reino y gloria.

La caída del hombre

En la caída se perdió todo. El pecado arruinó a la humanidad. La perdición a la que el hombre quedó ex-

puesto, no es tanto la degradación de una vida de vicios y pecados, sino la desgracia de no configurarse en él el propósito eterno de Dios. La caída trajo consigo la muerte. El hombre murió en su espíritu y siguió viviendo con su alma y cuerpo. Cuando los griegos reflexionaron al hombre hallaron que tenía dos partes: espíritu y materia. Tuvieron razón, sólo que lo que ellos llamaron 'espíritu' es alma solamente.

A partir de la caída, el hombre fue un ser incompleto; de allí su búsqueda incesante, sumido en una crisis existencial, en que se halla a sí mismo incompleto, con un vacío insondable. Percibe que perdió algo y su desgracia es no poder hallarlo, porque lo busca fuera de la fuente por la cual vino a ser.

Restauración

En la restauración de Jesucristo se recupera todo lo perdido. Jesús nos trae de vuelta la imagen de Dios. Él es el árbol de la vida que fue rechazado al principio; el pecado del primer

Cristo es la imagen de Dios y también del hombre, un hombre no individualista, que tiene hoy en la iglesia, el cuerpo de Cristo, su más certera expresión.

Adán fue no comer de este árbol; pero ahora la bondad de Dios nos trae nuevamente la posibilidad de incorporar la imagen, la vida, el reino y la gloria de Dios.

Nuestro Señor es el primer hombre completo, pues tiene espíritu, alma y cuerpo; de allí su aplomo. Nadie más equilibrado que él, varón justo y aprobado por Dios. Esto es suficiente para afirmar que él es la revelación del hombre. Todos los que vinieron antes de él fueron hombres incompletos, pues traían el estigma del pecado heredado; mas Cristo no nació de carne y de sangre sino por voluntad de Dios, por lo cual no traía en sí mismo el estigma del pecado y de la muerte. Por eso su vida es estimada preciosa; él es el hombre que Dios siempre quiso tener.

Desde Adán a Cristo, los hombres no conocieron la vida de Dios; sólo supieron de los favores de Dios; pero ahora, no sólo está con nosotros sino que está *«en nosotros»*. Juan nos dice: *«El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida»* (1ª Jn. 5:12) La vida de la que aquí se habla es la vida 'zoé'¹. Esta vida se encuentra en Jesucristo; de ahí que el que recibe al Hijo, tiene consecuentemente la vida de Dios.

Todo hombre y mujer necesita venir a Cristo para tener vida eterna. A partir de esta experiencia que se obtiene mediante la fe en Jesucristo, la imagen de Dios comienza a ser restaurada en él.

¹ En griego la palabra vida tiene tres acepciones: *Bio*, referente a la vida biológica, corporal, *Psyque*, referente a la vida del alma y *Zoé*, referente a la vida increada o eterna de Dios.

El hombre, que en un principio fue creado para reinar sobre todo lo creado y en todo animal que se arrastra (esto implica ejercer autoridad sobre Satanás), había llegado a ser esclavo del pecado; pero ahora en Cristo Jesús, liberto del pecado, es hecho siervo de la justicia para reinar junto a la iglesia del Dios vivo, sobre el mundo, la carne, Satanás, el pecado y la muerte. No como quien hace guerra contra el enemigo por sí mismo, sino sobre la base de que Cristo ya venció y ha cedido su victoria a los vencedores de la fe.

La glorificación

Quienes han llegado a este punto de su experiencia cristiana tienen recuperada la vida, la imagen y el reino de Dios. A los tales les espera la gloria (consumación), la cual les será dada en la resurrección de los muertos cuando Cristo venga por los suyos en su segunda venida y sea así consumado el eterno propósito de Dios.

II. Cristo, la revelación de Dios

Jesús, el Yo Soy

Nuestro Señor Jesucristo es la revelación que Dios nos hace de sí mismo.

Si queremos conocer a Dios de verdad, no podemos depender de nuestros razonamientos o elucubraciones. ¡Cuántas personas opinan con liviandad: 'Yo pienso que... A mí me parece...!' Existen declaraciones indubitables, registradas en las Escrituras, que son indispensables como rectoras de la fe, y hacemos bien en sujetarnos a ellas para sostener la fe

que profesamos, junto con la revelación que Dios nos hace de sí mismo cuando experimentamos la dirección y enseñanza de su Espíritu en nosotros. Algunas de estas declaraciones están registradas en los Evangelios, de los cuales el más completo y contundente es el evangelio de Juan, sin menospreciar los demás.

Juan nos presenta a Jesús como el «Yo Soy». Siete veces lo presenta de esta forma. Esto lo asocia con Dios, pues así fue revelado Dios a Moisés en el Antiguo Pacto, como el «Yo Soy». Cada «Yo Soy» es absoluto y va acompañado de un calificativo definido: Yo Soy el pan vivo, Yo Soy la luz del mundo, Yo Soy la puerta, Yo Soy el buen pastor, Yo Soy el camino y la verdad y la vida, Yo Soy la resurrección y la vida y Yo Soy la vida verdadera. En cada una de estas afirmaciones está revelado Dios. Si Jesús no es lo que dice ser, entonces todo es un locura. Pero los que hemos creído, profesamos que Jesús es lo que él dice ser. En cada declaración de lo que él es, se encuentra un aspecto de Dios, al mismo tiempo que cada *Yo Soy* es una expresión de lo que es la iglesia; pues como Jesús declara ser *la Luz*, no *una* luz, declara al mismo tiempo que sus redimidos son «*la luz del mundo*». Ellos son lo que él es, pues han recibido su vida, su imagen, reino y gloria.

La revelación que Dios nos hace del hombre «*en Cristo*» es la de individuos participando de un cuerpo. En el plan de Dios no cabe la existencia de una persona individualista.

Jesús nos revela la Trinidad

Jesús no nos dio detalles de la realidad de las benditas personas de la Trinidad; pero nos mostró de una manera muy didáctica y sencilla la relación constante y familiar que tenía con el Padre y con el Espíritu Santo.

Tanto es así, que Juan el apóstol, en 18 de los 21 capítulos de su evangelio, nos presenta la relación intratrinitaria que Jesús mantiene con la Deidad. Aprendemos que Dios no es un ser solo aunque es único en esencia. Aprendemos que el Espíritu Santo estuvo eternamente con el Padre y con el Hijo y que es en él que el Padre y el Hijo se encuentran y se relacionan en una mutualidad de dependencia.

Se nos muestra un estilo de vida de perfecta sujeción a la autoridad. Ninguno de los tres hace nada por separado de los otros; cada uno se

sujeta al otro, estimando al otro como superior. El Hijo dice que el Padre que le envió es mayor que él, luego se da testimonio que el Padre ha exaltado hasta lo sumo al Hijo y que le ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra. Vemos al Espíritu Santo no haciendo nada por sí mismo y llevando toda gloria a Cristo.

Jesús, en los días de su carne, testificó que no decía nada que no escuchara de su Padre, y no hacía nada que no viera en su Padre. Vemos a Cristo hablando con su Padre y compartiendo la reciprocidad de su calidad de vida, de la cual emana el amor que hace posible la unidad. La unidad de Dios jamás ha sido ni será quebrantada porque es perfecta.

Así, Cristo es la imagen de Dios y también del hombre, un hombre no individualista, que tiene hoy en la iglesia, el cuerpo de Cristo, su más certera expresión.

* * *

Un solo objetivo: dar fruto

De la misma manera que Cristo pasó a ser la verdadera Vid con sólo un objetivo, tú has sido hecho rama también con un objetivo: el de dar fruto para la salvación de otros hombres. La Vid y la rama están igualmente bajo la ley establecida de dar fruto como razón de su existencia.

Andrew Murray, en La Vid Verdadera

Parece claro que es posible tener un *nuevo corazón*, y una nueva vida, sin una mente totalmente renovada. Es claro por los hechos de la vida y la condición presente de la iglesia de Cristo. La mente del cristiano puede estar llena de toda clase de cosas, inyectadas allí por el dios de este mundo, y estas ideas, 'puntos de vista', 'teorías', son las causas de la división, porque si la mente de cada cristiano fuera renovada, parece lógico decir que todos los creyentes serían de un mismo sentir, por tener la mente de Cristo.

Jessie Penn-Lewis, en La cruz, piedra de toque de la fe

El testimonio que las Sagradas Escrituras dan respecto de Jesús de Nazaret excede todo cuanto podamos imaginar.



El testimonio de Cristo

Gonzalo Sepúlveda

«Así como el testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado en vosotros...» (1ª Cor. 1: 6)

«Antes que el mundo fuese»

En la intimidad de su exquisita oración sacerdotal, el Señor hace referencia a «*aquella gloria*» que tuvo con el Padre antes que el mundo fuese. El evangelio de Juan

registra profusamente la unidad del Padre y del Hijo, y su preexistencia antes de las cosas hechas (Juan 1:1-18; 8:58; capítulo 17, etc).

También el apóstol Pablo, haciendo gala de su profundo conocimiento

del misterio de Cristo, declara con toda firmeza que él –Cristo– es la imagen del Dios invisible, que en él fueron creadas todas las cosas, que él es antes de todas las cosas, y que agradó al Padre que en él habitase toda plenitud (Col. 1:15-19)

Los estudiosos coinciden en que la referencia a la Sabiduría registrada en Proverbios 8:22-31 se refiere al Verbo, es decir, a nuestro Señor Jesucristo. Esa preciosa porción concluye: «...con él estaba yo ordenándolo todo, y era su delicia de día en día». ¿Qué es esto sino la gloria que el Hijo tuvo con el Padre antes que el mundo fuese?

Es imposible pretender sondear con nuestra mente finita una profundidad tan grande. Nosotros nacimos atados al tiempo y al espacio, al nacimiento y a la muerte, al principio y al fin... Pero aquí hay alguien que no tiene principio de días ni fin de vida, porque él mismo es el principio, el Alfa y también la Omega, el fin de todas las cosas. ¿Cómo imaginarnos a alguien que no tuvo o no tiene principio? La sola declaración de las Escrituras estimula la fe (que también es un don de Dios en el corazón del creyente), para inclinarse a adorar ante la grandeza eterna del bendito Salvador, del Señor Jesús que estuvo dispuesto a humillarse viniendo a este mundo para redimirnos mediante el sacrificio de sí mismo.

Venía a este mundo

«...os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador que es Cristo el Señor...», dijo un ángel a los atemorizados pastores en las afueras de Belén

(Lucas 2:9). «...viéndolo ellos (a Jesús), fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos», relata Lucas el dramático instante de la ascensión del Señor en presencia de sus discípulos (Hechos 1:9).

Estos dos versículos resumen la entrada del Hijo de Dios al mundo y su salida del mismo. Entre estos dos puntos se encuentra comprimido el testimonio de «*los días de su carne*». Isaías había profetizado la entrada al mundo de Emanuel, esto es, «*Dios con nosotros*». Hebreos 10:5-9 registra el cumplimiento profético del que viene al mundo para hacer la voluntad de Dios: «*He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad*». Y Juan dirá: «*En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho, pero el mundo no le conoció*» (1:10).

La venida del Hijo de Dios al mundo es, lejos, el acontecimiento más relevante que le haya ocurrido jamás a nuestro pequeño planeta. Cada paso registrado en los cuatro evangelios está lleno de enseñanzas y manifestaciones del gran amor de Dios para con los hombres. Él mismo hace un apretado resumen al responder a los enviados por Juan el Bautista: «*Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados y a los pobres es anunciado el evangelio*». Nosotros podríamos agregar: Los panes son multiplicados y la Multitud es saciada; la tempestad se calma, las viudas son consoladas, los pecadores son recibidos, los demonios huyen, los sabios son confundidos, las más preciosas enseñanzas del amor y del perdón, de la devoción al Dios verdade-

ro y del reino eterno son oídas con entusiasmo, etc. Pero, ¡ay!, la controversia también se levanta, Judas le traiciona, Pedro lo niega, la religión lo condena y el poder político lo ejecuta. Mas todo esto es para que las Escrituras se cumplan: «*Sin causa me aborrecieron*». Era necesario que el Cordero fuera inmolado, su preciosa sangre derramada, para que la palabra de Isaías 53 se cumpliera a pleni-

vantado por el Padre mismo hasta lo sumo.

«**Siéntate a mi diestra...**»

Con pies descalzos queremos referirnos ahora a su ministerio actual como Sumo Sacerdote en los cielos.

Los atónitos ojos de los discípulos contemplan la nube que les oculta al Señor en las afueras de Jerusalén; los ángeles se encargan de consolarlos

«*...con él estaba yo ordenándolo todo, y era su delicia de día en día*». ¿Qué es esto sino la gloria que el Hijo tuvo con el Padre antes que el mundo fuese?

tud, y que a partir de entonces hubiera salvación para todos los hombres.

Pero esto no es todo. Hasta aquí sus enemigos parecen triunfantes; mas la última palabra del Cristo de Dios en la tierra aún no ha sido dicha: al amanecer del primer día de la semana, su tumba es hallada vacía y un ángel pronuncia aquella mezcla de reprensión y alegría: «*¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?*». Aquel que había venido al mundo de una forma totalmente distinta (nacido de una virgen), no podía salir de éste como todos, a través de una simple muerte y sepultura.

Habiendo acabado la obra que el Padre le encargó que hiciese, ahora volvería al Padre de donde salió, victorioso sobre la muerte y sobre Satanás (En el desierto, en su vida, en su muerte y en su ascensión, lo venció). El que se había humillado hasta la más ignominiosa muerte, ahora es le-

confirmándoles la promesa del retorno. Otros seres celestiales, en tanto, proclaman con júbilo: «*¡Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotros, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria!*». Desde el otro lado de aquellas puertas magníficas responde un coro angelical: «*¿Quién es este Rey de Gloria?*». Se les responde que es el fuerte y valiente, el poderoso en batalla. ¡Él acaba de vencer por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte y ha obtenido eterna redención para los hombres! «*¿Quién es este Rey de gloria?*», se vuelve a preguntar. No porque se le haga resistencia, sino porque las criaturas celestiales anhelan oír una y otra vez aquel glorioso nombre (Salmo 24:7-10). El que había descendido a las partes más bajas de la tierra, ahora subía sobre todos los cielos para llenarlo todo (Ef. 4:10).

Es imposible imaginarse la solemnidad de la escena aquella, contem-

plada con asombro por toda la hueste celestial: «*Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies*» (Heb. 1:13; Sal. 110:1). Jamás se había oído tal declaración en los cielos. Desde ahora toda lengua tendrá que confesar que Jesucristo es el Señor para gloria de Dios el Padre (Flp. 2:9-11). Allí se presenta ahora por nosotros ante Dios (Heb. 4:14; 9:24; 9:11-12). Allí obtuvo del Padre la promesa del Espíritu Santo y lo derramó sobre los discípulos el día de Pentecostés, y desde entonces el fiel Consolador ha estado revelando a Cristo a los hombres, edificando la Iglesia, preparando la esposa del Cordero.

¿No es un consuelo saber que ahora mismo tenemos a Uno (el Hijo del Hombre) que nos amó hasta darnos su vida, intercediendo por nosotros ante el Padre?

En Apocalipsis capítulos 1 al 5 se relata el incontenible asombro del apóstol Juan al contemplarle en su actual posición en los cielos. Allí nos muestra también al Señor Jesús preocupado por el estado del corazón de los suyos. Sus cartas a las siete iglesias tienen tanta vigencia hoy como ayer. En los evangelios nos habló desde la tierra; aquí nos amonesta desde los cielos. Allí exhortaba a las multitudes; aquí le habla a su casa. Oigamos su advertencia: «*¡He aquí, yo vengo pronto!*».

«**Viniendo en las nubes...**»

«Entonces aparecerá la señal del Hijo de Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre

las nubes del cielo con poder y gran gloria» (Mat. 24:30). Mateo registra este anuncio hecho por el Señor Jesucristo mismo. El relato de Apocalipsis 19: 11-20 abunda en detalles respecto de esta gloriosa venida.

El Señor viene con sus ejércitos celestiales, las tribus de la tierra se lamentan, hay una gran batalla, la «bestia» y los reyes de la tierra con sus ejércitos son inapelablemente aplastados. En 19:15 dice que «*regirá las naciones con vara de hierro*», es decir, este mundo donde nosotros hoy vivimos será globalmente afectado por esta venida gloriosa de aquel que fue rechazado y crucificado en su primer advenimiento. «*Habrà un justo que gobernará entre los hombres*» (2 Samuel 23:3). Dominará de mar a mar, todos los reyes se le postrarán, todas las naciones le servirán y serán a la vez bendecidas por él (Sal. 72:8-17). Tiene que cumplirse Isaías 65:16:15, donde el león y el cordero pacerán juntos, y Miqueas 4:3, donde las naciones poderosas no se ensayarán más para la guerra.

En este periodo, Cristo reinará con los que tienen parte en la primera resurrección. Será un grupo selecto –bienaventurado y santo–, serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con él durante mil años (Apocalipsis 20:6).

Según Apocalipsis 20, Satanás será atado por mil años. No vemos hoy aún que este día haya llegado. Aun le vemos muy activo engañando al mundo entero. Pero una gran cadena le espera.

Una vez cumplidos los mil años, es necesario que Satanás sea suelto

por última vez. Bajo su engaño las naciones volverán a la guerra, pero serán consumidas por fuego del cielo. Luego viene el juicio de la humanidad, el cielo y la tierra nuevos.

Nuevamente en nuestra mente no alcanza a imaginar la grandeza que se describe en los dos últimos capítulos de la Biblia, pero el Cristo eterno aparece allí. Para entonces ya estará cumplida la palabra de 1ª Corintios 15:22-28: *«Luego que todas las cosas le sean sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea el todo en todos».*

Que el bendito Dios y Padre siga revelándonos por medio de su Santo Espíritu a su Hijo eterno, al Primogénito de entre los muertos, al heredero de todo, al resplandor de su gloria, a la imagen misma de su sustancia. Y, mediante su conocimiento, nuestro corazón se ensanche para proclamar con denuedo su evangelio, y soportar con paciencia las aflicciones del día presente, porque el tiempo de su retorno está cerca.

Entonces disfrutaremos eternamente aquella gloria que hoy sólo vemos oscuramente.

* * *

Gajes de un predicador callejero

Una vez, mientras Juan Wesley predicaba al aire libre, un hombre se acercó a él por entre la multitud con los bolsillos llenos de piedras, y con no buenas intenciones. Sin embargo, el hombre se detuvo en seco cuando el predicador anunció el texto de su mensaje: "El que de vosotros esté sin pecado arroje contra ella la primera piedra". Arrojó al suelo sus proyectiles uno por uno y se decidió a escuchar atentamente todo cuanto se decía.

En otra oportunidad, un tabernero muy aficionado a la música asistió a una de las reuniones de Wesley para escuchar el canto. Este hombre, temeroso de la influencia que podían producirle las demás partes del culto, se metía los dedos en los oídos tan pronto como cesaba el canto. Una mosca que se paró obstinadamente en la nariz le obligó a abandonar esta extraña actitud en el momento mismo que el predicador pronunciaba estas palabras: "¡El que tiene oídos para oír, oiga!". Tales palabras despertaron vivamente su curiosidad, resolviéndose a escuchar un rato, y el evangelio no tardó en herir su conciencia, de tal modo que mediante este discurso fue conducido al arrepentimiento y a la salvación.

En Bradford, un individuo se había llenado los bolsillos con huevos podridos y al fin de la predicación lanzó un grito con el objeto de dar la señal a los asaltantes con quienes estaba de acuerdo; pero, mientras se preparaba para hacer uso de sus proyectiles, se le acercó un joven por detrás y apretándolo fuertemente en los bolsillos ¡quebró todos los huevos!

Lo que siguió puede fácilmente adivinarse, y no es necesario añadir que el plan fracasó, sufriendo su jefe las risas burlescas de los allí presentes".

Mateo Lelièvre: Juan Wesley, su vida y obra

TEMA DE PORTADA

En medio del deterioro existente en la cristiandad, el creyente ha de ir a la fuente de todas sus experiencias de fe para anclar allí su vida.

En el corazón de los escritos de Juan late con particular intensidad un llamado a regresar al principio. El apóstol tiene un asunto, un enfoque y un estilo muy caracte-

rísticos, que lo distinguen claramente de los demás escritores del Nuevo Testamento. Su énfasis no está puesto en las cosas exteriores y visibles, sino en aquello que es más esencial, y por

Cristo, el principio de la iglesia

Rodrigo Abarca



lo mismo, inalterable. El nos habla acerca de Cristo, la vida eterna que *«estaba con el Padre y se nos manifestó»*.

¿Qué significado tiene el mensaje de Juan para la iglesia? Uno muy importante: su ministerio particular se centra en mostrarnos el camino de la restauración. En efecto, Juan sobrevivió casi treinta años a los doce apóstoles y también a Pablo. Él vivió lo suficiente para ser testigo de la decadencia de la iglesia plantada por ellos. Ya Pablo y Pedro, poco antes de partir, habían escrito acerca de las oscuras nubes que se cernían amenazantes sobre el futuro de los santos. Mas, a fines del primer siglo, al leer sobre el estado de las iglesias de Asia en el libro de Apocalipsis, encontramos que la tormenta ya había comenzado a desencadenarse (de hecho, entre las iglesias de Asia, sólo dos son aprobadas, mientras que cinco son halladas en falta a los ojos del Señor). De este modo, le tocó a Juan contemplar con sus propios ojos cómo la iglesia abandonaba la sencillez y pureza del fundamento original.

Y este es el significado más importante de su ministerio. En el plan de Dios, Juan debió ser testigo de esa decadencia, pues, formado en el más íntimo conocimiento del Señor, era también el hombre más preparado para mostrar a la iglesia el camino de regreso al principio olvidado.

Tres peligros

Juan nos habla de ello en su primera carta. Dejando a un lado los peligros de carácter externo (como la persecución imperial), él nos alerta contra otros de naturaleza interna y,

en este sentido, mucho más destructivos.

El primero de ellos se encuentra en la desviación hacia una vivencia puramente conceptual de la verdad. Quizá el contacto con la filosofía especulativa de los griegos estaba en la raíz de este problema. Muy pronto, la revelación fresca y vivificante de Jesucristo en el corazón de su pueblo, sería reemplazada por una teología meramente conceptual y extremadamente compleja. Un elaborado e intrincado lenguaje de especialistas. Sin embargo, el discípulo que tal vez conoció más íntimamente al Señor, es extremadamente sencillo en sus palabras. Pues para él, Jesucristo no es un árido paradigma teológico, sino una experiencia vital y, en cierto sentido, casi inexpresable. Allí donde tocamos la realidad misma del Señor, las palabras se vuelven necesariamente sencillas. Tan incapaces son de expresar lo que hemos experimentado.

El segundo peligro está en la tendencia hacia la organización y la complejidad. La iglesia primera era en extremo sencilla en cuanto a organización. En realidad, ella no era en absoluto como las instituciones y organizaciones humanas. Ella era un cuerpo, un organismo vivo. Pero, con el paso del tiempo, algunos hombres decidieron que ya era hora de darle un poco de estructura y organización. De esta manera, encontramos a un cierto Diótrefes ostentando el primer lugar en una iglesia, y oponiéndose a Juan. Con el paso de los siglos, esta tendencia se haría cada vez más acentuada y la iglesia acabaría convertida en una enorme y eficiente es-

estructura, organizada a imagen y semejanza del imperio romano. La tragedia de todo estuvo en que Cristo dejó de ser el centro real y viviente de su iglesia. Otras cosas habrían de usurpar su lugar.

El tercer peligro es con mucho el más importante, pues es también la explicación de los dos anteriores. Juan lo llama el espíritu del anticristo. Este espíritu se caracteriza porque niega que Jesucristo vino en carne. Vale decir, niega la encarnación del Hijo de Dios. Esto trae como consecuencia una separación entre la iglesia y Cristo, su cabeza. Esta es la verdadera causa que se esconde tras los primeros dos peligros. Para entender mejor en que sentido este espíritu divide a la iglesia de su Señor y comprender la gravedad de este hecho, es necesario saber cómo ocurrió todo desde el principio. Y aquí está también la senda de la restauración señalada por Juan.

La vida original

Para recuperar la iglesia original, nos dice Juan, hemos de regresar primero a la vida original. Dicha vida estaba en el principio con Dios. Antes de que nada fuese creado, ella se encontraba escondida en el seno del Padre. El apóstol la llama «la vida eterna», mostrando con ello su carácter más esencial. Es eterna porque es divina. En verdad, se trata de la vida que posee el Dios eterno. Por lo mismo, no cambia, no se debilita, no decae ni muere jamás. Ella es la causa de que exista la eternidad.

«Y dicha vida – nos dice Juan – fue manifestada y la hemos visto».

Contemplando a Cristo
vivir por medio de la
vida del Padre, ellos
aprendieron a vivir por
medio de Cristo. Esta
fue su lección más im-
portante.

Aquí está la médula de su mensaje. Él nos habla de haber oído, tocado, contemplado y palpado al Verbo de vida. Esta experiencia íntima y profunda con Jesucristo explica el que naciese algo llamado iglesia sobre esta tierra. Nada más lo puede explicar, pues, según Juan, ella tiene su causa precisamente en esta experiencia original.

Mas, ¿de qué experiencia estamos hablando? La respuesta a esta pregunta nos acerca al corazón del mensaje juanino: la experiencia de Jesucristo con los doce.

El Verbo de Vida fue hecho carne y puso su morada entre nosotros. De esto se trata todo. Juan era ya muy anciano cuando escribió su carta, pero seguramente podía recordar vívidamente el momento en que Jesús se cruzó por su camino. Un día cualquiera en su vida común de pescador junto al mar de Galilea, mientras remendaba sus redes, la vida eterna se detuvo por un instante junto a él y le dijo: «*Sígueme*». Eso fue suficiente. A partir de ese día, Juan lo

abandonó todo y se embarcó junto a once hombre más en la incierta aventura de seguir y conocer a Jesús. Nada sabían aún del alto llamado que tenían por delante, pues, comprendámoslo bien, eran sólo doce hombres corrientes cuyas vidas habrían permanecido para siempre en el anonimato a no mediar su encuentro con Jesús.

Pero el encuentro se había producido y muy pronto toda la historia del mundo quedaría trastocada por este acontecimiento. Durante los próximos tres años y medio siguientes los doce vivieron para conocer a Cristo en casi toda circunstancia humana posible. Sucesiva y progresivamente, experiencia tras experiencia, aquellos hombres fueron desvestidos y vaciados, molidos y amasados hasta venir a ser «una sola cosa» con él. Y en esa profunda y participativa comunión con Jesucristo llegaron, finalmente, a formar parte de algo que está completamente más allá de la esfera de este mundo. Pues, en verdad vinieron a experimentar la vida tal como se la experimenta desde la eternidad en el íntimo seno de la Trinidad. Contemplando a Cristo vivir por medio de la vida del Padre, ellos aprendieron a vivir por medio de Cristo. Esta fue su lección más importante.

¿Cómo expresar con palabras lo que esos hombres vivieron con Jesucristo? ¿Cómo definir lo más esencial de su experiencia? Juan nos lo resume con una sola palabra: amor. Porque para el discípulo amado, el amor no es un ingrediente más de la experiencia cristiana sino el ingrediente

fundamental. La vida que ellos conocieron en Jesús tenía, sobre todo, esa forma esencial: «...*como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin*». Aquellos hombres fueron amados por Jesús, y a través de él, por el Padre. En todas las diversas experiencias vividas junto al Maestro aquel rasgo predominante de su vida divina los fue cautivando, envolviendo y traspasando. Y, por ello, cuando el Señor les entregó su mandamiento más importante, entendieron claramente qué les estaba mandando: «Ámense los unos a los otros como yo los he amado».

Esta experiencia los transformó por completo, hasta convertirlos en los doce hombres que cambiarían al mundo, cuando, tras Pentecostés, aquella vida vino a morar dentro de ellos para siempre.

La familia de Dios

En el principio de la iglesia se encuentra esta experiencia de los doce con Jesucristo. Esta es la matriz original, el punto de partida. La senda de la restauración nos trae necesariamente de vuelta al principio de todo. Para muchos, el origen de la iglesia se encuentra en el libro de los Hechos y, particularmente, en el ministerio de Pablo. Por tanto, procuran establecer un modelo de acción a partir de sus prácticas y enseñanzas apostólicas. Sin embargo, aunque apreciamos el inmenso valor de Pablo y su ministerio, hemos de reconocer que el origen histórico de la iglesia se encuentra más allá de Pablo, e incluso, del libro de los Hechos: en Jesucristo, tal cual lo conocieron sus doce discípulo-

los. Por ello, en la nueva Jerusalén sus nombres se encuentran escritos en los doce fundamentos de la ciudad. Hay aquí una enseñanza preciosa.

Y Juan nos habla en representación de los doce apóstoles originales: *«Lo que hemos visto...»*. Su voz se expresa intencionalmente con el sujeto plural «nosotros». Si queremos volver a los caminos de la iglesia de los Hechos y al ministerio de Pablo y sus colaboradores, no podemos partir por lo externo y visible. Debemos pasar más allá, hasta lo que era desde el principio y permanece, por tanto, inalterable: Jesucristo mismo, *«la vida eterna, que estaba con el Padre y se nos manifestó»*.

Ahora bien, ¿Es posible que hoy, tras dos mil años de historia, podamos recuperar aquella experiencia vital del principio? Y Juan nos responde: ¡Sí; es posible! Porque precisamente la cualidad esencial de la vida que Dios nos ha dado en Cristo es la eternidad. Él no estuvo por un breve tiempo entre nosotros y luego se marchó (esta era la implicancia de lo que algunos enseñaban en los días finales de Juan). Pero, la verdad es muy diferente. Aquella vida que, en un principio, habitaba únicamente en el cuerpo físico de Jesús, fue liberada en la cruz y expandida para convertirse en la vida de todos los que creen en él. Este fue, como se ha dicho, el significado más importante de Pentecostés. Y la matriz de esa unión vital con Cristo fueron los doce.

No obstante, el Señor les envió a reproducir con muchos otros su experiencia original, pues mediante su

muerte y resurrección, Cristo creó una realidad nueva: la iglesia que es su cuerpo. Ella está formada por todos los hijos de Dios, quienes habiendo creído en Jesucristo, llegan a formar una sola «cosa» con él. Tienen, por tanto, los genes de Dios dentro de sí. Puesto que Dios puso en sus espíritus su misma naturaleza por medio del Espíritu Santo, participan también de su vida, que es imperecedera.

Por esta causa, tienen el poder y la autoridad para vivir hasta el fin de los siglos la misma experiencia transformadora de los doce apóstoles. Esta es su misión y vocación fundamental.

El fruto característico de esa vida es el amor. Si nosotros le «damos una oportunidad» a la vida y la dejamos crecer para que realice su íntimo designio, ella nos llevará a vivir juntos y unidos con todos aquellos que tienen la misma vida. Es como un imán. Se pega a todo lo que tiene su misma naturaleza. Pues, lo que ella busca es amarnos y entretrejernos en Cristo, por medio de lazos profundos e indestructibles de los unos con los otros para formar una sola familia en él. *«Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida en que amamos a los hermanos»*. Si la vida eterna está en nosotros, «naturalmente» buscaremos vivir unidos en amor los unos con los otros. Esta es la única prueba de que realmente poseemos la vida del Hijo de Dios. Ni la multiplicación, ni la unción, ni los dones, ni el tamaño, ni aún la más profunda revelación de Dios, son una prueba suficiente.

Pues, ante todo, la vocación básica de la iglesia es ser una familia cuyos miembros se aman profundamente entre sí. Porque así ocurre primero en la tierra de la Trinidad.

Necesitamos modificar radicalmente nuestra concepción de la iglesia. Ella no es algo que hacemos, sino algo que somos. No es, por lo mismo, una organización, o estrategia, o empresa u organización compleja y eficiente. Mucho menos el edificio donde los creyentes se reúnen. La iglesia es Cristo expresado corporativamente en la tierra. Allí donde encontramos a la iglesia, tal como ella debe ser, encontramos también a Cristo. El no puede ser separado de su iglesia.

Sin embargo, es aquí donde el espíritu del anticristo (el tercer peligro) ha hecho estragos. Durante siglos ha engañado a los santos para hacerles ignorar su verdadera naturaleza y herencia en Cristo. Ha separado al Cristo viviente de su iglesia, escondiéndolo en complejas teologías y áridas doctrinas; en organizadas y eficientes jerarquías eclesiásticas; en ruidosos culto-espectáculos; en poderosos y cegadores ministerios ungidos; y, en fin, en toda suerte de movimientos, énfasis, modas, enseñanzas y prácticas excéntricas. Como resultado, los creyentes se pasan la vida buscando a un Señor que siempre está fuera de ellos, lejos, en alguna otra parte.

Mas, a pesar de todo, en nuestros días Dios está abriendo los ojos de muchos de sus hijos para que descubran quiénes en verdad son y vuelvan a vivir en la sencillez y pureza

original, centrados totalmente en el Señor que es el todo de su iglesia.

Necesitamos volver a los caminos de la iglesia primera. Para ello, nuestro punto de partida debe ser el mismo de Juan y los demás apóstoles: la experiencia de conocer y experimentar a Cristo de una manera conjunta y participativa, hasta que él sea nuestro centro y nuestro todo. Nada puede reemplazar esto, pues todo lo demás en la vida de la iglesia brota de esta fuente primigenia. Desde allí ella crece y se desarrolla según el diseño de Dios.

¿Hacia dónde? Hacia la plenitud, cuando todo en ella sea Cristo, desde el centro hasta la circunferencia; hasta que cada partícula de su ser haya sido tomada de Cristo, así como cada célula de Eva provino de la carne de Adán.

Podemos imaginar al apóstol Juan como un sobreviviente. A través de las edades, en medio del humo y las ruinas de la cristiandad en el campo de batalla, un hombre, a pesar de todo, permanece en pie. Y en su mano derecha oculta un misterio; una pequeña semilla, al parecer insignificante, pero que encierra en su interior el más grande de los secretos: la vida divina. Si la siembras – nos dice– ella volverá a crecer hasta que un robusto árbol extienda su verde follaje bajo el cielo. Tal como ocurrió en el principio, pues la vida que Dios nos dio allí, en su Hijo, es tan eterna como él mismo. Esta es la vida que Dios sembró en su iglesia. ¡Dejémosla crecer hasta que alcance su íntimo destino!

* * *

En la obra de la cruz de Cristo es posible distinguir tres grandes hechos.

Por Cristo con él y en él

Ben Hiebert (*Canadá*)



«Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gálatas 2:20).

Voy a tomar de este versículo tres palabras: *con*, *en* y *por*. Estas tres pequeñas palabras representan tres grandes hechos, tres grandes hechos eternos.

Yo en Cristo

La primera es la palabra *con*. El apóstol Pablo dice –esto es parte de su testimonio– «*Yo he sido crucificado con Cristo*». Quiere decir que él ha

sido crucificado *en* Cristo, porque, por medio de un milagro divino, Dios nos ha puesto en Cristo. Podemos leer esto en 1ª Corintios 1:30a: «*Mas por él* –por Dios– *estáis vosotros en Cristo Jesús*». Este es un gran versículo.

Cuando cada uno de nosotros nació del Espíritu Santo, Dios nos puso en Cristo. Ese es un milagro; Dios lo ha hecho. No podemos hacerlo por nosotros mismos, de ninguna manera. Pero cuando somos salvos, realmente nacidos del Espíritu Santo, Dios hace un milagro y nos pone en Cristo Jesús. No sólo *junto a* Cristo, sino *en* Cristo; *en* él. Esta es la obra de Dios.

Este tremendo hecho es mencionado más de doscientas veces en el Nuevo Testamento. Es un gran milagro. A cada uno de los hijos de Dios, él los ha puesto en Cristo. Ellos, cada uno de ellos, están allí, en Cristo.

Tenemos que ir otra vez a nuestro Nuevo Testamento, y buscar todas las referencias a este gran hecho de que nosotros estamos en Cristo. Pero lo que el apóstol Pablo está diciendo en esta frase es lo siguiente: Dios nos puso en Cristo. Luego, el Señor Jesucristo fue a la cruz, y él sufrió y murió en la cruz.

Nosotros no sufrimos con él en la cruz; esa es una obra que sólo él hizo. Él sufrió, él colgó allí por horas, él sufrió la separación de su Padre. Esa es la obra que él hizo, una gran salvación. Nosotros no sufrimos allí con él; pero, de alguna forma, por medio de la obra de Dios, estábamos allí, y cuando él murió, nosotros morimos. Cada uno de nosotros, nacidos de Dios, estábamos en él y morimos con

él. Esto es un hecho eterno, grandioso, y verdadero para cada uno de nosotros, para cada uno de los hijos de Dios.

Pero, ahora, escuchen: el valor de esto para nosotros sólo nos llega cuando es revelado. ¿Comprenden? El valor de este gran hecho sólo se vuelve valioso para nosotros cuando es revelado divinamente a nuestro espíritu. Es verdad acerca de todos nosotros, pero tú no lo apreciarás a menos que sea revelado en tu espíritu por el Espíritu Santo.

Ahora, esta es una parte de mi testimonio. Yo tenía treinta años de edad, cuando el Señor comenzó a revelar este gran hecho en mí. Antes de eso, era verdad en mí, pero no tenía valor, porque yo no lo comprendía.

Permítanme explicarlo. Imaginen que yo vivo en Canadá, pero mi familia está aquí en Chile. Mi familia es muy rica, mi tío que vive aquí en Chile es muy rico. Él muere, y en su testamento me deja 10 millones de dólares. Las autoridades en Chile tratan de encontrarme en Canadá, para darme esta noticia, pero no pueden hallarme. Buscan y buscan, sin encontrarme. ¿Pueden ustedes imaginárselo? Yo soy millonario, pero no lo sé. Un día, ellos me encuentran; y entonces, eso se vuelve valioso para mí, ¿comprenden?

Necesitamos revelación divina. Porque este es un hecho eterno: cuando Cristo murió en la cruz, yo estaba *en* él. Ustedes estaban en él. Y si ustedes son cristianos, le pertenecen a él, y él desea que sepamos esto. Y nosotros sólo podemos conocerlo por revelación divina.

¿Por qué necesitamos conocer esto? Porque esta es la forma en que él nos libera del poder del pecado, de las obras de la carne, de la atracción del mundo, de ese gran 'yo' en mi propia vida. Todas estas cosas serán tratadas por Dios de esta manera: Él nos pone en Cristo. El Señor Jesucristo fue a la cruz, y cuando él murió, yo morí, tú moriste. Este es el hecho. Pero, recuerda, sólo será valioso y precioso para ti, si tienes revelación acerca de ello. Nosotros queremos tener más revelación acerca de este hecho.

Cristo en mí

Esta es la primera pequeña palabra: *con* Cristo. La segunda pequeña palabra es *en*. «*Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*». Es una breve palabra: *en*. Cristo ahora vive *dentro* de mí. Yo estoy *en* él, y él está viviendo *en* mí.

Veamos ahora 2ª Corintios 4:7.
«*Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea*

El Señor Jesucristo fue a la cruz, y cuando él murió, yo morí, tú moriste.

Este es el hecho. Pero, recuerda, sólo será valioso y precioso para ti, si tienes revelación acerca de ello.

de Dios, y no de nosotros». Pablo está tratando de expresar este gran hecho de que Cristo vive ahora dentro de nosotros. Yo he descubierto que es imposible para mí vivir la vida cristiana. Pero estoy muy gozoso y muy agradecido de que el Señor Jesucristo viva en mí. Y si él vive en mí, y yo se lo permito, entonces él podrá vivir su vida a través de mí en todas las circunstancias de la vida.

Eso es lo que él quiere hacer con cada uno de nosotros: Él quiere que estemos siempre conscientes de que él está viviendo en nosotros, por su Espíritu Santo. Él siempre nos está hablando, porque él ha prometido guiarnos, dirigirnos, y gobernar nuestras vidas. Si se lo permitimos, él está aquí, dentro de nosotros, para hacerlo.

Pablo dice que tenemos este tesoro en vasos de barro. ¿Quién es el tesoro? ¡Jesús! Sí, el Señor Jesucristo. Nosotros somos vasos de barro, pero dentro de estos vasos tenemos el tesoro. ¿Es él un tesoro para ti? ¿Cómo puedes valorarlo?

Quiero ayudarles. Yo he estado buscando la moneda más pequeña que hay en Chile. Este es un peso. Ahora, imaginen que yo soy sólo un niño pequeño, y pongo este peso en mi bolsillo. ¿Me siento rico, porque tengo este peso? No. Entonces, voy a dar un paseo, voy a caminar distraídamente, y me doy unas volteretas en el pasto. Lo hago de una manera muy descuidada, y casi pierdo mi moneda. Pero si la pierdo, no importa.

Pero, ahora, imaginen que en mi billetera tengo un millón de dólares.

Imagínense que pongo mi billetera en mi bolsillo, y voy a dar un paseo. Entonces, caminaré muy cuidadosamente, mirando hacia todos lados. ¿Alguien me está siguiendo? Cada tres pasos, pongo mi mano en el bolsillo y, oh, ¡aún la tengo! Y camino un poco más, con suma cautela. Y si puedo, traigo a mi esposa conmigo, para que me ayude a vigilar. ¿Por qué? Porque esto es muy valioso para mí. No quiero perderlo, es muy precioso.

¿Cómo valorizas tu tesoro? ¿Es tu tesoro como esa moneda, o es como el millón de dólares? Nosotros tenemos al Señor Jesucristo, por su Espíritu Santo, viviendo dentro de nosotros. Él ha prometido guiarnos, y si lo permitimos, él gobernará nuestras vidas.

Él siempre está hablándonos.

Cuando yo me enojo con mi esposa, algo ocurre en mi interior, y me siento triste. ¿Por qué? Porque he herido al Espíritu que está dentro de mí. Él está contristado. Y no puedo orar; lo intento, y nada ocurre. Yo necesito estar bien con él, porque él está en mí. Si tú eres un esposo cristiano, y tratas a tu esposa de una manera incorrecta, y no te sientes mal, algo no está bien; porque el que vive en nosotros, nos enseñará cómo amar a nuestras esposas; enseñará a las esposas cómo honrar a sus esposos; enseñará a los padres cómo amar a sus hijos.

Si nosotros hacemos algo indebido, nos sentimos mal. Él es tan fiel. Pero él vive en mí. Cuando le recibí, el Señor Jesucristo vino a vivir dentro de mí. Él quiere ser mi tesoro, él quiere conducirme y guiarme en todo lo que yo hago. Este es el gran hecho: «*Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*».

Este hecho sólo es verdadero para los cristianos; para nadie más.

Cuando tenemos al Señor Jesucristo, tenemos todo lo que necesitamos. Dios no puede darnos nada más, porque ya nos ha dado todo lo que él tiene. Él dio todas las cosas a su Hijo, y luego nos dio a su Hijo. Cuando eres salvo, el Señor viene a vivir dentro de ti; no sólo una parte de él, sino todo Cristo. Dios no puede darnos nada más: él ya nos ha dado todo.

Ahora, aquí hay un secreto: Sólo podemos disfrutar la medida de Cristo que Dios nos ha revelado. Tú tienes a Cristo completo, pero sólo disfrutas la porción que conoces. Esta es la razón por la cual es tan importante tener nuestros ojos abiertos, para contemplar al Señor Jesucristo, para conocerle cada día más. Eso es lo que yo deseo, y quiero desafiarles a ustedes a tener ese deseo. ¡Alabado sea el Señor! Dios nos ha dado al Señor Jesucristo; él es el tesoro del corazón de Dios, y él es mi tesoro. Él quiere ser el tesoro de todos nosotros.

Cristo se entregó por mí

Ahora, la tercera palabra: *por*. Yo no sé si aquí hay alguno que no es cristiano; pero, si lo hay, esta palabra es para ti. «...*el Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*».

Quisiera hacerles una pregunta: ¿Cuál creen ustedes que es el versículo más conocido en la Biblia? Sí, Juan 3:16: «*Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna*». ¿No es un versículo maravilloso? Dios amó tanto al mundo, a toda la gente que

está en el mundo, de tal manera que él dio a su Hijo unigénito, el tesoro de su corazón, por el mundo.

Pero, escuchen lo que el apóstol Pablo dice: *«El Hijo de Dios, el cual me amó»*. Me amó –a mí, un individuo–, y también murió por mí. Él también nos amó a cada uno de nosotros; no sólo al mundo en general. Una pequeña partícula de polvo en todo este mundo. Amó a todo el mundo, pero también nos amó como individuos. Él te conoce, me conoce; sabe todo acerca de nosotros.

El apóstol Pablo dice: *«El Hijo de Dios me amó a mí»*. Si oyes hoy esto, y tú no eres cristiano, quiero decirte que el Señor Jesucristo, el tesoro del corazón de Dios, te ama a ti tanto, como individuo, que él entregó su vida por ti. Y él te está llamando hoy; ven, y recíbelo, ven y entrégale tu vida. Esta es la gran salvación.

Cuando nosotros venimos a él para ser salvos, esta obra es sólo el primer paso. Es tan grande, pero sólo es el primer paso. Nosotros necesitamos crecer y avanzar con él. Pablo dijo a la iglesia en Corinto: *«Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí –abran sus ojos, vean esto– todas son hechas nuevas»*. Dios desea darnos su revelación: Nosotros somos nuevas criaturas en Cristo.

Recuerden, pues, estas tres pequeñas palabras: *con, en y por*. *«Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí»*. Esta es una milagrosa obra de Dios.

Escondidos con Cristo en Dios

Alguien dijo: «Cada vez que en el Nuevo Testamento podemos leer que Cristo está *en* nosotros, hay diez referencias de que nosotros estamos *en* Cristo». Dios nos puso en Cristo, y entonces el Señor Jesucristo fue a la cruz, y cuando él murió, nosotros morimos. En Romanos 6 hay un maravilloso comentario sobre esta frase acerca de nuestra crucifixión con el Señor. Es una explicación de este gran hecho. No lo vamos a leer ahora, pero les recomiendo leerlo, porque es un capítulo maravilloso.

Dios nos ha puesto en Cristo. Ahora, él nos da un mandamiento: *«Permaneced en mí, y yo en vosotros»* (Juan 15:4). Estas son palabras del Señor Jesucristo. Dios te puso a ti en Cristo, y puso a Cristo en ti; y ahora el Señor Jesucristo nos da este mandato: *«Permanece allí, habita en mí»*. ¿Por qué nos dice esto? Una razón es: porque tenemos un enemigo muy fuerte, que siempre quiere llevarnos a funcionar y a actuar fuera de Cristo, y nos miente continuamente.

Cuando nosotros pecamos, cuando caemos, el diablo nos dirá: «Tú no estás en Cristo». No lo oigas, es un mentiroso. ¡Tú estás en Cristo! Y ahora Jesús dice: *«Permanece en mí, vive en mí; haz todas las cosas a partir de esta posición»*. Porque en esa posición estamos realmente seguros. Si permanecemos allí, el enemigo no nos puede encontrar.

La Palabra de Dios dice que nosotros estamos escondidos con Cristo en Dios. Dios nos esconde, y el enemigo no puede hallarnos. Pero debemos recordar el mandato del Señor

Jesús: «Habitad en mí, permaneced allí». Dile al Señor muchas veces al día: «Yo estoy en ti. ¡Gracias, Señor! Tú estás en mí, hablándome. Quiero escuchar tu voz, quiero servirte, quiero honrarte. Tú sabes cuán débil soy, tú sabes cuán imposible es hacer nada sin ti».

Ustedes saben lo que el Señor dice en Juan 15: «*Separados de mí nada podéis hacer*». «Fuera de mí, tú no puedes hacer nada; fracasarás todo el tiempo, serás un blanco para el enemigo; pero, si permaneces en mí, estarás a salvo». No creas las mentiras del diablo. Si tú eres salvo, el Señor Jesucristo ha venido a vivir dentro de ti. Y con él dentro de ti, tú has sido puesto en Cristo. Y ahora, contigo en Cristo, tú estás en Dios. Y juntos, nosotros estamos escondidos con Cristo en Dios. ¡Aleluya! Este es el mejor lugar donde podríamos estar.

«*Permaneced en mí ... porque separados de mí nada podéis hacer*». ¿Cómo es posible entrar? ¡Dios ya te puso en él! El Señor dice: «*Permaneced en mí*».

Recuerden esto: Ustedes pueden

disfrutar mucho del Señor Jesús en la medida en que le conozcan en su Espíritu, por la revelación divina. Que todos nosotros tengamos hambre por la revelación de Dios. Una vez, el hermano Austin-Sparks dijo algo como esto: «Nuestra mayor necesidad es conocerle a Él por revelación divina». Yo quiero conocerle más, y espero de alguna manera motivarles para que ustedes tengan hambre por él. ¡Él es tan grande! En cualquier punto donde nosotros estemos en relación con él, aún necesitamos conocerle más.

Que Dios nos dé revelación de Jesucristo. Él quiere hacerlo. En el Nuevo Testamento, Dios habló varias veces desde el cielo con voz audible, diciendo: «*Este es mi Hijo amado*». Él siempre está apuntando hacia el Señor Jesucristo, por si alguien –alguno de sus discípulos, o alguien del mundo– quiere conocerle. Muy a menudo, ellos están ciegos y caminan a la deriva, y muy pocos le conocen; sin embargo, él quiere que le conozcamos.

De un mensaje oral impartido en Temuco, en Septiembre de 2005.

* * *

El precio de una barra de hierro

El precio de una barra de hierro es 5 pesos. Cuando se transforma en herraduras, vale 10 pesos. Si se transforma en agujas, vale 350 pesos; en hojas de cuchillos, su precio asciende a 32.000 pesos. Si con ello se hacen cuerdas para relojes, su precio se calcula en 250.000 pesos.

¡Qué de golpes tan terribles tiene que sobrellevar dicha barra para llegar a valer esto! Pero cuantos más martillazos ha recibido y ha sido pasada por el fuego, golpeada, machacada y pulimentada, su valor es mayor. ¡Ojalá que esta parábola nos ayude a guardar silencio, a permanecer quietos y a soportar el sufrimiento! Los que más sufren, son capaces y pueden producir más.

El sufrimiento es el medio que Dios está utilizando para sacar cuanto puede de nosotros, para Su gloria y la bendición de otros.

Un mal paso

"Porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida" (Mat. 7:14).

En un sentido, el camino al cielo es muy seguro; pero en otros aspectos, ¡no hay otro camino tan peligroso! Es acosado con dificultades. Un mal paso, y nosotros caemos. ¡Y cuán fácil es dar ese paso traicionero, si la gracia está ausente!

¡Qué resbaladiza es aquella ruta que algunos de nosotros tenemos que pisar! ¡Cuántas veces tenemos que exclamar con el Salmista: *"En cuanto a mí, casi se deslizaron mis pies; por poco resbalaron mis pasos"*.

Si fuésemos fuertes andinistas, conocedores del terreno, esto no importaría mucho; pero en nosotros mismos, cuán débiles somos. Aun en los mejores caminos, de pronto vacilamos. En los senderos más lisos, rápidamente resbalamos. Nuestras endebles rodillas apenas pueden soportar nuestro peso tambaleante. Una brizna puede hacernos tropezar y un guijarro puede herirnos.

No somos más que infantes, dando temblorosamente nuestros primeros pasos en el caminar de la fe. Nuestro Padre celestial nos sostiene por los brazos, o rodaríamos por tierra.

¡Oh, si somos guardados de la caída, cuánto debemos bendecir la paciencia, el poder y la sabiduría de Dios, que vigila sobre nosotros a cada instante y día a día!

Piense - cuán propensos somos a pecar, cuán inclinados a escoger caminos peligrosos, cuán fuerte es nuestra tendencia a la caída. Y estas reflexiones nos harán cantar más dulcemente que nunca, dando gloria *"...a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría"* (Judas 24).

Tenemos muchos adversarios que intentan derribarnos y destruirnos. El camino es áspero - ¡y nosotros somos débiles! Pero, además de esto, los enemigos acechan emboscados, y se apresuran, cuando menos lo esperamos, para hacernos tropezar o lanzarnos en el precipicio mortal más cercano.

¡Sólo un brazo todopoderoso puede preservarnos de estos enemigos no vistos que buscan destruirnos a cada paso! Su brazo está comprometido para nuestra defensa. Fiel es aquel que lo ha prometido, y él puede guardarnos de caer. ¡Así, pues, con una profunda conciencia de nuestra absoluta debilidad, podemos creer firmemente en nuestra perfecta seguridad!

C. H. Spurgeon

LEGADO

La centralidad del propósito de Dios, de la experiencia del creyente, de la iglesia y de todo cuanto existe es Cristo, el Hijo de su amor.

Centralidad y supremacía de Cristo

T. Austin-Sparks

Lectura: Colosenses 1: 9-29.

La cláusula en el versículo 13 de Colosenses 1 representa ampliamente lo que hay en mi corazón durante este tiempo: «*el Hijo de su amor*»¹. De ello resulta la posición que Cristo ocupa conforme a la voluntad del Padre: «*Él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten*», y en todas las cosas tiene la preeminencia: por lo cual «*Cristo en vosotros, (es) la esperanza de gloria*».

¹ La versión Reina-Valera traduce esta frase como “su amado Hijo” (N. del T).



Podemos sintetizar todo esto en la frase: «La centralidad y supremacía del Señor Jesucristo», y en ello ocupar íntegramente no sólo el tiempo presente, sino el resto de nuestras vidas.

La palabra de Dios trae a la vista cuatro esferas en que ese pensamiento y propósito de Dios concernientes al Hijo de su amor serán comprendidos. Está la esfera de la propia vida individual del creyente; en segundo término, la esfera de la iglesia que es su Cuerpo; en el tercer lugar, la esfera de los reinos de este mundo, las naciones de la tierra; y en cuarto lugar, Él como el ser central y supremo en el universo entero, el cielo y la tierra y lo que está debajo de la tierra.

Nosotros no seremos capaces, en este tiempo, de alcanzar todas esas esferas y ver lo que la palabra de Dios tiene que decir sobre el Señor Jesús en relación con ellas, pero el Señor nos capacitará por lo menos en el conocimiento de una o dos de ellas.

Pero antes, les recuerdo esto:

La centralidad y supremacía del Señor Jesús son el eje y la llave de todas las Escrituras

Naturalmente, el Señor Jesús mismo nos lo dice en Lucas 24 . Allí le encontramos citando a Moisés, los Salmos, y todos los profetas, y lo que dicen concerniente a Él.

Dondequiera que leamos la palabra de Dios, la interrogante que siempre debe estar en nuestras mentes es: “¿Qué tiene esto que ver con Cristo?”. Si usted trae esa pregunta a su lectura de la palabra de Dios, dondequiera que usted lea (y esto no es di-

cho sin entendimiento) conseguirá una nueva comprensión de la Palabra, usted hallará un nuevo valor en su lectura, porque las Escrituras –todas las Escrituras– hablan de Él. Aunque usted a veces pueda tener dificultades escudriñando, todavía Él está allí. El propósito final de todas las partes de la palabra de Dios es remitirnos a Cristo.

Usted no debe leer la palabra de Dios como historia, narración, profecía, o como sólo un tema en sí mismo sin hacerse siempre la pregunta: “¿Qué tiene esto que ver con Cristo?”, y hasta que pueda hallar esa relación con Cristo, usted no ha encontrado la llave. Usted probablemente estará pensando en ciertas porciones difíciles de la Escritura. Pensará probablemente en el libro de Proverbios, y dirá: “¿Qué relación hay aquí con Cristo?”. Una sencilla sugerencia iluminará ese libro en seguida: Dondequiera que usted leyó la palabra Sabiduría, ponga a ‘Cristo’ en lugar de ‘Sabiduría’. Usted ha transformado el libro y captado su esencia, y eso es totalmente legítimo, apropiado, correcto, y la lectura se lo demostrará. Él es la Sabiduría de Dios, el *Logos* eterno. Bien, sólo de pasada mencionamos esto, porque lo que nosotros hemos de ver es la centralidad y universalidad del Señor Jesús, y él está, por la voluntad divina, en el centro de todo en el universo, de cada fase y cada aspecto, y él es su explicación.

También lo es la explicación de la Encarnación

Esto no sólo es verdadero acerca de las Escrituras, sino que lo es tam-

bién respecto del objeto y explicación de su propia encarnación. Cuando usted está estudiando la persona, la vida y la obra del Señor Jesús, debe haber una búsqueda divina en su corazón, y esa búsqueda debe apuntar a los rasgos que sugieren su universalidad. Al acercarse de nuevo a la lectura de la vida del Señor Jesús con este pensamiento, usted no querrá un simple estudio utilitario de la Biblia, sino verá que su horizonte se amplía y se agranda su propio corazón, haciéndole sentir la maravilla de Cristo.

Buscando esos rasgos de su universalidad, no tendrá que ir muy lejos para encontrarlos. Ellos pueden remontarse a las profecías sobre su encarnación o puede hallarlos en la anunciación; pueden estar en las palabras de su precursor o bien en su nacimiento, con todas sus asociaciones e incidentes. El universo está allí. También están esos rasgos en su cir-

envío del Espíritu, su actividad presente, y su segunda venida. Lo que es universal está a la vista. Cada una de estas cosas está marcada por los rasgos universales, que se extienden hasta los mismos límites del universo y abrazan todas las edades, las eternidades y todos los reinos. Este no nos es un terreno desconocido, pero lo reiteramos para refrescar en nuestra mente la manera en que debemos considerar al Señor Jesús.

No estamos intentando hacerlo más grande de lo que él es, sino de entender sus dimensiones reales; y la necesidad del pueblo de Dios es tener una nueva aprehensión de la grandeza de su Cristo, una nueva apreciación del amado Hijo de Dios –y cuán poderoso, majestuoso, glorioso, maravilloso Hijo es él– y entonces recordar que el Hijo nos fue dado a nosotros. Esto nos fortalecerá, nos dará crecimiento, y hará grandes cosas en nuestro caminar.

Dondequiera que leamos la palabra de Dios, la interrogante que siempre debe estar en nuestras mentes es: “¿Qué tiene esto que ver con Cristo?”.

cunción. En la luz del resto de las Escrituras (que son ahora nuestras en el Nuevo Testamento) usted encontrará que hay rasgos universales incluso en su circuncisión, o en su presentación en el templo. También están en su visita a Jerusalén, en su bautismo, su unguimiento, su tentación, su enseñanza, sus obras, su transfiguración, su pasión, su muerte, su resurrección, su ascensión, su

La centralidad y supremacía de Cristo en la vida del creyente

Viniendo ahora a las aplicaciones más específicas de esta universalidad, a las esferas de su centralidad y supremacía ya mencionadas, consideremos primero su centralidad y supremacía en la vida del creyente. Permítanos mirar de nuevo esta palabra: «Cristo en *vosotros*, la *esperanza de gloria*». Usted notará en el contexto que

el primer capítulo de la carta de Colosenses nos lleva en seguida a la mente y el corazón de Dios antes de que el mundo fuera, y nos muestra qué está pasando en la mente y corazón del Padre en relación con Su Hijo.

Esto es llamado «*el misterio*», es decir, el secreto divino. Es impresionante ver que antes de que cualquier actividad creativa comenzara, Dios ya atesoraba un secreto en su corazón. El Padre tenía un secreto, algo que él no había mostrado a nadie, ni dicho a nadie; un secreto acariciado, relacionado con su Hijo. Fuera del secreto de su corazón, que involucraba a su Hijo, en cada actividad suya a través de las edades, él estaba ocupado de muchas formas, trabajando con su secreto, envolviéndolo en esas muchas actividades, en esas muchas formas y maneras de su autoexpresión. Nunca revelándolo, nunca proclamando lo que estaba en su corazón pese a sus muchas palabras, sino escondiéndolo, ocultándolo dentro de símbolos y tipos y muchas cosas. Todas ellas envolvieron un secreto, «*el misterio*».

Entonces a, la distancia, en la consumación, al final de estos tiempos, Dios envió a su Hijo, el Hijo de su amor. Entonces, por la revelación del Espíritu Santo, él se agradó en dar a conocer el misterio, en descubrir el secreto. Y el primer capítulo de la carta a los Colosenses señala el acto incomparable, sin parangón, de quitar el velo del secreto del corazón de Dios acerca del Hijo de su amor.

Léalo de nuevo, cada fragmento:

ése era el secreto de Dios. Todo se resume en esto: “*Para que en todo tenga la preeminencia*”. «*En todas las cosas*»; y entonces –y esto me maravilla; es algo que más allá de nuestro entendimiento– todo ello, el secreto del corazón eterno de Dios en su poderosa manifestación, era tener su realización dentro del corazón individual de un creyente. Y así es hasta nuestros días.

Este misterio es: «*Cristo en vosotros, la esperanza de gloria*». Este secreto de Dios, lo que Dios ha tenido en su corazón desde la eternidad es: «*Cristo en vosotros*». Quiero enfatizarlo una vez más. Este secreto estaba en el corazón de Dios desde la eternidad, para ser puesto a su tiempo en nuestros corazones. Lo que estaba en la mente de Dios desde antes de la fundación del mundo, tiene su comienzo en la recepción de Cristo en el corazón del creyente individual mediante la fe.

Pero éste no es el fin, es sólo el principio. Lo que seguirá será la iglesia, que es Su cuerpo. Esto se ha previsto y está completo en el pensamiento eterno, pero seguirá a la recepción de Cristo por los creyentes individuales.

Pero la iglesia que es Su cuerpo tampoco es el fin. Será el centro de otra esfera: los reinos de este mundo, las naciones que caminarán en su luz. Y entonces de nuevo, ése no será el fin, sino que se extenderá al universo entero. No sólo la humanidad glorificada, sino los ejércitos celestiales andarán en su luz.

Extractado de La centralidad de Cristo, Vol. I.

* * *

LEGADO

La incertidumbre en que viven muchos hijos de Dios se debe a no haber recibido en sus corazones un Cristo pleno, como la total provisión de Dios para ellos.



La total suficiencia de Cristo

C. H. Mackintosh

A partir del momento en que el alma es llevada a sentir la realidad de su condición delante de Dios –a la profundidad de su

ruina, culpa y miseria– no podrá haber descanso hasta que el Espíritu Santo revele al corazón un Cristo pleno y todosuficiente.

Esta es la única solución posible, y el remedio perfecto de Dios para nuestra completa pobreza.

Se trata de una verdad muy simple, pero de la mayor importancia; y podemos decir con toda seguridad, que cuanto más completa y profundamente el lector aprenda esto para sí mismo, mejor será. El verdadero secreto de la paz está en descender hasta el fondo de un *yo* irremediablemente culpable, arruinado y sin esperanzas, y ahí encontrar un Cristo todo-suficiente como la provisión de Dios para nuestra más profunda necesidad. Esto es verdaderamente descanso – un descanso que nunca puede ser perturbado.

En este artículo nos proponemos mostrar al lector necesitado, que en Cristo se encuentra atesorado para él todo lo que pueda llegar a necesitar, sea para atender las necesidades de su propia conciencia, los ardientes deseos de su corazón, o las exigencias de su camino.

Buscaremos probar, por la gracia de Dios, que la *obra* de Cristo es el único lugar de reposo verdadero para la *conciencia*; que su *Persona* es el único objeto para el *corazón*; y que su *Palabra* es la única guía verdadera para el *camino*.

La obra de Cristo para la conciencia

Al considerar este importante asunto, hay dos cosas que exigen nuestra atención: primero, lo que Cristo hizo por nosotros; segundo, lo que él está haciendo para nosotros. En la primera, tenemos la expiación; en la última, la intercesión como Abogado. Él murió en la cruz por no-

sotros: él vive para nosotros sentado en el trono.

a) Lo que Cristo hizo por nosotros

Por su preciosa muerte expiatoria él suplió plenamente todo lo que tenía que ver con nuestra condición de pecadores. Él cargó nuestros pecados, y los llevó del todo y para siempre. Él llevó la culpa por todos nuestros pecados – los pecados de todos los que creen en su nombre. Jehová cargó en él todas nuestras iniquidades (Is. 53). «*Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios*» (1ª Ped. 3:18).

Esta es una verdad inmensa, y de total importancia para el alma necesitada – una verdad que se asienta en el propio fundamento de la posición cristiana. Es imposible que un alma despertada, espiritualmente esclarecida, pueda disfrutar de la paz divinamente establecida hasta que esta tan preciosa verdad sea recibida en simplicidad de fe. Debo saber, sobre la base de la autoridad divina, que todos mis pecados fueron quitados de la vista de Dios para siempre; que él mismo se deshizo de ellos de modo que viniese a satisfacer todas las exigencias de su trono y todos los atributos de su naturaleza; que él se glorificó a sí mismo por lanzar fuera mis pecados, y esto, de una manera mucho más tremenda y maravillosa que si me hubiese enviado al infierno eterno por causa de ellos.

Sí, fue él mismo quien lo hizo. Esta es la esencia y el meollo de todo el asunto. Dios puso nuestros pecados sobre Jesús, y él nos dice esto en

su santa Palabra, a fin de que podamos saberlo sobre la base de la autoridad divina – una autoridad que no puede mentir. Dios lo planeó así, Dios lo hizo así; y así Dios lo dice. Todo viene de Dios, de principio a fin, y nosotros tan solamente tenemos que descansar en eso como niños. ¿Cómo sé que Jesús llevó mis pecados en su propio cuerpo sobre el madero? Por la misma autoridad que me dice que yo tenía pecados que debían ser llevados. Dios, en su maravilloso e inigualable amor, me asegura a mí, un pobre y culpable pecador, merecedor del infierno, que él mismo cuidó de todo el asunto de mis pecados, y se libró de ellos de un modo tal que vino a traer una rica cosecha de gloria para su eterno Nombre, por todo el universo, en presencia de toda inteligencia creada.

Y en esto, la fe viva debe tranquilizar la conciencia. Si Dios se satisfizo a sí mismo con la solución para mis pecados, yo debo quedar igualmente satisfecho. Sé que soy un pecador – puede que incluso sea el mayor de los pecadores. Sé que mis pecados son mayores en número que los cabellos de mi cabeza; que son negros como la medianoche – negros como el mismo infierno. Sé que cualquiera de esos pecados, el menor de ellos, merece las llamas eternas del infierno. Sé –porque la Palabra de Dios lo dice– que una simple partícula de pecado no puede jamás entrar en su santa presencia; y que, por consiguiente, no había para mí otro destino sino la eterna separación de Dios.

Todo eso lo sé, sobre la base de la

clara e incuestionable autoridad de aquella Palabra que está para siempre afirmada en los cielos.

Pero, ¡oh profundo misterio de la cruz, el glorioso misterio del amor redentor! Veo al propio Dios llevando todos mis pecados –pecados de la peor especie– todos mis pecados, de la manera como él los vio y los avaluó. Lo veo colocándolos todos sobre la cabeza de mi bendito Sustituto, y tratando con él allí por causa de los pecados. Veo las oleadas de la justa ira de Dios –su ira contra mis pecados– su ira que debería haberme quemado a mí, alma y cuerpo, en el infierno, por toda una terrible eternidad; yo las veo abalanzándose sobre el Hombre que quedó en mi lugar, que me representó delante de Dios, que soportó todo lo que yo merecía, con Quien un Dios santo trató como si hubiese tratado conmigo. Veo la imparcialidad de un Juez, la santidad, verdad y justicia tratando con mis pecados, y librándome de ellos eternamente, ¡no dejando escapar ninguno de ellos! Sin connivencia, sin paliativos, sin indiferencia, pues el mismo Dios tomó el caso en sus manos. Su gloria estaba en juego; su inmaculada santidad, su eterna majestad, las sublimes reivindicaciones de su gobierno.

Todo eso tenía que ser satisfecho en una medida tal que lo glorificase delante de los ángeles, hombres y demonios. Él podría haberme enviado al infierno por causa de mis pecados. Yo no merecía nada menos que eso. Todo mi ser moral, desde lo más profundo, merecía esto – y debería haberlo recibido. No tengo ni siquie-

ra una palabra como disculpa para un simple pensamiento pecaminoso, eso para no hablar de una vida manchada por el pecado de principio a fin.

Otros pueden argumentar como quieran acerca de la injusticia de una eternidad de castigo para una vida de pecado – la completa falta de proporción que hay entre algunos años de prácticas malas y las interminables eras de tormento en el lago de fuego. Pueden argumentar, pero creo plenamente, y lo confieso sin reservas, que por un simple pecado contra un Ser tal como es el Dios que veo en la obra de la cruz, yo merecía sobradamente el castigo eterno, oscuro, y el sombrío abismo del infierno.

No estoy escribiendo como un teólogo; si fuese uno de ellos, sería una tarea muy simple adornar esto con una larga lista de evidencias de las Escrituras a fin de probar la solemne verdad del castigo eterno. Pero no; estoy escribiendo como alguien que fue divinamente instruido del verdadero desierto que es el pecado, y este desierto, yo, calmada, deliberada, y solemnemente declaro, es, y sólo puede ser, la eterna exclusión de la presencia de Dios y del Cordero – tormento eterno en el lago que arde con fuego y azufre.

Sin embargo – ¡y eternas aleluyas sean dadas al Dios de toda gracia!, porque, en vez de enviarnos al infierno por causa de nuestros pecados, él envió a su Hijo para ser la propiciación por esos mismos pecados. Y en el desarrollo del maravilloso plan de redención, vemos un Dios santo tratando con la cuestión de nuestros pecados,

y ejecutando juicio sobre ellos en la Persona de su tan amado, eterno y co-igual Hijo, a fin de que el pleno manantial de su amor pudiese fluir en nuestros corazones. «*En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados*» (1ª Juan 4:10).

Por tanto, esto debe traer paz a la conciencia, si tan solamente fuere recibido con sencillez de fe. ¿Cómo es posible que alguien crea que Dios se satisfizo a sí mismo en cuanto a los pecados de él, y al mismo tiempo él mismo no tener paz? Si Dios nos dice: «Y no me acordaré más de su pecado» (Jer. 31:34) ¿qué más podríamos desear como fundamento de paz para nuestra conciencia? Si Dios me asegura que todos mis pecados están invisibles como en densa oscuridad – que fueron lanzados detrás de Sí –y que han salido para siempre de delante de sus ojos, ¿por qué es que yo no tendría paz? Si él me muestra al Hombre que cargó mis pecados sobre la cruz, ahora coronado a la diestra de la Majestad en las alturas, ¿acaso mi alma no debería entrar en el perfecto descanso en lo referente a mis pecados? Con toda seguridad.

La liberación del pecado. Sin embargo, bendito sea el Dios de toda gracia, porque no es sólo la remisión de los pecados que se nos anuncia por medio de la muerte expiatoria de Cristo. Tenemos también *completa liberación del presente poder del pecado.* Este es un gran asunto para todo verdadero amante de la santidad. De acuerdo con la gloriosa dispensación de la gracia, la misma obra que ase-

gura la completa remisión de los *pecados* rompió para siempre el poder del *pecado*. No se trata sólo de que hayan sido borrados los *pecados de la vida*, sino el *pecado de la naturaleza* está condenado. El creyente tiene el privilegio de considerarse a sí mismo como muerto al pecado.

«*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*» (Gál. 2:20). Esto es cristianismo. El viejo *yo* crucificado, y Cristo viviendo en mí. El cristiano es una nueva creación. Las cosas viejas ya pasaron. La muerte de Cristo encerró para siempre la historia del viejo *yo*; y, por tanto, aunque el pecado habite aún en el creyente, su poder está roto y eliminado para siempre. No solamente la culpa que él llevaba está pagada, sino que su terrible dominio fue totalmente destruido.

Es esta la gloriosa enseñanza de Romanos 6 al 8. El estudioso atento de esta magnífica epístola observará que a partir del capítulo 3:21, hasta el capítulo 5:11 tenemos la obra de Cristo aplicada a la cuestión de los *pecados*; y del capítulo 5:12 hasta el final del capítulo 8 tenemos otro aspecto de la obra de Cristo, es decir, su aplicación a la cuestión del *pecado* – «nuestro viejo hombre ... el cuerpo del pecado ... el pecado en la carne». No hay, en las Escrituras algo como el perdón del pecado. Dios condenó al pecado; Dios no lo perdonó – una distinción que es inmensamente importante. Dios demostró su eterna aversión al pecado en la cruz de Cristo. Él expresó y ejecutó su juicio sobre el pecado, y ahora el creyente puede considerarse ligado e identi-

cado con Aquel que murió en la cruz y que ha resucitado de entre los muertos. Él salió de la esfera del dominio del pecado y entró en aquella esfera nueva y bendita donde la gracia reina por la justicia. «*Pero gracias a Dios, dice el apóstol, que aunque erais esclavos del pecado* (antes, no ahora), *habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado* (no meramente teniendo los pecados perdonados), *vinisteis a ser siervos de la justicia. Hablo como hombre, por vuestra humana debilidad, que así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia. Porque cuando erais esclavos del pecado, erais libres acerca de la justicia. ¿Pero qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte. Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna.*» (Rom. 6:17-22).

Aquí está el precioso secreto de una vida santa. Estamos muertos al pecado; vivos para Dios. El reino del pecado terminó. ¿Qué tiene que ver el pecado con un hombre muerto? Nada. Bien, entonces, el creyente murió con Cristo; está sepultado con Cristo; está resucitado con Cristo para andar en novedad de vida. Él vive bajo el precioso reino de la gracia, y tiene como fruto la santificación. El hombre que hace uso de la abundante gracia divina como disculpa para vivir en pecado niega el mismo fundamento del cristianismo.

«Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?» (Rom.

6:2). Imposible. Sería una negación de toda la posición cristiana. Imaginar al cristiano como alguien que debe seguir, día tras día, semana tras semana, mes tras mes, y año tras año, pecando y arrepintiéndose, pecando y arrepintiéndose, es degradar el cristianismo y falsificar la posición cristiana con un todo. Decir que un cristiano debe seguir pecando porque él tiene la carne en sí es ignorar la muerte de Cristo en uno de sus grandes aspectos, y reputar como mentira toda la enseñanza de los apóstoles en Romanos capítulos 6 al 8.

Gracias a Dios, no existe razón de por qué el creyente debería cometer pecado. «*Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis*» (1ª Juan 2:1). No deberíamos justificar ni siquiera el más simple pensamiento pecaminoso. Se trata de nuestro dulce privilegio andar en la luz, como Dios está en la luz; y con toda certeza, cuando estamos andando en la luz, no estamos cometiendo pecados, o salimos de la luz y cometemos pecado; pero la idea normal, verdadera y divina de un cristiano es la de alguien andando en la luz, y no cometiendo pecado. Un pensamiento pecaminoso es extraño al verdadero carácter del cristianismo. Tenemos pecado en nosotros, y vamos a continuar teniéndolo mientras estemos en el cuerpo; pero si andamos en el Espíritu, el pecado en nuestra naturaleza no se irá a manifestar en la vida. Decir que *no necesitamos pecar* es la afirmación de un privilegio cristiano; decir que *no podemos pecar* es un engaño e ilusión.

b) Lo que Cristo está haciendo para nosotros

Considerando que nuestra condición es imperfecta y que nuestro andar es imperfecto; considerando también que nuestra comunión es susceptible de ser interrumpida, es por esta razón que necesitamos *del actual oficio de Cristo por nosotros*.

Jesús vive a la diestra de Dios por nosotros. Su activa intervención a nuestro favor no cesa ni por un momento. Él atravesó los cielos en virtud de la expiación consumada, y allí ejerce continuamente su perfecta intercesión por nosotros delante de Dios. Él está allí como nuestra justicia permanente, a fin de mantenernos siempre en divina integridad de la posición y de la relación a la cual su muerte expiatoria nos introdujo. Por eso leemos en Romanos 5:10: «*Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida*». Así también leemos en Hebreos 4:14-16: «*Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro*».

Y también en Heb. 7:24-25: «*Mas éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, vivien-*

Es imposible que un alma despertada, espiritualmente esclarecida, pueda disfrutar de la paz divinamente establecida hasta que esta tan preciosa verdad sea recibida en simplicidad de fe.

do siempre para interceder por ellos». Y en Hebreos 9:24: «Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios».

Tenemos también, en la 1ª Epístola de Juan, el mismo asunto representado bajo un aspecto un poco diferente. *«Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo»* (1ª Juan 2:1-2).

¡Cuán precioso es todo esto para el cristiano sincero, que está siempre consciente –perfecta y dolorosamente consciente– de su debilidad, necesidad y fracaso! ¿Cómo es posible que alguien que vea estos pasajes que acabamos de citar pueda poner en duda la necesidad del cristiano de un ininterrumpido ministerio de Cristo en su favor? ¿No es espantoso que algún lector de la Epístola a los Hebreos, algún observador de la condición y del andar del creyente más fiel, pudiese ser hallado negando la aplicación del sacerdocio e intercesión de Cristo por los cristianos hoy?

¿A favor de quién (permítasenos preguntar) está Cristo viviendo y ac-

tuando ahora a la diestra de Dios? ¿Será a favor del mundo? Ciertamente no; pues él dice, en Juan 17:9: *«No ruego por el mundo, sino por los que me diste, porque tuyos son»*. ¿Y quiénes son éstos? ¿Se tratará acaso del remanente judío? No; ese remanente todavía no entra en escena. ¿Quiénes son ellos, entonces? Creyentes, hijos de Dios, cristianos, que están ahora pasando por este mundo pecaminoso, sujetos a fallar y a ser engañados a cada paso del camino. Estos son el objeto del ministerio sacerdotal de Cristo. Él murió para hacerlos limpios; él vive para mantenerlos limpios. Por su muerte él expió nuestra culpa, y por su vida él nos limpia, por medio de la acción de la Palabra por el poder del Espíritu Santo. *«Este es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre; no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre»* (1ª Juan 5:6). Tenemos expiación y somos limpios por medio de un Salvador crucificado. La doble fuente emanó del costado herido de Cristo, muerto por nosotros. ¡Toda alabanza sea dada a su Nombre!

Tenemos todo, en virtud de la preciosa muerte de Cristo. ¿Es nuestra culpa el problema? Ella fue cancelada por la sangre de la expiación. ¿Son nuestras faltas diarias? Tenemos

un Abogado para con el Padre – un gran Sumo Sacerdote para con Dios. «*Si alguno hubiere pecado*» (1ª Juan 2:1). Él no dice «si alguien se arrepiente». No hay duda de que hay, y debe haber, arrepentimiento y juicio propio; pero ¿cómo ellos son producidos? Aquí está: «Tenemos un Abogado para con el Padre». Y su siempre prevaeciente intercesión consigue, para aquel que peca, la gracia del arrepentimiento, el juicio propio y la confesión.

Es algo de suma importancia para el cristiano tener bien claro lo que se refiere a esta verdad cardinal de la intercesión abogadicia o sacerdocio de Cristo. Acostumbramos erróneamente a pensar que necesitamos hacer algo de nosotros mismos para resolver la cuestión entre nuestra alma y Dios. Nosotros nos olvidamos hasta del por qué estamos conscientes de nuestra falla – antes de que nuestra conciencia se tornase consciente del hecho ya nuestro Abogado estuvo delante del Padre para tratar de eso; y es por su intercesión que tenemos la gracia de nuestro arrepentimiento, confesión y restauración. «*Si alguno hubiere pecado...*», ¿tenemos qué? ¿La sangre a la cual debemos recurrir? No; repare cuidadosamente lo que el Espíritu Santo declara. «*Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo*». ¿Y por qué dice, «el justo»? ¿Por qué no dice, «el bondadoso», «el misericordioso», o «el que se compadece de nosotros»? ¿Acaso él no es todo eso? Ciertamente; pero ninguno de esos atributos cabría aquí, aunque podrían estar. El bendito apóstol coloca delante de nosotros la consola-

dora verdad de que en todos nuestros errores, pecados y fallas, tenemos un representante «justo» delante de Dios justo, el Padre santo, de modo que nuestras cuestiones nunca terminen en fracaso. Él vive *siempre* para hacer intercesión por nosotros, y porque él vive siempre «puede salvar *perpetuamente*» – salvar hasta el fin – «a los que por él se acercan a Dios».

¡Qué firme consuelo existe aquí para el pueblo de Dios! ¡Y cuán necesario para nuestras almas es estar fundamentados en el conocimiento y comprensión de eso! Hay algunos que poseen una comprensión imperfecta de la verdadera *posición* de un cristiano, por no comprender lo que Cristo hizo por ellos en el pasado; otros, al contrario, tienen una visión tan unilateral de la *condición* del cristiano que no perciben nuestra necesidad de lo que Cristo está ahora haciendo por nosotros. Ambos deben ser corregidos. Los primeros ignoran la extensión y el valor de la expiación; los últimos ignoran el lugar y la aplicación que tiene la intercesión abogadicia. La perfección de nuestra *posición* es tal, que el apóstol dice: «*Pues como él es, así somos nosotros en este mundo*» (1ª Juan 4:17). Si eso fuese todo, ciertamente no tendríamos necesidad del sacerdocio o de la intercesión abogadicia; pero nuestra condición es tal, que el apóstol necesita decir: «*Si alguno hubiere pecado...*». Esto prueba cuán continuamente necesitamos del Abogado. Y, bendito sea Dios, nosotros lo tenemos continuamente; nosotros lo tenemos *viviendo siempre por nosotros*. Él vive y sirve en las alturas. Él es nuestra jus-

ticia sustitutiva delante de nuestro Dios. Él vive para mantenernos justos en el cielo, y para hacernos justos cuando hayamos errado en la tierra. Él es el vínculo divino e indisoluble entre nuestras almas y Dios.

La persona de Cristo para el corazón

Habiendo revisado hasta aquí las verdades fundamentales relacionadas con la obra de Cristo por nosotros –su obra en el pasado y su obra en el presente– su expiación y su intercesión, debemos ahora intentar, por la gracia del Espíritu de Dios, presentar al lector algo de aquello que las Escrituras nos enseñan en cuanto al segundo tema de nuestro asunto, a saber, *Cristo como un objeto para el corazón*.

Se trata de algo maravillosamente bendito poder decir: «Encontré a Alguien que satisface plenamente mi corazón – encontré a Cristo». Es esto lo que nos pone verdaderamente en la cima del mundo. Nos torna completamente independientes de los recursos a los cuales el corazón inconverso siempre se apega. Nos concede un descanso permanente. Nos da una calma y quietud de espíritu que el mundo no puede comprender. El pobre amante del mundo puede pensar que la vida del cristiano es muy estática, insípida, llegando incluso a ser una ocupación idiota. Tal vez él quede espantado de ver cómo alguien puede vivir sin aquello que él llama «diversión». Privar al inconverso de aquello sería casi lo mismo que llevarlo a la desesperación o a la locura; pero el cristiano no desea tales cosas – él no las practica-

ría. Ellas son incluso un aborrecimiento para él. Hablamos aquí, evidentemente, del verdadero cristiano, de alguien que no es un mero cristiano de nombre, sino de verdad.

¿Qué es un cristiano? Es un hombre celestial, un participante de la naturaleza divina. Él está muerto para el mundo –muerto para el pecado– vivo para Dios. No tiene ni siquiera una conexión con el mundo: pertenece al cielo. Así como Cristo, su Señor, él no pertenece más al mundo. ¿Podría Cristo tomar parte en las diversiones y festejos de este mundo? La propia idea de eso sería una blasfemia. Bien, entonces, ¿qué decir del cristiano? ¿Puede él tomar parte en cosas que él sabe en su corazón que son contrarias a Cristo? ¿Puede ir a lugares, frecuentar ambientes y desenvolverse en circunstancias donde, él tiene que admitir, su Salvador y Señor no puede tomar parte? ¿Puede él tener comunión con un mundo que odia a Aquel a Quien él profesa deber todas las cosas?

Tal vez a algunos de nuestros lectores pueda parecer que estamos hablando de un terreno muy elevado. A éstos preguntamos: ¿Qué terreno debemos tomar? Ciertamente, el terreno cristiano, si somos cristianos. Bien, entonces, si debemos asumir una posición cristiana, ¿cómo podemos saber lo que es una posición cristiana? Evidentemente, buscando en el Nuevo Testamento. ¿Y qué es lo que allí se enseña? ¿Acaso él da alguna autorización para que el cristiano se mezcle, en cualquier forma o medida, con las diversiones y los vanos deseos de este presente siglo malo? Escuchemos

con atención las importantes palabras de nuestro bendito Señor en Juan 17. Escuchemos de sus propios labios la verdad en cuanto a nuestra porción, nuestra posición, y nuestro camino aquí en este mundo. Al dirigirse al Padre, él dice: «Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque *no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo*. No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. *No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo*. Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo» (Juan 17:14-18).

¿Será posible concebir una medida más próxima de identificación de la que se nos presenta en estas palabras? Por dos veces, en este breve pasaje, nuestro Señor declara que no somos del mundo, así como él tampoco lo es. ¿Qué tenía que ver nuestro bendito Señor con el mundo? Nada. El mundo lo rechazó completamente y lo expulsó. El mundo lo clavó en una vergonzosa cruz, entre dos malhechores. El mundo continúa actual y plenamente bajo la acusación de todo eso como si el acto de crucifixión hubiese ocurrido ayer, bien en el centro de su civilización y con el consentimiento unánime de todos. No existe ni siquiera un vínculo moral entre Cristo y el mundo. Sí, el mundo está manchado con su asesinato, y nada tiene que decir a Dios a favor de su crimen.

¡Qué solemne es esto! ¡Qué asunto serio para ser considerado por los cristianos! Estamos pasando por un mundo que crucificó a nuestro Señor

y Maestro, y él declara que no somos de este mundo, así como tampoco él lo es. De ahí que si tenemos alguna comunión con el mundo estaremos siendo falsos para con Cristo. ¿Qué pensaríamos de una esposa que se sentase, riese, y contase anécdotas con un grupo de hombres que hubiese asesinado a su marido? Es exactamente lo que los cristianos profesantes están haciendo cuando se mezclan con el presente siglo malo, y se hacen parte y porción de él.

Tal vez alguien pregunte: ¿Qué debemos hacer? ¿Debemos salir del mundo? De ningún modo. Nuestro Señor dijo expresamente: «*No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal*» (Jn. 17:15). En el mundo, pero no del mundo, es el verdadero principio para el cristiano. Para valernos de una figura, el cristiano en el mundo es como un buzo equipado con una escafandra. Él está inmerso en un elemento que lo destruiría si no estuviese protegido de su acción, y mantenido por una continua comunicación con el ambiente que está encima de él.

¿Qué debe hacer el cristiano con el mundo? ¿Cuál es su misión aquí? Esta: «*Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo*». «*Como me envió el Padre, así también yo os envío*» (Juan 17:18; 20:21).

Tal es la misión del cristiano. Él no debe encerrarse entre las paredes de un monasterio o convento. Nada de eso. Somos llamados para estar ocupados en las diversas responsabilidades de la vida, y para actuar en las esferas que nos son divinamente asignadas, para la gloria de Dios. No

es un asunto de qué estamos haciendo, sino de cómo lo estamos haciendo. Todo depende del objeto que gobierna nuestros corazones. Si es Cristo quien comanda y cautiva el corazón, todo estará bien; si no es él, nada estará bien. Es nuestro dulce privilegio colocar al Señor siempre delante de nosotros. Él es nuestro modelo. Así como él fue enviado al mundo, nosotros también. ¿Qué vino a hacer él? Glorificar a Dios. ¿Cómo vivió él? Por el Padre. *«Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí»* (Jn. 6:57).

Eso hace todo muy sencillo. Cristo es el patrón y la clave de todo. Ya no se trata meramente de una cuestión de que algo sea correcto o incorrecto de acuerdo con las reglas humanas; es más bien una cuestión de qué es digno de Cristo. ¿Haría él esto o aquello? ¿Iría él allá o acullá? Él nos dejó *«ejemplo, para que sigáis sus pisadas»* (1ª Ped. 1:21). Y con toda seguridad, nunca deberíamos ir adonde no pudiésemos percibir sus benditas pisadas. Si vamos de un lado a otro sólo para satisfacernos a nosotros mismos, no estamos siguiendo sus pisadas, y no podemos esperar disfrutar de su bendita presencia.

Aquí está el verdadero secreto de todo el asunto. La gran cuestión es esta: ¿Es Cristo mi objeto? ¿Puedo decir que *«lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí»*? (Gál. 2:20). Nada menos que esto es lo que corresponde a un cristiano. Se trata de algo demasiado miserable estar con-

tento sólo con ser salvo, y luego seguir adelante abrazados con el mundo, viviendo para la satisfacción propia y en busca de los propios intereses – aceptar la salvación como el fruto de la pasión y tribulación de Cristo y después vivir lejos de él. ¿Qué pensaríamos de un niño al que sólo le importan las cosas buenas que el padre le da, y que nunca busca la compañía de su padre, prefiriendo la compañía de extraños? Ciertamente sería alguien digno de desprecio. Cuánto más despreciable es el cristiano que debe todo su presente y su futuro eterno a la obra de Cristo y, aun así se contenta en vivir a una fría distancia de su bendita Persona, sin preocuparse ni un poco de la promoción de su causa – ¡de la promoción de su gloria!

La palabra de Cristo para el camino

Para terminar, debemos hacer una breve referencia al tercero y último tema de nuestro asunto: *La Palabra de Cristo como la guía todo-suficiente para nuestro camino.*

Si la obra de Cristo es suficiente para la conciencia; si su bendita Persona es suficiente para el corazón; con toda seguridad, su preciosa Palabra es suficiente para el camino. Podemos admitir, con toda la confianza posible, que poseemos en el divino volumen de las Sagradas Escrituras todo lo que podríamos necesitar, no sólo para atender las necesidades de nuestra senda individual, sino también para las variadas necesidades de la Iglesia de Dios, en los mínimos detalles de su historia en este mundo.

Estamos bien conscientes de que

al hacer tal afirmación nos exponemos a mucha burla y oposición, precedentes de más de alguna dirección. Seremos confrontados, por un lado, con los que defienden la tradición y, por otro, por aquellos que luchan por la supremacía de la razón y voluntad humanas. Pero eso nos preocupa muy poco. Consideramos las tradiciones de los hombres, sean ellos de padres, hermanos o doctores, *cuando son presentados como viniendo de alguna autoridad*, como una partícula de polvillo en una balanza; y en lo que se refiere al racionalismo humano, sólo puede ser comparado a un murciélago puesto al sol de medio día, ciego por la luz, y lanzándose contra obstáculos que no puede ver.

Es motivo de profundo gozo para el corazón del cristiano poder zafarse de las engorrosas tradiciones y doctrinas de los hombres y entrar en la tranquila luz de las Sagradas Escrituras, y al estar delante de los imprudentes raciocinios del impío, del racionalista, del escéptico, sujetar todos su ser moral a la autoridad y el poder de las Sagradas Escrituras. Él reconoce, con gratitud, en la Palabra de Dios el único patrón perfecto para doctrina, moral, y todo lo demás. *«Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra»* (2ª Tim. 3:16-17).

¿Qué más podemos necesitar? Nada. Si las Escrituras pueden hacer a un niño «sabio para la salvación», y si ellas pueden tornar a un hombre «perfecto y enteramente preparado para toda buena obra», ¿qué tenemos

que ver nosotros con la tradición o con el racionalismo humano? Si Dios escribió un volumen para nosotros, si él condescendió en darnos una revelación de su pensamiento, en cuanto a todo lo que debemos conocer, pensar, sentir, creer y hacer, ¿nos volveremos a un pobre mortal semejante a nosotros –sea él ritualista o racionalista– para ayudarnos? ¡Lejos de nosotros tal pensamiento! Sería lo mismo que nos volviéramos a nuestro semejante a fin de agregar algo a la obra consumada de Cristo, a fin de hacerla suficiente para nuestra propia conciencia, o suplir lo necesario para cubrir alguna deficiencia que encontrásemos en la Persona de Cristo a fin de hacerlo suficiente para nuestro corazón.

Toda alabanza y gracias sean dadas a nuestro Dios por no ser este el caso. Él nos dio, en su amado Hijo, todo lo que necesitamos para la conciencia, para el corazón, para el camino aquí –para el tiempo, con todos sus escenarios en constante mutación– para la eternidad, con sus eras incontables.

Podemos decir: «Tú, oh Cristo, eres todo lo que necesitamos / más que todo en ti encontramos». No hay, ni puede existir, ninguna falta en el Cristo de Dios. Su expiación y su intercesión deben satisfacer todos los anhelos de la conciencia más profundamente ejercitada. Las glorias morales –la poderosa atracción de su divina Persona– deben satisfacer las más intensas aspiraciones y deseos del corazón. Y su inigualable revelación –ese volumen sin precio– contiene, entre sus tapas todo lo que podamos

necesitar, de principio a fin, en nuestra carrera cristiana.

Lector cristiano: ¿Acaso estas cosas no son así? ¿Acaso usted no reconoce la verdad que hay en ellas, en lo más íntimo de su ser moral renovado? Si así es, ¿está usted descansando, en tranquilo reposo, en la obra de Cristo? ¿Se está deleitando

en su Persona? ¿Se está sujetando, en todas las cosas, a la autoridad de su Palabra? ¡Dios quiera que así pueda ser con usted, y con todos los que profesan su Nombre! Pueda haber un testimonio cada vez más pleno, más claro y más decidido para la total suficiencia de Cristo, hasta aquel día.

* * *

Citas escogidas

Cuando a un alma le falta la gracia de Dios, viene a ser como una planta que ya no tiene ni flores, ni frutos, ni hojas.

H. Dossier

Si Jesús hubiese nacido mil veces en Belén, y ninguna en mi corazón, yo sería la persona más desolada del mundo.

Corrie Ten Boom

Para la necesidad diaria, hay gracia diaria; para la necesidad repentina, hay gracia repentina; para la necesidad abrumadora, hay la gracia abrumadora.

John Blanchard

Desconfía de los pecados pequeños.

Juan Bunyan

Ser cristiano es una tarea de tiempo completo.

Derek Prince

Todos los días podemos tener la paz de Dios si dejamos de agitarlos por lo que podría ser, o lo que pudo haber sido, y nos concentramos en lo que es.

Jean-Pierre de Caussade

La esperanza de impunidad es el gran soporte de toda iniquidad.

Matthew Henry

El corazón del cristiano camina sobre rosas si está por completo bajo la cruz.

Martin Lutero

El hablar en público puede resumirse en tres cosas: primera, tener algo que decir; segunda, decirlo; y tercera y última, callarse.

Juan A. Broadus, en Historia de la Predicación

No te enamores de tus éxitos, ni permitas que tus fracasos te derroten.

Howard Hendricks

LEGADO

El misterio de la persona de Cristo sólo puede ser comprendido a medida que la luz de Dios descienda sobre el hombre.

La revelación de Cristo por el Espíritu

G. Campbell Morgan

La restauración del hombre a Dios forzosamente resulta en la restauración al hombre del conocimiento de Dios. El propósito original en la creación del hombre era que fuese un ser capaz de conocer

a Dios mismo, en comunión y cooperación con él. A todo esto es restaurado en Cristo. Así como la unión vital entre Dios y el hombre es creada y mantenida por el Espíritu, también la obra de revelar a Dios al hombre es la

del Espíritu. «El Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios», y estas «cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre ... que Dios ha preparado para los que le aman», es decir, las cosas del amor de Dios en Cristo, de las que el hombre en inteligencia nublada era ignorante. «Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu» (1ª Corintios 2:9, 10). Así, mientras que en Cristo Dios se ha provisto de un Medio de revelación propia, Cristo es revelado al hombre por el Espíritu.

Este esquema de la revelación debe ser comprendido si ha de haber una verdadera apreciación de la revelación en sí. Este perfecto sistema está revelado en los últimos discursos de Jesús a sus discípulos antes de su pasión. Cuando Felipe, como portavoz de la humanidad caída (aunque no lo comprendía cabalmente), dijo a Jesús: «*Muéstranos el Padre, y nos basta*» (Jn. 14:8), no hubo ni duda ni incertidumbre en la contestación del Señor. Claramente dijo: «*El que me ha visto a mí, ha visto al Padre*» (Jn. 14:9).

Esta declaración está en perfecta armonía con la inspirada afirmación de Juan de que «a Dios nadie le vio jamás; el unigénito hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer» (Juan 1:18). No hay manera en que él pueda conocer a Dios salvo por medio de Cristo. Toda tentativa de parte del hombre de formular un concepto de Dios, o declarar una doctrina concerniente a él, es inútil, a menos que el concepto y la doctrina se basen sobre la revelación que él ha hecho de sí mismo en Cristo, y sean siempre fieles a ella.

La obra del Espíritu Santo

Reconociendo la inhabilidad del hombre para conocer a Dios por sí mismo, el Señor también reconoce que los hombres eran incapaces de comprender la revelación de Dios en sí mismo, salvo que les fuera explicada por ese Espíritu que «*todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios*» (1ª Cor. 2:10). Por lo tanto, inmediatamente después de la pregunta de Felipe, dio la promesa del Espíritu, junto con una enseñanza acerca de él, que prepararía a los discípulos para su vida y obra. De esa enseñanza final serán suficientes como encabezamiento, tres declaraciones principales:

a) «El Espíritu Santo – el que os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Juan 14:26)

b) «El Espíritu de verdad – él dará testimonio acerca de mí» (Juan 15:26).

c) «El Espíritu de verdad – él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber» (Juan 16:13, 14).

Estas palabras claramente demuestran dos cosas. Primero, que la obra del Espíritu es esencialmente la de revelar a Cristo a aquellos en quienes él ha hecho morada; y segundo, que el hombre sólo puede conocer a Cristo mediante la iluminación del Espíritu, así como el hombre sólo puede conocer a Dios por la revelación de Cristo.

Cualquier cristología que no sea el resultado directo de la enseñanza del Espíritu es falsa, por cuanto el misterio de su persona y el significado de su obra son igualmente inescrutables para la mente entenebre-

cida del hombre, y sólo pueden ser comprendidos a medida que la luz de Dios descienda sobre ellos. Por medio de Cristo, el Espíritu de verdad habita en el creyente y por medio del Espíritu de verdad, por lo tanto, Cristo llega a ser el Morador. Siendo él revelado al hombre por el Espíritu, el hombre es restaurado al conocimiento de Dios que había perdido por el pecado.

El conocimiento que el hombre tiene de Dios mediante Cristo por el espíritu puede contemplarse, entonces, considerando primero la revelación de Cristo por el Espíritu; luego, la comprensión de Cristo por medio del Espíritu; y finalmente el consiguiente conocimiento de Dios.

Una revelación individual e histórica

La revelación que el Espíritu ha hecho de Cristo ha sido individual e histórica. Comenzó su obra con individuos, y después por consideración a las generaciones venideras y en cooperación con ellas, procedió a preparar para el futuro. Por revelación personal de Cristo a individuos preparó a hombres para dejar un registro escrito tocante a Cristo. Luego mediante hombres así preparados vino a ser el Autor del nuevo registro. Completada esa narración, ha dado una exposición de ella a través de los siglos, en constante cooperación con los hombres.

El Espíritu comenzó su obra cuando en el día de Pentecostés bautizó a la compañía de almas que se hallaban en actitud de espera, en una nueva unión con Dios en Cristo. Al trazar su obra, pues, es necesario comenzar

La persona y obra de Jesús son más perfectamente comprendidas ahora que nunca antes, y él, por el Espíritu, está demandando y recibiendo una mayor y más profunda lealtad que en cualquier tiempo pasado.

con los Hechos de los apóstoles, mientras que, por supuesto, al estudiar su revelación, la estructura del Nuevo Testamento es el verdadero orden. En los Hechos de los apóstoles vemos al Espíritu comunicando vida a los hombres individuales, y luego dirigiéndolos definitiva e inmediatamente en todos los asuntos de su vida.

Una de las notas destacadas de la narración de la iglesia primitiva es de cómo estos hombres fueron específicamente guiados por el Espíritu, y no obstante, siempre se observa que su acción bajo su dirección es de lealtad a Cristo. El Espíritu impide o impele, pero son restringidos cuando él impide, o siguen adelante cuando él impele, siendo leales a Cristo. Así es evidente que si bien estos hombres eran conscientes de la constante interposición del Espíritu, reconocían que ésta era una interpretación de la

voluntad de su coronado Señor para ellos.

Eventualmente, para la consolación de la iglesia en su relación a Cristo, y para la continuidad de su sentido de Cristo, era necesario que se escribiera ese relato de él como una persona en la historia, constituyendo una base perpetua para la interpretación del Espíritu. De esta necesidad surgieron las Escrituras que ahora se conocen como las del Nuevo Testamento. En estos escritos el único tema del Espíritu es Cristo. En los Evangelios están registrados los hechos que son necesarios tocantes a su persona y enseñanza. En ellos se le ve mayormente en espléndida soledad, separado pero en medio de los hombres; glorioso en verdadera y regia dignidad, como lo muestra la narración de Mateo; paciente en incesante servicio, según los registra Marcos, supremo en la realización del ideal divino de la humanidad, como lo demuestra el Evangelio de Lucas, y misterioso en la Majestad esencial de la Deidad como lo declaran los escritos de Juan.

Luego sigue ese tratado en el cual Cristo es manifestado en nueva unión con los hombres, continuando esa obra comenzada en aislamiento, en cooperación con aquellos que están unidos a él por el Espíritu Santo. Este testimonio tiene que ver casi exclusivamente con Cristo llamando a Sí mismo a los hombres para la remisión de pecados, para la renovación de la vida, para la restauración del orden perdido.

Pasando de esto, en los grandes escritos didácticos, el Espíritu revela

a Cristo como realizado en el creyente, y expresándose a sí mismo por medio de la iglesia. Mientras que en los Hechos se le ve casi enteramente llamando al pecador, en las epístolas se le ve casi exclusivamente en su relación con aquellos que han acudido en obediencia a su llamado. Después, en el Apocalipsis, a un hombre que está «en el Espíritu» se le concede la propia visión que Cristo tuvo de su victoria venidera, y la consumación de todos los propósitos de Dios concernientes a los hombres, hechos efectivos en Cristo.

Una comprensión más amplia y profunda de Cristo

Al llegar a este punto, estando completos los escritos, el Espíritu no cesó su obra, sino más bien la comenzó en toda su plenitud y hermosura. A través de los siglos de la era cristiana puede trazarse una comprensión de Cristo siempre más amplia y profunda, debida invariablemente a la revelación del Espíritu a la iglesia de Cristo, una revelación que constantemente está en armonía con los escritos inspirados, de modo que no se ha revelado nada fuera de los hechos inspirados, de modo que no se ha revelado nada fuera de los hechos registrados en aquéllos, si bien en una comprensión siempre más amplia, ha llegado esta siempre creciente apreciación de Cristo.

Puede con seguridad afirmarse que la persona y obra de Jesús son más perfectamente comprendidas ahora que nunca antes, y que él, por el Espíritu, está demandando y recibiendo una mayor y más profunda

lealtad que en cualquier tiempo pasado. Esta afirmación se hace con un reconocimiento muy intenso de que el conflicto que ha ido produciéndose en la periferia de la revelación cristiana se está concentrando alrededor de la ciudadela central de la persona de Cristo. En vista y en presencia de ese conflicto, no hay temor en el corazón de quienes sean conscientes de la continuada presencia y trabajo del Espíritu. El resultado tiene que ser una nueva vindicación de la persona-

lidad del Dios-hombre, y una nueva apreciación de aquello que, relativo a él, siempre estará más allá de la posibilidad de declaraciones formuladas por parte del hombre.

Así se ve que el Santo Espíritu de verdad, mediante procesos de infinita paciencia, ya sea con el individuo o en la historia de la raza, continúa su sagrada obra de revelar a Cristo, interpretando su palabra y administrando su obra.

Tomado de Las Crisis de Cristo, Tomo 2.

* * *

El africano que se fumó el Nuevo Testamento

Cierta vez se hallaba un misionero en una calle de una ciudad africana con un Nuevo Testamento en la mano. Un africano se le acercó y le preguntó si le podía dar aquel librito. El misionero estaba dispuesto a hacerlo, pero quiso saber por qué lo quería. "Porque sus páginas tienen la medida perfecta para liar cigarrillos", confesó el hombre. Impresionado por la honestidad del hombre, el misionero decidió plantearle un desafío: "Le daré el libro si me promete leer cada página antes de usarla para liar un cigarrillo". El africano aceptó el reto y recibió el Nuevo Testamento.

Quince años más tarde el misionero fue a unos cultos de evangelización donde iba a predicar un evangelista negro. Cuando el evangelista vio al misionero, se le acercó, y le preguntó: "¿No se acuerda usted de mí?". "No", respondió el misionero, "¿nos hemos visto antes?". "Sí, hace quince años usted me dio un Nuevo Testamento y me hizo prometer que leería cada una de sus páginas antes de usarlas para liar cigarrillos. Me llevó desde el evangelio de Mateo hasta Juan capítulo 13 antes de dejar de fumarme la Palabra y empezar a predicarla. Aquél Nuevo Testamento es la razón por la que estoy predicando aquí esta noche".

José L. Martínez, en 503 ilustraciones escogidas

Un buen sermón

Juan Bunyan luchaba fielmente contra la tentación de vanagloriarse por el éxito de su ministerio, a fin de no caer en la condenación del diablo. Cuando cierta vez uno de sus oyentes le dijo que había predicado un buen sermón, él le respondió: "No necesita decírmelo, el diablo ya me susurró al oído eso mismo antes de dejar el púlpito".

Orlando Boyer, en Biografías de grandes cristianos

LEGADO

Algunas riquezas de Cristo disponibles para todo cristiano.



Nuestra herencia plena en Cristo

A. B. Simpson

Lectura: Josué 1:1-4

En el plan de la revelación divina descubrimos una gran idea central definida que avanza invariablemente en un claro desarrollo y gran progresión a través de todo el libro.

Los libros de Moisés

El libro de Génesis es el libro de los Principios, y todo lo que hay en los libros posteriores, tiene, en cierto sentido, su origen y fundamento en él. Éxodo es el libro de la Redención.

Levítico es el libro de la Reconciliación, y muestra la doctrina del Espíritu Santo en cuanto nuestro acceso a Dios, y de nuestra vida en lo sagrado del santuario. Números es la historia del desierto y el cuadro de nuestra peregrinación aquí abajo; y especialmente del fracaso del pueblo de Dios en tomar posesión de su herencia. Luego sigue Deuteronomio, el que nos relata la segunda o nueva partida del pueblo de Dios, después de la triste experiencia de fracaso y pecado, y repite de nuevo el pacto de Dios y sus órdenes a su pueblo, cuando la segunda generación se apresta a entrar al reposo que sus padres habían desechado.

Josué

La culminación de todo esto se halla en el Libro de Josué. Así como Números es la historia del fracaso, y Deuteronomio de la nueva preparación, así nos relata Josué su entrada efectiva en la Tierra Prometida. Este libro expone el punto culminante del pueblo del pacto hasta ahí, y necesariamente sugiere algunas lecciones más profundas en su significado espiritual, superiores respecto a las revelaciones neotestamentarias, y al pueblo espiritual del cual el antiguo Israel era sólo un tipo.

Por lo mismo, hallamos al apóstol diciendo en su carta a los Hebreos: *“Si Josué les hubiera dado el reposo, no hablaría después de otro día”*. Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios. Así, es evidente que Canaán no había de ser la pertenencia permanente de Israel, sino un tipo de la herencia superior de la fe y santidad

que aún quedaba para el pueblo del pacto con Dios.

No el cielo

Esa herencia no puede ser el cielo que nos espera después de la muerte, ni aun el reino terrenal de gloria y justicia que ha de iniciar la venida de Cristo. Nuestra himnología está llena de este concepto, pero no concuerda con la idea real del Espíritu Santo; porque no hemos de hallar en el cielo, ni en el estado milenial, cosa alguna concordante con los enemigos en Canaán a quienes Josué tuvo que combatir, con los años de lucha que Israel soportó, o con la vergüenza y el pecado de Acán, o con el subsiguiente claudicar de Israel, etc. A esa tierra *“no entrará cosa que contamine”*, y aun Satanás, el gran caudillo de todas las huestes adversas, será expulsado definitivamente de allí.

Por tanto, el reino espiritual debe ser alguna experiencia y condición de aquí. Así lo expresa claramente el apóstol cuando dice: *“El que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas”*; y aún más: *“Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado”*. El reposo de Dios es algo de aquí abajo, una condición y experiencia de victoria, poder y satisfacción espiritual que corresponde con la experiencia de Israel en Canaán.

Dos tipos de cristianos

Aun el observador más superficial habrá notado en los anales de la experiencia cristiana, y la observancia de la vida, que en el mundo hay

dos tipos de cristianos muy distintos el uno del otro; uno representa la experiencia de desaliento, ansiedad, duda, inconstancia y frecuente decadencia; una vida tan carente de satisfacción que a veces dudamos, si realmente son cambiados de corazón; y el otro, lleno de confianza, victoria, gozo, satisfacción, poder y estabilidad.

La diferencia entre estos dos tipos es más notable aún que la misma experiencia de conversión; o que el contraste entre un hombre mundano y un cristiano profesante. Los que han alcanzado esta segunda etapa de la vida cristiana testifican uniformemente que su segunda bendición señaló un cambio mucho mayor en su experiencia, que la primera.

No ha habido período en la historia de la Iglesia sin estas dos clases de discípulos. Aun los mismos apóstoles pasaron de una etapa a la otra. Su experiencia antes de la venida del Espíritu Santo fue la realización del libro de Números, y su vida subsecuente después del día de Pentecostés, fue una repetición del libro de Josué. No hay hoy día ninguna congregación de cristianos en la tierra que no tenga estas mismas dos clases: unos que simplemente han salido de Egipto y vagan en el desierto, con la esperanza de la salvación y una medida de la gracia suficiente para mantenerlos separados del mundo; y otros que han sido llenos del Espíritu, y caminan en la luz y gozo del Señor.

Tomando de esto el punto de vista más bajo, ¿quién será el que no haya sentido la necesidad de algo

más profundo y elevado en su vida cristiana? ¿Quién será el que no ha lamentado sus fracasos y humillaciones, anhelando una pureza y poder dignos del costo y gloria de la gran salvación de Dios? ¿Quién será el que no se haya dado cuenta que debe haber algo superior a una vida de pecado y arrepentimiento, y poseer la santa aspiración que lucha constantemente dentro de su pecho?

A menudo, muchos hombres se han cansado tanto y quedado tan desconformes con su pequeña religión, que la han arrojado de sí, diciendo: "Si no he de tener algo mejor que esto, prefiero no tener nada"; y después de años de lucha hallaron la plena salvación de Dios y la aceptaron llegando a poseer una experiencia amplia de la santificación por el Espíritu Santo. Es instinto natural de un alma recién renacida esperar semejante vida desde el principio, y sufre una extraña desilusión al experimentar su primera caída, se siente abrumada por su insuficiencia e impotencia, lanzando por primera vez el amargo clamor: "*¡Miserable hombre de mí! ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte?*".

Ya en el capítulo 13 de Génesis leemos que Dios dio a Abraham una visión de la Tierra Prometida, largos siglos antes de que se cumpliera; y así, Dios nos ha estado dando a nosotros durante toda nuestra vida, una visión de bendiciones mayores y más ricas que las que jamás hemos disfrutado. A menudo las hemos visto en la vida de santos de Dios con quienes hemos estado en contacto, y sus semblantes radiantes han despertado en nosotros

hambre por lo que poseemos, asombrándonos de que no lo tengamos. A menudo lo hemos visto en las promesas de Dios, y nos preguntamos por qué no se realizan en nosotros, si es que Dios realmente nos las quiere cumplir. A menudo, la visión ha parecido un vago asomo muy indefinible, pero otras veces la luz se ha hecho más y más clara, a fin de que entendamos más definitivamente lo que significa e implica la promesa. Esta es la oración del apóstol en favor de sus amigos de Éfeso, y es la oración del Espíritu para cada uno de nosotros, que sean *“alumbrados los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza de su llamamiento, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos”*. Que Dios abra de tal manera nuestros ojos para que, a medida que leemos estas líneas, podamos entender el significado de la herencia de los santos, y la plenitud de la bendición de Cristo.

Victoria

El primer poste señalizador definido en la herencia es *victoria*. Canaán significaba para los antiguos israelitas triunfo sobre sus enemigos; y nuestra gran necesidad espiritual es poder para vencer el mal dentro de nosotros y el que nos rodea. En ninguna parte se nos promete eximirnos de la lucha, sino que es nuestro privilegio triunfar en ella.

El pecado no dejará de existir en la presente dispensación, pero nosotros podemos ser muertos al pecado, y demandar la potente promesa: *“El pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia”*. El

Canaán no había de ser la pertenencia permanente de Israel, sino un tipo de la herencia superior de la fe y santidad que aún quedaba para el pueblo del pacto con Dios.

pacto y juramento de Jesús es que: *“siendo librados de todos nuestros enemigos y de las manos de los que nos aborrecen, le sirvamos sin temor, en justicia y santidad delante de Él, todos los días de nuestra vida”*. Victoria sobre el pecado interno, sobre el ego que nos domina, sobre la tentación que nos persigue, ésta es la promesa de Cristo; ésta es la compra de su sangre, ésta es la santificación que el Espíritu Santo viene a dar a cada corazón rendido a Él.

Reposo

Canaán es llamada el “Reposo de Dios”. Puesto que la tuvieron después de cuarenta años de fatigoso vagar era, por cierto, un delicioso reposo. Representa, en la experiencia cristiana, algo tan precioso como escaso: liberación no sólo del pecado y tentación, sino aun de la ansiedad y el temor; representa también la paz que sobrepasa a todo entendimiento y guarda el corazón y la mente mediante Cristo Jesús; la confianza que no se aflige por nada, esa confianza que echa todos sus afanes sobre Él; esa paz per-

fecta en que Dios guarda a aquellos cuyas mentes están ancladas en El, la gran paz de los que aman su ley, y nada les ha de ofender. Cristo mismo tiene esta paz perfecta, y su último legado a sus discípulos fue: *“La paz os dejo (o lego), mi paz os doy: no se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo”*.

Realización

La tierra de Canaán era para ellos la realización de muchas promesas anteriores. Les hacía efectivas las cosas que hasta entonces sólo habían sido esperanzas. Y así para nosotros, en nuestra vida cristiana, hay una etapa de fe y promesa, y hay la experiencia de completa realización y bendita satisfacción. *“La ley por medio de Moisés fue dada: mas la gran realidad vino por Jesucristo”*.

El Espíritu Santo es una prenda y un sello; y estas figuras expresan la profunda impresión de realidades vivas en nuestro corazón y vida. Hay para nosotros el conocimiento efectivo de cosas divinas y el conocimiento personal e íntimo de Dios; la satisfacción completa de cada anhelo del alma; amor tan arraigado y fundado que no puede ser conmovido, y bendiciones “más abundantes de lo que pedimos o entendemos”. Esta herencia, amados, es para vosotros. Dios quiere hacer que las cosas del Espíritu sean más efectivas en vuestra vida que las cosas de los sentidos en el mundo inferior y material, y vivificar cada sentido interno a tal punto que podáis conocer y ver las realidades invisibles del mundo venidero con una intensidad que las cosas de esta tierra jamás podrán alcanzar.

Poder

¡Cuánto ansían los hombres el poder! ¡Cuán débil e ineficaz es la vida de los cristianos, cuán poco producen para Dios y sus semejantes! Cristo es el Todopoderoso, y no hay esfera en que se debiera sentir más su omnipotencia que en el reino espiritual, donde domina supremo el Espíritu Santo.

La experiencia de Josué en Canaán expresa el poder victorioso. Era la marcha de Dios, materializada en su pueblo, en triunfo continuo, hasta que todo enemigo terrenal y toda fuerza material reconociera esta supremacía. El mismo poder fue incorporado en el Señor Jesús y su Espíritu omnipotente, y aguarda el depósito de todo corazón totalmente rendido. *“Recibiréis virtud (poder) cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo; y me seréis testigos ... El que en mí cree, las obras que yo hago también él las hará; y mayores que éstas hará”*.

Vuestra propia herencia

Pero hay algo superior a todo esto. La tierra de la promesa tiene un significado personal para cada uno de nosotros. Ningún hombre puede ocupar todo el mundo, o vivir en toda una ciudad; hay un sitio que cada uno llama hogar, una ubicación o posesión particular, y expresa nuestra propia residencia personal. Y así hay un sentido en que Dios tiene una herencia especial para cada uno de sus hijos. Las promesas de Dios tienen para ustedes un significado que no pueden tener para mí; y así Dios tiene para cada uno un plan distinto e individual.

Este plan Él lo está aplicando continuamente a nuestra fe a la medida de nuestra capacidad y voluntad de recibirlo. Esto es a lo que se refería David al decir: *“Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos, y es hermosa la heredad que me ha tocado”*.

La heredad de cada cristiano es la suprema voluntad de Dios para él. Incluye la vida interna y la externa, y significa para cada uno la revelación de Cristo en nuestro propio corazón con toda su plenitud de gracia y poder, y la disposición providencial de Dios en nuestra vida, a fin de desarrollarnos en el grado mayor y usarlos para el mayor bien.

Durante toda nuestra vida Dios nos ha estado hablando de este plan. Algunos recordamos las distantes visiones de nuestra infancia, cuando nos arrodillábamos para nuestras primeras oraciones, y cuando la luz del cielo empezó a iluminar el firmamento de nuestras almas, abriéndolas a los pensamientos y planes de Dios. Más y más claramente, a medida que entrábamos a su más inmediata presencia, nos iba revelando su pensamiento para nosotros, agregando promesa tras promesa, y a medida que las iba cumpliendo sucesivamente, nos conducía a mayores visiones, más vastas esperanzas y más osados avances; y hemos empezado a recorrer la tierra en toda su longitud y anchura.

La cuerda para medir esa tierra son las promesas de Dios. Cada víspera de Año Nuevo, cada día de especial devoción a Él, cada ocasión de nueva consagración, cada cumpleaños y cada aniversario, ha ido acre-

centando estas promesas y ensanchando la visión, y cada año que pasa, en el cual la fe y la esperanza se han tornado en acción de gracias y alabanzas por las promesas cumplidas, ha probado la veracidad y seguridad de su Palabra.

Una Tierra mayor

Pero para la mayoría de nosotros aún hay una tierra más amplia que la que nos hemos dado cuenta, y Dios nos habla como lo hizo antaño a Abraham, diciéndole: *“Alza ahora tus ojos, y mira desde el lugar donde estás hacia el norte y el sur; y al oriente y al occidente. Porque toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia para siempre... Levántate, ve por la tierra a lo largo de ella, y a su ancho; porque a ti la daré.”*

Así también habla Él a algunos de nosotros en las ricas y gloriosas promesas de Deuteronomio 8: 7-10: *“Porque Jehová tu Dios te introduce en la buena tierra, tierra de arroyos, de aguas, de fuentes y de manantiales, que brotan en vegas y montes; tierra de trigo y cebada, de vides, higueras y granados; tierra de olivos, de aceite y de miel; tierra en la cual no comerás el pan con escasez, ni te faltará nada en ella; tierra cuyas piedras son hierro, y de cuyos montes sacarás cobre. Y comerás y te saciarás, y bendecirás a Jehová tu Dios por la buena tierra que te habrá dado”*.

¡Qué hermosa tierra es esa, con sus vertientes de refrigerio espiritual, cuyas fuentes de agua viva se hallan en la vida y presencia de Dios, y de allí el corazón obtiene amplia provisión para todas las necesidades espirituales; también para su

trigo, cebada, higueras y granados; su pan sin escasez, su dulce miel; su aceite y olivos produciendo en perpetua frescura la unción de su gozo y poder; la tierra cuyas mismas piedras y collados con toda su aspereza y aridez no son sino minas de cobre y hierro, capacitándonos para sacar poder de nuestras mismas dificulta-

des, y bendición de todas nuestras aflicciones.

Estimados, hay para nosotros una tierra semejante. Si queréis entrar y tomar posesión de toda la plenitud de esta bendición ilimitada sólo necesitáis desear y reclamar toda la plenitud de esa tierra prometida.

(Fragmento).

* * *

La lección de la mariposa

El capullo del «pavón de noche», cierta mariposa nocturna, tiene la forma de una botella de cuello estrecho. Para que el bellísimo insecto aparezca en perfecto estado, debe abrirse paso por el cuello del capullo, a lo largo de varias horas de intenso esfuerzo.

Cierta día, una pequeña abertura apareció en un capullo y un hombre se detuvo a observar el duro proceso; se sentó y observó por varias horas cómo la mariposa se esforzaba para que su cuerpo pasase a través de aquel pequeño agujero. Parecía que ella ya no lograba ningún progreso, que había ido lo más lejos que podía en su intento y no podía avanzar más.

Entonces el hombre, movido por la compasión, decidió ayudar a la mariposa: tomó unas tijeras y cortó el resto del capullo que aprisionaba al insecto. La mariposa entonces salió fácilmente, pero su cuerpo estaba atrofiado, era pequeño y tenía las alas aplastadas.

El hombre siguió observando porque él esperaba que, en cualquier momento, las alas se abrieran y se agitarían para ser capaces de soportar el cuerpo, el que, a su vez, iría tomando forma.

¡Nada ocurrió! Sus alas no llegaron a desplegarse. En realidad, la mariposa pasó el resto de su vida arrastrándose, en vez de volar por el aire reflejando la luz en sus alas. Pasó una vida corta con un cuerpo deforme y alas atrofiadas.

Lo que el hombre, en su gentileza y voluntad de ayudar no comprendía, era que el capullo apretado y el esfuerzo necesario para que la mariposa pasara a través de la pequeña abertura, era el modo por el cual Dios hacía que el fluido del cuerpo de la mariposa llegara a las alas, de tal forma que ella estaría pronta para volar una vez que estuviera libre del capullo.

Algunas veces, el esfuerzo es justamente lo que precisamos en nuestra vida. Si Dios nos permitiera pasar a través de nuestras vidas sin obstáculos, nos dejaría lisiados. No seríamos tan fuertes como podríamos haber sido y nunca podríamos volar.

Al ver sufrir a los hijos de Dios, no los observemos con falsa compasión. Los seres humanos tendemos a no ver más allá de lo inmediato. Deberíamos fijarnos más bien en las buenas consecuencias del sufrimiento, porque de no ser por las dificultades y conflictos de la vida, nuestra personalidad no se desarrollaría plenamente.

LEGADO

Una hermosa aplicación espiritual del significado tipológico de Canaán.



Canaán y Cristo

F. B. Meyer

En 1ª Corintios 10:11: leemos: *“Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos”*. En otro tiempo estábamos en Egipto.

Todo lo que ha sido redimido por la sangre de Cristo, estuvo primero en Egipto. Egipto tiene tres significados. Primero, placer sensual, puerros, ajos y cebollas. Segundo, servidumbre, el capataz, el ladrillo y la ciudad del te-

soro. Tercero, la angustia del alma. Suponemos que no hay ninguno que sea de Cristo que no recuerde al placer sensual, la servidumbre y las ansiedades del alma.

De todo eso nos ha traído Dios. Lo hizo cuando trajo a Cristo por medio de la muerte a la resurrección; nos trajo cuando cada uno de nosotros, por decirlo así, se ha cubierto detrás del Cordero Pascual, de cuyo lugar su sangre hablaba a Dios. Feliz momento aquel en el que entramos en la paz, en el que pusimos la sangre sobre el dintel y los postes de las puertas, para que al ver Dios la sangre, fuésemos rescatados y saliéramos con gozo de la tierra de esclavitud. ¡Y al pasar a la otra orilla del Mar Rojo, repetimos con María el himno de la libertad, regocijándonos en Dios nuestro Salvador!

Nos entregamos para seguir la dirección de la nube, y nos refugiábamos debajo de ella de día y de noche. Dependíamos de Dios para todo, para el agua que manara de la roca, y para el maná que cayera sobre el suelo del desierto. Días felices aquellos, en los que, acabados de redimir, y con el sentimiento de nuestra libertad, andábamos con Dios en las primeras horas de nuestra conversión.

Llegamos entonces al pie de Sinaí. Obtuvimos una nueva idea de la santidad y de la justicia de Dios, y al aproximarnos a aquel lugar, dijimos con todo el fervor de la verdadera intención: “Haremos todo lo que Dios quiera”. Pero el gozo empezó a desvanecerse, y al tratar de cumplir la ley de Dios, fuimos cayendo hora tras hora en el pecado que detestábamos.

Fue aquella la experiencia de lo que expresa Romanos capítulo 7. Según el hombre interior, amábamos la ley de Dios, pero cuando teníamos que hacer lo que queríamos, nos encontrábamos que no podíamos. Éramos como los que se levantan después de una grave enfermedad, que no pueden caminar bien, y que al empezar a dar los primeros pasos vacilantes, en el acto caen a tierra.

Después de haber estado allí oímos el mandato de Dios de levantar las tiendas y partir, y después de algunos días, llegamos a Cades-Barnea. Cades-Barnea está en las fronteras de la tierra de Canaán, y allí la extensa pradera da lugar a la aridez del desierto de arena. En Cades miramos atrás, hacia Egipto, y adelante, hacia Palestina. A Cades llegaron los espías trayendo consigo cestos llenos de las frutas que habían encontrado en la tierra prometida, uvas, granadas e higos dulces y grandes. En Cades los inspeccionáis, los saboreáis, y decís: “Es una buena tierra”. Muchos de nosotros hemos estado en Cades. Nos hemos alojado en distintas Convenciones cristianas; y hombres que regresaban de la tierra de las promesas nos han dado, con discursos y libros, de las frutas admirables de ella, y hemos dicho: “Esto es muy bueno”. Pero allí nos hemos detenido, y en vez de cruzar la frontera y de ir a vivir en la tierra, nos hemos vuelto de nuevo al desierto.

¿Por qué se detuvo allí Israel? Porque no creyó a Dios. Pensó que Dios podría sacarle de Egipto, pero no pudo creer que Dios pudiera hacerlo entrar a Canaán. Creía en el

Dios del pasado, pero no podía creer en el Dios de cada momento. Tenía un corazón dañado por la incredulidad, y se apartaba del Dios viviente.

Tal vez creemos en el Calvario, pero no en la ascensión. Creemos en el Cristo que murió, pero no en el Cristo que se levantó de entre los muertos, y que vive eterno. Creemos en la conversión como un acto realizado, pero no tenemos idea de que Aquel que nos convirtió está dispuesto a toda hora para llevarnos al interior de la tierra de Canaán y conservarnos en ella.

Lo que significa el desierto

El desierto tiene tres símbolos: Primero, falta de quietud. El pueblo estaba redimido, pero no tenía reposo. Hay un capítulo en el libro de Números en el cual se lee que por treinta y tres veces el pueblo se movió en nuevas direcciones. Esa ha sido durante años nuestra vida: de aquí para allá, probando esta iglesia y aquella,

Cruzamos el Jordán cuando nos identificamos con la muerte de Cristo, y somos plantados con él en la semejanza de su muerte. Desde ese instante, penetramos a la tierra de Canaán.

tal ministerio y el otro; sin haber obtenido reposo en el Señor.

Segundo, significa descontento: allí murmuraron. Tal vez nuestra vida no es más que una constante murmuración. Hemos conseguido riquezas, amor, amables asociaciones, pero siempre hay algo que quisiéramos ver cambiado. ¡Descontentos! Si es verano, porque hace demasiado calor; si es invierno, porque hace demasiado frío. Si se tiene amor, se desea dinero; y si tenemos dinero, suspiramos por el amor. Si se retrocede o si se avanza encontramos motivo de constante murmuración y descontento. Esa ha sido nuestra vida como cristianos.

Tercero, significa nostalgia, deseo de lo que se abandonó. El pueblo había salido de Egipto, pero estaba siempre recordándolo. Nuestra vida es negativa. Nos encontramos fuera de Egipto, pero vivimos tan a lo Egipto como es posible. Y se recuerdan con sentimiento sus placeres, y se pasa revista a sus hechos. Se recuerda con placer sus pasiones y liviandades, y aunque estemos fuera de él, el corazón experimenta deseos de él.

Somos cristianos, pero cualquier hombre mundanal pasa mejor la vida que nosotros, pues éste nunca ha tenido la ventaja de dirigir una mirada a lo que nosotros hemos visto. Él vive contento; pero nosotros tenemos lo suficiente como para sentirnos desgraciados.

Cruzando el Jordán

¿Qué más? Venimos al Jordán. El poeta nos ha hecho comprender que

el Jordán significa muerte, la muerte del cuerpo; pero esto es una concepción falsa. En la expresión imaginativa de Dios, el Jordán queda como emblema de muerte, pero no de la muerte del cuerpo, sino de la muerte de la vida del yo. No creemos en el desarraigo definitivo del yo, pero sí creemos que llegamos a la cruz, al Jordán, y que colocamos la muerte de Cristo entre nuestra vida pasada y nosotros mismos.

Cruzamos el Jordán cuando nos identificamos con la muerte de Cristo, y somos plantados con él en la semejanza de su muerte. Desde ese instante, penetramos a la tierra de Canaán.

En Cades mirábamos de lejos, pero ahora estamos ya dentro de ella. Tal vez no tengamos la sensación de ello. Al despertar, creemos sentir gozo, pero no es así. Estamos tranquilos y sin emociones, pero no importa. Un hombre cruza en barco la línea del Ecuador sin darse cuenta de ello, porque esa línea está marcada en el mapa, pero no en el Océano, y se puede cruzarla sin saber. Sin haber experimentado sensaciones especiales, confiando que el Espíritu Santo hará evidente nuestro conocimiento del hecho, hemos pasado al Jordán, y estamos en la tierra prometida.

La tierra prometida

Y ¿cuál es la tierra prometida? La tierra prometida es Cristo. Canaán es Cristo. Él es la tierra de las promesas. Esas montañas son las montañas de su fortaleza. Esos valles representan su humildad; esos manantiales son su gozo; esos ríos son los símbolos de

su Santo Espíritu; esos tesoros son sus riquezas. Esa tierra ... ¡Oh contempladla! Toda es vuestra. Cristo está en nosotros, y nosotros en Cristo. Eso es el Paraíso.

Se prueba esto en Hebreos 3:14: "Somos hechos participantes de Cristo". El tercer capítulo de Hebreos es la experiencia de desierto; el cuatro es la posesión de Cristo; y el apóstol dice que nosotros, los que creemos, somos hechos participantes de Cristo. ¡Cristo en nosotros!, Cristo en torno a nosotros, Cristo en la gloria!

Meditemos más en esto. Lo primero que hay que hacer es ir a conocer la tierra. Recuerdo que cuando estuve en Chicago, alguien me dijo que una familia puede comprar u obtener del Gobierno una finca en el lejano Oeste. Recogiendo todo lo que poseen, el padre, la madre y los hijos se dirigen en caravana hacia la tierra adquirida. Al llegar se sientan en la casa que está en el límite de la propiedad, en tanto que el padre se aleja para inspeccionarla. Dejando a su esposa y a sus hijos, escala la montaña, y mira a un lado y a otro, a lo largo del río, a las lejanas cumbres, y siente que toda aquella extensión es suya. Camina de acá para allá; se dice a sí mismo: "Es una buena tierra". Vuelve a la casa y dice a su mujer: "Tenemos una gran posesión". Esto es lo primero que hace.

Lo segundo es esto: Toma algunas varas y estacas, cerca una parte, y empieza a cultivarla. Al año siguiente, hace avanzar las estacas, tomando más tierra y cultivando ya más. Y año tras año va adelantando las cercas, hasta que, al cabo de veinte años,

aquéllas han llegado a abarcar la extensión completa de su dominio, y lo cultiva ya todo.

Apliquemos esto ahora: Escalad conmigo esa montaña, la enseñanza del Espíritu Santo y ved primero el Salvador que hemos obtenido; y antes de terminar, tomaremos un poco de Cristo, y lo dejaremos aparte, como un potrero; y, segundo, iremos tomando de él. Mañana correremos la cerca más allá, tomando más de él y algo más al día siguiente, y más a la otra semana y más aun cada nuevo año. Sólo en la eternidad no tendremos necesidad de adelantar la línea de cultivo de Cristo hasta el límite de su plenitud, porque cuando hayáis llegado hasta el último extremo, todavía Cristo será eternamente más.

Lo que Cristo es

Veamos ahora lo que Cristo es. Abramos en 1ª Corintios 2:12: *“Para que sepamos lo que Dios gratuitamente nos ha dado”*. (Nuevo Testamento interlineal Griego-Español de Lacueva). Dicen que un conocido predicador, queriendo enseñar a sus hijos a estimar el honor, la verdad y la confianza, colocó sobre el paño de la mesa, en la sala de diario, dinero suficiente para el gasto de toda la familia. Si la esposa necesita, toma de allí; si los niños necesitan, toman de allí. Toda necesidad de aquella casa se suple con el tesoro colocado en aquella mesa. Así Dios ha puesto en Jesús todo lo que el alma puede necesitar, y nos dice: “Id y tomad de ello; todo está a vuestra disposición”.

¿Estáis en tristeza? En Cristo hay alegrías. ¿Estáis en tentación? En

Cristo hay socorro. ¿Estáis al final de vuestras fuerzas? En Jesús hay poder. Pero estas palabras son muy débiles aún, porque se pudiera pensar que Dios diera esto o aquello aparte de Cristo. Digámoslo con más precisión: tomáis de Cristo cualquier cosa que podáis necesitar, y él es la plenitud de vuestra necesidad, de vuestro deseo, de modo que sois bendecidos con todas las gracias espirituales en Cristo en bienes celestiales. Todo lo que podáis necesitar está en Cristo, y creemos que es hermoso el necesitar, a fin de que aprendamos a conocer todo lo que hay en Cristo.

Recordamos que cuando éramos niños nunca despertábamos tanto interés en nuestra madre como cuando estábamos tristes, decepcionados o enfermos. Creo que algunas veces fingíamos estar así, sabiendo que entonces nuestra madre hacía más por nosotros. Y así, cuando estáis debilitados y fatigados, cuando la fe ha retrocedido, cuando la fuerza se ha agotado y las esperanzas se han desvanecido, cuando todo en torno nuestro parece escapársenos, entonces es cuando llega el momento de Dios, que viene a decirnos: “Hijo mío, yo he puesto en Jesús todo lo que tu espíritu necesita”; y aunque, como Madame Guyon, tengamos que pasar diez años en la cárcel, Cristo será para nosotros amigo, y consuelo, y fortaleza, y satisfacción, y todo lo que podamos necesitar.

¡Ah, si se comprendiera bien lo que Cristo puede ser para el alma! Esos que han estado recurriendo a lo que se dejó en el pasado, creyendo

obtener paz y gozo en medio de eso, y que sólo reciben nuevos desengaños. ¡Ah, poder decirles que en Cristo encontrarán montañas, lagos, ríos, arroyos, tesoros, campos de trigo y olivares y, en una palabra, todo lo que el alma pueda requerir para sentirse bendecida. ¡Oh Espíritu de Dios! ¡Toma todo lo que hay en Cristo y revélalo al corazón que espera en él!

El modo de tomar de él

Juan dice que de su plenitud hemos recibido todos, y Pablo añade que los que reciben la abundancia de vida reinarán. ¡Recibir! ¿Sabéis cómo se recibe? Tal vez decís: “Supongo que usted quiere decir con eso que debo orar mucho”. No, señor, no quiero decir eso. Usted ha estado orando por mucho tiempo. Quiero que, en cierto sentido, dejéis la oración y que empecéis a tomar. Hay una diferencia inmensa entre orar por Cristo, y tomar de Cristo. Nos explicaremos mejor.

Hace algunos años estábamos en compañía del doctor Wilberforce, en Southampton, encontrándonos entonces en el primer flujo de nuestra rendición. Una noche él nos dijo: “Sentémonos en torno al fuego, y hablemos de nuestras vidas cristianas”. A mi turno, yo hablé como lo haría un recién convertido, de mi rendición a Cristo. Un anciano ministro que estaba en el otro lado del círculo, se puso en pie y empezó a hablar. Dijo que le sorprendía mucho que el Sr. Meyer no tuviera algo mejor que lo que había referido. Que al oírle hablar, se podría pensar que lo mejor que tenemos que hacer es dar, abandonar;

pero que su fe era contraria a eso, que ella consistía en tomar; tomar primero, y dar después.

Cuando se obtiene oro, se arroja la escoria; cuando se obtienen diamantes legítimos, se desechan los vidrios. Obtened a Cristo, y el mundo ya no tendrá atractivos para vosotros. Dadnos luz del sol, y para nada querramos la luz eléctrica. Dame la claridad del día, y para nada necesitare luces artificiales.

El anciano continuaba: “Una vez me sentía siempre vencido por mi mal carácter, y luché contra él. Un día, cuando enseñaba a cierto número de niños y rehusaban éstos a oír mi lección, yo llegué al extremo de mi fortaleza. Estaba a punto de olvidarme de mí mismo, cuando en aquel momento me volví a Cristo, diciéndole: “Cristo, sé tú mi dulzura de carácter”.

En vez de luchar contra el mal carácter, tomaba a Cristo como su paciencia, su humildad, su mansedumbre, su dominio de sí mismo. Al momento comprendí que aquel era mejor sistema; y recuerdo que cuando a la mañana siguiente el doctor Wilberforce bajó de su cuarto, me dijo: “¿Qué piensa usted de lo de anoche?” Le contesté: “Creo que marcará una nueva era en mi vida”. “Sí”, repuso él, “creo que también será así en la mía”.

Desde aquel momento, he tratado de vivir de esa manera; y al sentir que estaba en necesidad de algo, he dicho: “Cristo, sé esto en mí. Éste es el buen fruto de la tierra”.

¿Queréis hacer así? Jesús os ama. Jesús está cercano a vosotros. No me refiero tanto a la cruz, como a Jesús

que fue crucificado. No hablo tanto de la sepultura, como de Jesús, que se levantó de ella. No hablo tanto de la ascensión, como de Jesús, que ascendió. Él está siempre con todos nosotros. No es la santidad, sino Jesús, que es el Santo. No es la mansedumbre, sino Jesús, que es el manso. No es la pureza, sino Jesús, que es el puro. Jesús, ¡no ello, no una experiencia, no una emoción, no una fe, sino Jesús!

Habréis estado poco satisfechos de vuestra fe. ¡No penséis en eso! No contempléis vuestra fe; contemplad a Jesús, y tendréis fe sin notarlo. Habéis estado preocupados respecto de vuestros sentimientos: eso no vale nada. El sentimiento va y viene,

como un barómetro. No penséis en él, pero vivid como en la presencia de Jesús.

Almas: vosotras y Jesucristo estáis en pie frente a frente. Entregad-le todo vuestro ser a él y él os dará todo su ser a vosotras. Id a vuestra vivienda miserable, id a donde yace vuestro niño enfermo, id a los campos del dolor, del sufrimiento y de la tristeza: Él irá también con vosotros. Habéis logrado que el manantial brote junto a vosotros: no tenéis necesidad de ir a llenar vuestro jarro en alguna fuente extraña. Tenéis a Jesús en vuestros corazones, manantial que brota para vida eterna. ¡Oh, Alma: cuán rica eres tú que, pasando el Jordán, has entrado a la tierra de reposo!

* * *

Si Dios está en la zarza...

El evangelista Luis Palau suele recordar la bendición que significó para él escuchar a Ian Thomas compartir un devocional sobre el llamamiento de Moisés. Palau cuenta: "El señor Thomas nos preguntó durante la reunión: ¿Saben lo que Dios estaba tratando de enseñar a Moisés? Le estaba tratando de decir: "Moisés, cualquier zarza sirve, siempre y cuando Dios esté en la zarza". Seguidamente el predicador leyó Gálatas 2:20: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí".

La clave de todo el mensaje estaba allí, y el Espíritu Santo lo hizo claro en mi corazón". Ese mensaje produjo una revolución en el evangelista. Cesó la esterilidad en su servicio, y desde ahí comenzó a haber fruto.

Citado en Latinoamérica y las misiones mundiales

Apuntando al cielo

Si uno lee la historia, descubre que los cristianos que más hicieron por el mundo presente fueron precisamente aquellos que más pensaron en el mundo venidero. Desde el momento en que los cristianos han dejado de pensar en el otro mundo se han tornado ineficaces en éste. Apunta al cielo y ganarás la tierra. Apunta a la tierra y no ganarás ni lo uno ni lo otro.

C. S. Lewis, en La conducta cristiana

Miqueas

A. T. Pierson

Palabra clave: Controversia

Versículo clave 6:2

Miqueas habla tanto a Samaria como a Jerusalén, pero habla principalmente a Judá. Como en toda profecía genuina, a través del juicio surgen bendiciones futuras. La controversia del Señor con su pueblo redunda en infinita misericordia. Belén, la pequeña, es preferida a Jerusalén, madre de todos, para servir de cuna para el Mesías. El profeta retrata en tonos inigualables el carácter de Dios, que pasa sobre los pecados al punto de lanzarlos a lo profundo del mar (Miq. 7:10-20; Ex. 12:23; 14:27).

Miqueas fue contemporáneo de Isaías y de Oseas. El periodo de su vida se ubica entre 756 y 699 antes de Cristo. Los pecados que reprendía eran el resultado de la idolatría desenfrenada cometida en los tiempos de Acáz. La ruina de los dos reinos y sus capitales sería seguida por el retorno del remanente, la restauración del estado judío y el reino del Mesías. La palabra «Oíd» marca las divisiones del libro.

Divisiones:

1. Miqueas 1-2: Visitación divina a Israel y Judá.
2. Miqueas 3-5: La denuncia del pecado y la gracia de los últimos días.
3. Miqueas 6-7: La controversia y el perdón de Jehová.

La necesidad de revelación

Toda obra que realicemos, por pequeña que sea, debe hacerse según el modelo del monte. Esto es, según la revelación que Dios nos ha hecho de su propósito y plan eternos. Esta revelación tiene que ver no sólo con la predicación del evangelio, sino, sobre todo, con la edificación de la iglesia.

Howard G. Hendricks, en Dilo con amor

ESTUDIO BIBLICO
2ª Epístola de Juan

A black and white photograph of a still life arrangement. In the foreground, a glass bowl is filled with various fruits, including pears and apples. To the right of the bowl is a white ceramic mug with a floral pattern. Behind the mug is a stainless steel electric kettle. In the background, there are two whole lemons and a small pile of nuts on a light-colored surface. The background wall is made of light-colored tiles.

Viendo a Cristo en la comunión: amor y verdad

Stephen Kaung

Lecturas: 2ª Juan 1-13.

La segunda y tercera cartas de Juan fueron los últimos escritos de todo el Nuevo Testamento. Ellas fueron escritas probablemente entre 95 y 98 d. de C., casi al final del primer siglo. No fueron en-

viadas a una iglesia en especial, sino a personas individuales.

Sabemos que el propósito de Dios es, por naturaleza, corporativo, colectivo. Sin embargo, a causa del fracaso de la gran mayoría, Dios llama a los

vencedores. A través de esos vencedores individuales, de ese grupo de personas que responden al llamado de Dios, él va a realizar todo aquello que él mismo se ha propuesto realizar por medio de la iglesia.

El tema de las cartas de Juan es la restauración. Por tanto, vamos a descubrir que Juan, al escribir su segunda y tercera cartas a individuos y no a iglesias, está actuando en conformidad con el principio de la restauración.

El escritor no menciona su nombre, y se refiere a sí mismo como «el anciano». Hay diferentes opiniones con relación a la palabra ‘anciano’ utilizada aquí. Algunos consideran que se refiere a una persona de edad. Otros afirman que, en este contexto, alude a un anciano de la iglesia. Sin embargo, yo pienso que no alude a un anciano de la iglesia, pues éste sólo es responsable por aquellas personas que forman parte de la iglesia local específica donde él actúa. El autor de esta carta se dirige a alguien que no pertenece a la misma iglesia local en la cual él se congrega, pero se percibe que él hace uso de autoridad por el modo en que escribe. Por esta razón, creo que la palabra anciano aquí se refiere simplemente a un hombre de edad avanzada, sabio, experimentado en el Señor, respetado por su espiritualidad, y que posee una larga historia con el Señor. Él escribe a esa señora, aconsejándola, animándola y advirtiéndola.

La mayoría de los estudiosos de la Biblia cree que el escritor de esta carta es el apóstol Juan. Entre los escritos de Juan, sólo en Apocalipsis

aparece su nombre explícito. En su evangelio, él no menciona su propio nombre. En Juan 13:23, sin embargo, escribe: «...uno de sus discípulos, al cual Jesús amaba...». Todos sabemos que se refiere al propio apóstol Juan, el autor del evangelio.

La primera carta de Juan tampoco menciona su nombre; mas todos concuerdan que fue escrita por el apóstol Juan, el mismo autor del evangelio. Al comparar el evangelio con esa primera carta, se percibe una semejanza tan grande que sólo resta concluir que ambos fueron escritos por una misma persona. El estilo, la manera de tratar los asuntos es la misma, así como las expresiones utilizadas. Asimismo, la convicción con que fueron escritos es idéntica. Todo indica, por tanto, que una misma persona escribió el evangelio y la primera epístola.

De igual forma, la segunda carta de Juan es muy semejante a la primera, de modo que no hay alternativa sino concluir que también fue escrita por el apóstol Juan.

Sin embargo, es interesante observar que Juan no inicia su carta diciendo: «Carta del apóstol Juan a la señora elegida». Siendo un apóstol, él podría iniciarla de esa forma; pero no lo hace. Al contrario, se refiere a sí mismo simplemente como «el anciano». En eso podemos la humildad de Juan – la humildad de Cristo. En lugar de usar su autoridad espiritual, él escribió como un anciano, como alguien que había recibido mucho del Señor, y esta es una evidencia más de que Juan el apóstol es el autor de esta carta.

La señora elegida

¿Quién es la señora elegida a quien escribe Juan? Hay diferentes opiniones al respecto. La palabra señora, en griego, es *kuria*. La palabra hebrea correspondiente es la palabra *marta*, que significa señora, ama. Marta era un nombre muy común en esa época. La palabra *señora* puede referirse a una dama llamada Kuria, o ser simplemente un título, o sea, una ama, una señora de carácter noble, conocida y respetada por los demás.

Otros piensan que la palabra *señora* se refiere a la Iglesia universal. En 1ª Pedro 5:13, leemos: «*La iglesia que está en Babilonia, elegida...*». Sabemos que Pedro, en este versículo, se refiere a la iglesia en Babilonia. A causa de eso, algunos eruditos piensan que, así como Pedro se refería a una iglesia local llamándola elegida, Juan estaría también aquí dirigiéndose a una iglesia local, toda vez que una figura femenina es utilizada a menudo para representar a la iglesia.

Con relación a esta cuestión, alguien hizo de manera muy apropiada la siguiente afirmación: Sin duda alguna, el escritor de esta carta podría haber mencionado su propio nombre y también el nombre de la persona a quien le estaba escribiendo, ¡pero no lo hizo! En forma intencional y deliberada, omitió los nombres. Esto nos lleva a pensar que debió haber un motivo para ello.

Una de las probables razones es que ellos estaban viviendo una época de persecución, y mencionar nombres podría ser peligroso. No obstante, aunque los nombres hayan sido

omitidos, es evidente que el autor de la carta sabía quién era la destinataria. Además, es de vital importancia recordar que, aunque desconozcamos al autor y al destinatario, la carta es parte de las Escrituras, y todo lo que en la Biblia está escrito, fue escrito para nosotros por el Espíritu de Dios. Por tal razón, creemos y aceptamos que Dios escribió esa carta dirigida a nosotros, no sólo como individuos, sino también colectivamente, como iglesia.

La iglesia al final del primer siglo

Para comprender esta carta, necesitamos entender algunas cosas acerca de la iglesia en aquella época. Recordemos que la segunda carta de Juan fue escrita ya en la parte final del primer siglo. Tras la muerte, resurrección y ascensión del Señor Jesús, desde el día de Pentecostés hasta la época en que la carta fue escrita, había pasado la primera generación de cristianos, y ya había una segunda y tercera generaciones.

En un intervalo de aproximadamente treinta años después de la ascensión del Señor, en los años 62 ó 63, el evangelio había sido predicado desde Jerusalén hasta Judea, Samaria, y hasta los confines de la tierra, esto es, Roma. Después de eso, aun pasaron cerca de otros treinta años, y es muy probable que la iglesia de este periodo ya estuviese en su segunda o tercera generación.

La primera generación ya había partido, y el anciano que escribió la carta pertenecía a la primera generación. Este hombre aún estaba vivo. Se sabe que el apóstol Juan fue el último

de entre los doce apóstoles en morir. Su vida se extendió pasados los noventa años. Él era parte de la primera generación y ahora estaba escribiendo para la segunda y tercera generación de creyentes.

En la primera generación, las personas tienen una visión, recibida directamente de Dios y, por tanto, no siguen tradiciones. Son los pioneros del camino celestial, ellos ofrecen sus vidas para que se cumpla en ellas el propósito de Dios, y pagan un altísimo precio por su obediencia a la visión que les fue concedida.

En la primera generación, todo es vivo, real, fresco; hay vida y poder. Entonces, la visión recibida es pasada a la segunda generación, y se torna una tradición. La segunda generación no tiene aquella revelación directa de Dios, sino una revelación 'de segunda mano'. No tienen, en verdad, revelación; ellos guardan una tradición. Externamente, no hay diferencia, son exactamente iguales. Sin embargo, hay una gran diferencia, pues no hay aquella revelación interior.

La forma externa se mantiene inalterada, pero la realidad interna ya no está presente, y a causa de ello, el testimonio empieza a debilitarse. Hay una buena tradición, aun correcta y ortodoxa; no obstante, aunque esté de acuerdo con las Escrituras y sea correcta, deja algo que desear. Y al llegar a la tercera generación, el nivel es aún más bajo. Esta era la situación en que se encontraba la iglesia en la época en que Juan estaba escribiendo.

El cristianismo ya había vivido su primera y segunda generaciones, y

una tercera estaba arribando. En ciertas ocasiones, hubo persecución, pero el verdadero peligro para la iglesia en aquella época fue el surgimiento y penetración de falsas enseñanzas. Siempre que la realidad interna se debilita, las falsas enseñanzas y las falsas doctrinas encuentran un modo de penetrar e influenciar a la iglesia.

Cuando la iglesia está bajo la luz de la revelación y la visión, cuando ella tiene la realidad espiritual, cuando existe aquel relacionamiento vivo con el Señor, es muy difícil que las falsas enseñanzas y doctrinas engañosas, aun de modo sutil, entren en la vida de la iglesia. Sin embargo, cuando la iglesia está debilitada y la comunión es confusa, el enemigo tratará de infiltrarse con todo tipo de falsas enseñanzas, y eso, obviamente, debilita aún más el testimonio de la iglesia.

El ministerio de Juan

El ministerio de Juan es un ministerio muy particular, pues es el ministerio de la restauración. Juan estaba remendando las redes cuando fue llamado por el Señor. Las redes, por el uso, reventaban en varios puntos, de modo que después de haber sido utilizadas, era necesario repararlas y reforzarlas en diferentes lugares, para que pudiesen ser utilizadas de nuevo. Esto describe a la perfección el ministerio del apóstol Juan. Juan fue el hombre utilizado por Dios para reparar las redes, colocar remiendos y refuerzos donde era necesario, a fin de que el testimonio de Jesús fuese restaurado.

Al ejercer su ministerio, Juan va a

guiarnos continuamente a los orígenes; él siempre intentará hacernos retornar a lo que es esencial, al fundamento. ¡Él va a conducirnos de vuelta a la vida! Porque, ¿qué es más esencial, más básico y primordial que la vida misma? Por esta razón, al estudiar el ministerio de Juan, vemos que es el ministerio de la vida. Cuando todo parece estar errado, es de vital importancia que la vida sea enfatizada nuevamente, y es exactamente por ese motivo que Juan siempre regresa a esta cuestión básica, al principio de todo, la vida.

¿Qué es la iglesia? El inicio de la iglesia es la vida, y esta vida precisa permanecer hasta el fin. Si no hay vida en la iglesia, ella dejará de existir. Podrá permanecer la estructura, pero no habrá contenido alguno, no habrá realidad dentro de esa estructura. La vida es la comunión, y la comunión es comunión de vida. Si hay vida, obligatoriamente habrá comunión. Si no hay vida, no habrá comunión alguna. Por eso, el apóstol Juan, en todos sus escritos, nos conduce siempre de retorno a la vida y a la comunión.

Confusión en la comunión

El evangelio de Juan es el evangelio de la vida. Y el tema de sus tres epístolas es la comunión, pero la comunión está basada en la vida. Por lo tanto, Juan está intentando conducir a las personas de retorno a la realidad de la vida y la comunión.

Siempre que hay problemas con la vida, habrá problemas con la comunión. Cuando Juan escribe esta carta, había confusión con respecto a

Cuando la iglesia está debilitada y la comunión es confusa, el enemigo tratará de infiltrarse con todo tipo de falsas enseñanzas, y eso, obviamente, debilita aún más el testimonio de la iglesia.

la comunión. En otras palabras, los creyentes en aquella época no sabían realmente lo que era la comunión. No sabían quién debería ser incluido en la comunión, ni quién debería quedar fuera. Había una enorme confusión entonces, y yo pienso seriamente, amados hermanos, que nosotros tenemos hoy este mismo problema. En el pueblo de Dios, de hecho, nosotros no entendemos lo que es la verdadera comunión. No sabemos a quién debemos recibir en comunión, ni sabemos quién debe ser rechazado. ¡Qué gran confusión tenemos hoy en día!

¿Qué es la comunión? Algunos piensan que la iglesia organizada es la iglesia de hecho, y que la iglesia no organizada son 'grupos de comunión', o comunidades. Ellos llaman iglesia al Cristianismo oficial, y llaman grupos de comunión a los diversos grupos procedentes del cristianismo tradicional. ¿Es éste el concepto de comunión? Algunas personas pre-

guntan: '¿Por qué ustedes se llaman comunidades (grupos de comunión) y no iglesia? ¿Es porque ustedes no tienen una estructura organizacional?'. ¿Será ese el significado de la comunión?

Hay todavía aquellos que están más equivocados y piensan que la comunidad es algo menor que la iglesia. En la iglesia en Corinto, había aquellos que pertenecían a la comunión de Pablo, otros a la comunión de Apolos, otros a la comunión de Pedro. ¡Eso está errado! La palabra comunión significa, en verdad, aquello que la iglesia hace cuando está actuando.

La iglesia es una comunión y la comunión es la iglesia. Ambas son una misma cosa. Si hay iglesia, obligatoriamente habrá comunión; si hay comunión, habrá iglesia. Hay solamente una iglesia; hay solamente una comunión. La esfera de acción de la iglesia se extiende exactamente hasta donde alcanza el campo de acción de la comunión. O sea, la iglesia es tan grande como la comunión.

¿Qué es la iglesia? Son aquellos que fueron llamados fuera del mundo, reunidos en torno al Señor. Dios nos llamó de entre todas las naciones, tribus, lenguas y pueblos, y nos juntó, nos congregó en torno al nombre del Señor Jesús. «*Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones*» (Hech. 2:42). La comunión de los apóstoles no es otra cosa sino la comunión del Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, y la comunión de nuestro Señor Jesucristo no es otra cosa sino la comunión del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo.

Hay una comunión solamente, y esta comunión del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo es extendida a toda la humanidad. Dios nos llamó a participar de la comunión de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, para que podamos compartir con él lo que él es.

La palabra comunión significa participación en común. En verdad, es el Señor quien comparte todo con nosotros. Nosotros no tenemos nada para compartir con él. Todo lo que podemos llegar a tener para compartir con él es porque, de alguna forma, habíamos recibido de él con anterioridad. Él es tan lleno de gracia que se dispone a compartir todas las cosas con nosotros. Él es el Hijo de Dios, y aun así, él comparte con nosotros su propia vida.

Principios que rigen la comunión

Cuando Juan el anciano escribe su carta, él dice: «...*a quienes yo amo en la verdad*». Este hombre de edad avanzada amaba en verdad a la señora elegida y a sus hijos. Pero no dice sólo eso, sino que continúa: «...*a quienes yo amo en la verdad; y no sólo yo, sino también todos los que han conocido la verdad*».

Al leer esta carta, descubrimos dos palabras claves: amor y verdad. Aunque no sea una carta extensa, y tenga apenas trece versículos cortos, la palabra *amor* aparece cinco veces, en tanto que la palabra *verdad* es usada cuatro veces. Así, podemos comprender que Juan quiere, de manera vívida y enfática, hacernos entender los dos principios que gobiernan la comunión: el amor y la verdad.

Tú no puedes tener comunión en la verdad sin tener comunión en amor. Eso te haría riguroso, áspero, frío y exclusivista. De igual forma, no puedes tener comunión en amor sin tener comunión en la verdad. Eso te haría ser demasiado liberal, tratando de incluir a todo el mundo, pero tu comunión será demasiado débil, diluida. La verdadera comunión debe ser tanto en la verdad como en amor en igual medida.

Aquello que Dios unió no debe separarlo el hombre. Sin embargo, nuestro problema es que siempre estamos intentando separar el amor de la verdad. Nosotros pensamos que, si tenemos amor, no tendremos la verdad. O al contrario, pensamos que si tenemos la verdad, no podremos amar. Por ejemplo, si tú tratas de amar a todos y a todo, ¡amarás incluso el pecado! Serás tolerante con el pecado, serás indulgente con todos, porque quieres ser amoroso; serás incapaz de disciplinar a nadie, ni aun usar de severidad cuando fuese necesario.

Nosotros pensamos que, si queremos amar, no tendremos la verdad al mismo tiempo. Por otro lado, si deseamos ser fieles a la verdad, pensamos que no podremos amar. Queremos permanecer firmes en la verdad, creemos que tenemos que luchar por ella. Pero si piensas que tienes que luchar por la verdad, acabas ofendiendo a unos y pisoteando a otros. Esto es lo que ocurre humanamente. Si tenemos la verdad, no podemos tener el amor. Es imposible para el hombre. O tú tienes la verdad, o tienes el amor.

Amor

El problema en este caso es el concepto de amor y de verdad que nosotros tenemos. Aquello que llamamos amor no es amor verdadero, y lo que llamamos verdad, no es, de hecho, verdad. La palabra usada por Juan en esta carta no es la palabra griega *phileo*, que significa amistad o afecto. Los seres humanos tenemos afectos, y no hay nada errado en eso; al contrario, el afecto natural es algo que nos fue concedido por Dios. Pero sabemos que los sentimientos, el afecto natural, la amistad, son cosas limitadas, que dependen fuertemente de las circunstancias.

¿Por qué dos personas se hacen amigas? En la mayoría de las veces, porque ambas tienen un temperamento semejante, comparten los mismos intereses, y por eso se atraen mutuamente, les gusta estar juntas y conversar. ¿Por qué razón sientes afecto por otra persona? Es porque la otra persona es amable, concuerda contigo y, en general, piensa y actúa del mismo modo que tú. A causa de eso, ustedes se hacen amigos; tú sientes afecto por esa persona.

Es ese el amor *phileo*. Pero el amor del cual habla el anciano no es *phileo*, sino el amor *ágape*. *Ágape* es la palabra griega que significa amor divino, un amor que no se centra en el interés propio, un amor no egoísta. Es un amor que viene del interior, y por eso, no influenciado por las circunstancias externas.

Dios es amor. Él nos ama, no porque somos amables, ni porque nos amamos o tengamos algo en nosotros mismos que nos haga atractivos. Él

nos amó porque él es amor. Él simplemente ama. No importa quién seas, ni cómo estés, Dios te ama. Sea cual sea la condición en que te encuentres, ella no tendrá ninguna influencia en el amor de Dios hacia ti. Ese es el significado de la palabra *ágape* utilizada para expresar ese amor absoluto, no egoísta, que toma la iniciativa y permanece siempre invariable.

La verdad

A veces, nosotros luchamos por la verdad. En la historia de la cristiandad, las luchas más encarnizadas entre los creyentes no fueron por causa de la falsedad, sino por causa de la verdad. Con mucha frecuencia, nosotros entramos en conflictos por causa de la verdad, y muchas veces contendemos seriamente.

Es posible que eso ocurra aun en el matrimonio. El marido se pelea con la esposa, por ejemplo, y el desacuerdo puede llegar a tal nivel que ellos ya no desean hablarse. Hay ciertas áreas de conflicto en algunas parejas en que la divergencia es tan grande que les impide aun conversar sobre determinados asuntos. Cada uno defiende una verdad diferente.

Sin embargo, lo que está ocurriendo en esos casos es que aquello que nosotros llamamos verdad no son verdades, sino interpretaciones. La verdad es única, pero puede haber muchas interpretaciones. Nosotros luchamos unos contra otros porque creemos estar luchando por la verdad, cuando en realidad estamos sólo defendiendo una interpretación. Si estuviésemos realmente tratando con

la verdad, no habría contienda alguna, pues hay sólo una verdad. Por otro lado, si estamos tratando con interpretaciones, habrá, sin duda, motivo para luchas y contiendas. Es por ese motivo que estamos divididos.

¿Qué es la verdad? Cristo dice: «*Yo soy la verdad*». ¿Está Cristo dividido? ¡Claro que no! Entonces, ¿por qué razón parece que la verdad causa división entre nosotros? ¡No es por causa de la verdad, sino a causa de nuestras interpretaciones! Hermanos, los principios de la comunión son el amor y la verdad. Es el amor *ágape*, el amor de Dios, que nos capacita a amar a los demás.

¿Qué es la verdad? Es el mandamiento que recibimos de parte del Padre (1ª Juan 3:23). La verdad es Cristo. Nosotros creemos en el Señor Jesús, en su persona y obra, y porque creemos en él, guardamos sus mandamientos, nos amamos unos a otros. La comunión está basada en la verdad y en el amor.

Ánimo

«*Mucho me regocijé porque he hallado a algunos de tus hijos andando en la verdad, conforme al mandamiento que recibimos del Padre*» (2ª Juan 4). Él estaba intentando eliminar la confusión que había aparecido con respecto a la comunión. Sin embargo, empieza enfatizando el aspecto positivo.

Muchas veces, cuando enfrentamos la herejía o la falsedad, nos involucramos tanto con el aspecto negativo, que llegamos a perder nuestro propio equilibrio, y de alguna manera también nos apartamos de la verdad. No obstante, de acuerdo con

las Escrituras, siempre que queramos luchar contra la falsedad o la herejía, el mejor método consiste en mostrar la verdad, enfatizar la verdad, de modo que aquello que es falso quedará expuesto.

Amados hermanos, es muy interesante observar que en esta carta tan breve nos es mostrado algo acerca de la condición de los creyentes en la vida de la iglesia del primer siglo. No sabemos mucho acerca de la iglesia de ese tiempo, pero esta carta nos da algunas informaciones al respecto.

El versículo recién citado nos muestra una familia cristiana. Es probable que aquella señora fuese una viuda con muchos hijos, algunos de los cuales ya no vivían con ella, pero continuaban andando en la verdad. Ellos habían sido entrenados y criados en disciplina y amonestación del Señor y, a causa de eso, aun después de haber crecido y salido de su hogar y residiendo en otro lugar, continuaron andando en la verdad, siguiendo al Señor con fidelidad y amor.

Todo esto nos da a entender que, en los primeros años de vida de la iglesia, los hogares eran edificados en Cristo. Esto es algo que necesitamos aprender hoy. Necesitamos instruir a nuestros hijos en el conocimiento del Señor, con el amor de Cristo, con la verdad que hay en Cristo, de modo que nuestros hijos permanezcan en él y avancen en aquello que han aprendido, aun cuando ya no estén con nosotros y tal vez residiendo en un lugar distante.

Eso es algo raro en nuestros días. A menudo, no es eso lo que ocurre en las familias cristianas. Mientras los

hijos están viviendo con sus padres, aparentan ser verdaderos cristianos, pero cuando se van a vivir lejos de los padres, dejan de vivir lo experimentado en casa. No hay solidez, no hay un fundamento real, no hay estabilidad. Pero sabemos, a través de esta carta, que existía esa estabilidad en la iglesia del primer siglo. Aunque habían pasado dos generaciones, en la tercera aún permanecía ese fundamento, y aquello era de gran alegría para el anciano.

Por otra parte, si la señora elegida se refiere a la iglesia, los hijos de ella son los jóvenes de la iglesia, y el apóstol está diciendo que había en la iglesia un buen fundamento, había solidez. Aunque algunos de ellos se hubiesen mudado a otras localidades a fin de estudiar o trabajar, ellos permanecieron en la verdad, continuaron andando en la verdad, siguiendo y amando al Señor.

En nuestros días, debemos tener el máximo de cuidado con esto, pues los jóvenes entre nosotros deben ser enseñados de tal modo que lleguen a ser cristianos edificados sólidamente en el amor y en la verdad. Si así ocurre, no se perderán en el mundo; por el contrario, no importa dónde estén, ellos continuarán en comunión, andando en amor y en verdad. Pienso que eso es algo tremendo.

Permanecer en la comunión

Luego, el escritor anima a la señora con estas palabras: «*Y ahora te ruego, señora, no como escribiéndote un nuevo mandamiento, sino el que hemos tenido desde el principio, que nos amemos unos a otros*» (v. 5).

En el primer siglo, la iglesia se reunía en las casas, no en templos o locales de reunión como sucede hoy. Algunos ofrecían sus casas para que allí se realizasen las reuniones. Es muy probable que esa viuda haya abierto su casa para que el pueblo de Dios tuviese comunión y disfrutase de su hospitalidad, pues eso era común en aquella época. Sin embargo, ella necesitaba ser alentada, pues había entrado una gran confusión en la iglesia en relación con la comunión.

Cuando la iglesia comienza a perder su vigor, su vida espiritual, el amor de muchos se enfría. Empiezan a ocurrir muchas cosas inusitadas, y es natural pensar que ya no es posible amar. Sentimos que, si estamos amando en medio de tantas cosas erradas, estaremos de alguna forma haciendo concesiones y apartándonos de la verdad. Es una reacción natural.

Es por eso que el escritor trata de animarnos. Él está diciendo que no importa cuánta confusión esté apareciendo, no importa cuánta o anormalidad estemos viendo en derredor,

Tú eres nacido de Dios, tu hermano es nacido de Dios; por tanto, no importa quién o qué sea él, tú lo amas y él te ama. Nos amamos porque la vida, Cristo, está en ambos.

nosotros debemos seguir manteniendo la comunión en amor y en verdad. No permitas que aquellas cosas que acontecen a tu alrededor te aparten de la comunión en amor y en verdad. Creo firmemente que nosotros, hoy día, necesitamos de esta exhortación.

Falsas enseñanzas

Después que el anciano anima a la señora a permanecer en la comunión en amor y en la verdad, él habla del aspecto negativo. Sin embargo, antes de considerar esto, necesitamos saber un poco más acerca del contexto histórico de esta carta.

Ya mencionamos que, en los primeros años de vida de la iglesia, ellos se reunían por las casas. Pero eso no es todo. Tampoco tenían un pastor que viviese en el local de reunión. Ese tipo de sistema pastoral se desarrolló con posterioridad. En el principio, todos los creyentes eran sacerdotes, todos servían al Señor. Dios da algunos apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros para la iglesia universal. Éstos visitan las localidades ministrando a las congregaciones con el fin de perfeccionar, conducir a la madurez y equipar a los santos para que éstos puedan edificarse a sí mismos juntos en amor. Eso es lo que encontramos en las Escrituras. Ellos no iban construyendo su propio dominio ni edificando su propio reino, como acontece hoy. Ellos edificaban la iglesia de Dios, la iglesia de Cristo.

En aquella época, la iglesia no era extremadamente organizada, ni es la voluntad de Dios que la iglesia sea en extremo estructurada. Por tanto,

aquellas comunidades tenían sus puertas abiertas, y recibían a cualquiera que viniese en nombre del Señor. Sin embargo, empezaron a surgir problemas. Aparecieron falsos maestros, falsos profetas, con enseñanzas erradas, que se aprovechaban de la sinceridad e inocencia de los creyentes. Ellos decían haber sido enviados por el Señor, los hermanos les daban la bienvenida, y estos falsos maestros y profetas comenzaban a introducir sus enseñanzas falsas.

Había surgido un problema: ¿Cómo se podría administrar aquella situación? ¿Cómo ejercer un control en ese caso? ¿Se podía simplemente cerrar las puertas a toda visita?

Si eres parte de un grupo que tiene una estructura muy organizada, resolver el problema es muy simple: basta con dar libre acceso sólo a aquellos que pertenecen a tu organización. Todo el que no es miembro de ella no puede entrar y ministrar. De ese modo, es fácil. Pero si tú no eres parte de una organización de ese tipo, si hay total apertura, cualquiera puede entrar, aprovecharse y desviar a toda una iglesia, pues los cristianos son muy sinceros, ingenuos, inocentes y amorosos. Este es un asunto muy serio.

Al estudiar el evangelio de Juan, descubrimos que Juan, en lo profundo de su corazón, estaba luchando contra la falsa doctrina que negaba la divinidad de Cristo. Ya en aquella época, había maestros y profetas falsos. Aquella era una herejía muy peligrosa, y por esta razón Juan escribió su evangelio. Incluso en nuestros días, muchos enseñan que el Señor

Jesús es sólo un hombre, afirmando que él no es Dios.

¿A cuál enseñanza falsa se refiere el apóstol en esta segunda epístola? En la época en que él la escribió, el problema era exactamente opuesto. Aparecieron personas afirmando que Jesús es sólo Dios, y que en él, por lo tanto, no había nada de humano. De acuerdo con eso, Dios jamás se había encarnado.

Y no sólo eso, había penetrado en la iglesia la falsa enseñanza del gnosticismo. Según el gnosticismo, la materia era mala en sí misma, y por eso, ellos enseñaban que el cuerpo es malo, y preguntaban: '¿Cómo era posible que Dios se hubiese unido con algo que es malo?'. De esa manera, negaban que la encarnación hubiese ocurrido. El cuerpo del Señor Jesús, según los gnósticos era irreal, un cuerpo ilusorio. Ellos negaban que el Señor Jesús vino en carne; no creían en Su humanidad.

Las herejías que encontramos en la cristiandad hoy, en su gran mayoría, están centradas en la persona y la obra del Señor Jesús. Ellas se presentan de diferentes maneras. Pero esto no es meramente una cuestión de tener diferentes interpretaciones. Nosotros tenemos diferentes interpretaciones acerca de aquello que llamamos verdad, pero cuando nos referimos a la fe básica en la persona y obra de nuestro Señor Jesucristo, ya no es sólo de una cuestión de interpretación. Es una cuestión de verdad y falsedad. Y en eso consiste, de hecho, la falsa enseñanza.

Algunos visitaban las iglesias proclamando haber avanzado en el

desarrollo de la fe, haciendo que ésta se volviese más aceptable desde el punto de vista intelectual. Sin embargo, haciendo esto, destruían el fundamento mismo de la fe y de la comunión. En ese contexto histórico, esta epístola nos muestra cuáles son las personas a las cuales podemos recibir, y a quienes no debemos recibir para enseñar.

La base para la comunión

«*Por tanto, recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios*» (Romanos 15:7). ¿Cómo nos podemos recibir unos a otros? Del mismo modo como Cristo nos acogió. Él nos recibió por causa de su amor *ágape*, y no por el hecho de que fuésemos amables o porque amamos. Él nos recibe, porque nos ama.

Cristo nos recibe en verdad. Él no va simplemente a amarnos y a decirnos: 'No importa si has pecado o no; todo está bien, no hay problema alguno, yo te amo'. ¡No es así! Él nos recibe en verdad, porque él entregó su vida por nosotros. «*Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él*» (2ª Cor. 5:21).

La manera en la cual él nos recibe es en amor y en verdad. El Señor dice: «*...recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió*». Debemos recibirnos unos a otros en amor, porque nuestros hermanos son nacidos de Dios. Tú eres nacido de Dios, tu hermano es nacido de Dios; por tanto, no importa quién o qué sea él, tú lo amas y él te ama. Nos amamos porque la vida, Cristo, está en ambos.

Tenemos que recibirnos unos a otros en verdad. La verdad es la persona y la obra de nuestro Señor Jesús. Nosotros creemos que él es el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Creemos que él vino en carne; el Verbo fue hecho carne. Esa es la verdad, y es de ese modo que debemos recibirnos unos a otros.

Y este es también el mismo principio por el cual debemos orientarnos para recibir a alguien en nuestra comunión. No debemos recibir a nadie que no esté en amor ni en verdad. La comunión es la participación en algo común, y lo que nosotros tenemos en común es Cristo.

Si alguien no tiene a Cristo, no es nacido de Dios. Si esa persona no cree que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente, ni cree que él haya venido en carne, no hay verdad en ella. Por tanto, si no hay verdad ni amor, no hay nada en común, y por eso, Juan dice: «*...no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido!*». Esta es una cuestión muy seria.

Hermanos, ustedes podrían pensar que tal actitud es contradictoria al amor o contradictoria a la verdad. Pero no nos debemos engañar. Nosotros sólo podemos recibir en comunión a aquellos con quienes tenemos en común la persona de nuestro Señor Jesucristo.

Los falsos maestros rechazaban al Hijo, y rechazaban, por tanto, al Padre, y a causa de eso, no había nada en común. La luz no tiene comunión con las tinieblas, la verdad no tiene comunión con la falsedad, y esa es la línea de separación.

El hecho de que no debemos reci-

bir a determinadas personas en comunión no significa que debemos rechazarlos. De ninguna manera. Debemos amar a las personas que no conocen al Señor, debemos compartir la verdad con ellas y hablarles acerca del Señor Jesús, para que ellas puedan ser acogidas en la comunión de la iglesia. Mientras ellos no estén en el amor y en la verdad, no estarán en la comunión, pero nosotros debemos alcanzarlos por el amor y por la verdad y traerlos a la comunión.

Otro aspecto a considerar se refiere a aquellas personas que interpretan ciertas verdades bíblicas en forma diferente a nosotros. No debemos dejar de recibir a alguien simplemente porque no tiene el mismo punto de vista nuestro en relación a una interpretación de la verdad en la Biblia.

Recuerda esto: No rechaces a las personas que parecen sostener falsas enseñanzas, pero que en realidad no conocen bien la verdad y nunca han sido realmente enseñadas en la verdad. No debemos incluirlas en la categoría de falsos maestros; ellas necesitan ser ayudadas a descubrir la verdad.

Tenemos que mantenernos distantes de aquellos 'profesionales' que dicen tener más luz, afirmando poseer verdades más profundas. Tales

personas no pueden ser bienvenidas, pues si lo hacemos nos volveremos víctimas de sus obras malignas. Eso es algo muy peligroso. No pienses que puedes mezclarte con ellas sin contaminarte, sin corromperte.

La historia nos habla acerca de algunos creyentes que intentaron mezclarse con ellos. Aquellos creyentes amaban al Señor profundamente, y sin embargo empezaron gradualmente a desviarse del Señor, porque el raciocinio humano es muy poderoso. Juan está enseñándonos el modo por el cual nos podemos mantener apartados de aquellos que propalan falsas doctrinas, de modo que la iglesia y el testimonio sean preservados puros.

Y finalmente, el anciano escribe: *«Tengo muchas cosas que escribiros»,* esto es, él aún deseaba tener más comunión con ellos, *«pero no he querido hacerlo por medio de papel y tinta, pues espero ir a vosotros y hablar cara a cara...»*. A pesar de los problemas que involucra la comunión, nosotros aún debemos anhelar tener comunión. No pienses que debes dejar de tener comunión a causa de los problemas que existen. Al contrario, nosotros debemos desear tener comunión, para que nuestro gozo sea completo. Aquí en la tierra, no hay cosa alguna capaz de traernos más gozo que la comunión.

* * *

Crecimiento espiritual

"Crecimiento espiritual no significa que gradualmente lleguemos a ser tan semejantes a Cristo que un día llevemos fruto por nosotros mismos, y que Jesucristo se sienta orgulloso de nosotros. Separados de la vida de la vida que fluye a través de nosotros, siempre seremos pámanos inútiles".

Malcolm Smith, en Agotamiento Espiritual



El aporte de los 'filósofos de la sospecha'

Rubén Chacón

«La expresión 'filósofos de la sospecha' fue acuñada por el filósofo francés Paul Ricoeur en 1965 para referirse a los tres pensadores que desmascararan la falsedad escondida bajo los valores ilustrados de racionalidad y verdad. Desde la hermenéutica (teoría de la interpretación), Ricoeur propondrá realizar una arqueología del sujeto para desvelar qué hay de auténtico bajo los valores morales y la verdad (referido a

lidad y verdad. Desde la hermenéutica (teoría de la interpretación), Ricoeur propondrá realizar una arqueología del sujeto para desvelar qué hay de auténtico bajo los valores morales y la verdad (referido a

Nietzsche), la ideología (referido a Marx) y las acciones del ser humano (referido a Freud)».¹

Al desenmascarar la falsedad escondida de todas las acciones humanas –incluso de aquellas más altruistas– queda al descubierto que, en definitiva, lo que mueve al hombre es el deseo egocéntrico de satisfacción (Sigmund Freud), la «voluntad de poder» (Friedrich Nietzsche) y la dominación económica (Karl Marx). Esto es lo realmente auténtico del hombre.² Lo demás son formas ‘camufladas’. Esto es lo mismo que afirma la Escritura cuando dice que «*todos están bajo pecado*» (Rom. 3:9).

En esta oportunidad, citaremos la descripción magistral que hace el teólogo Antonio Bentué³, a la luz de las intuiciones de estos «filósofos de la sospecha», de la situación alienada del hombre en el mundo:

«Nacemos y nos encontramos en la vida llevados constantemente por un *deseo*. La vida se sustenta espontáneamente en un puro deseo de satisfacción egocéntrica. El recién nacido no puede soportar que su deseo no sea cumplido. Confunde la realidad con su propio deseo; esa realidad debe someterse siempre a su impulso egocéntrico de satisfacción. Esa estructura espontánea del ser humano recibe en psicología profunda el nombre de narcisismo.

Ahora bien, el tiempo en que po-

demo mantener con cierta tranquilidad nuestro narcisismo es corto: el período intrauterino o fetal –que constituye el sueño paradisiaco del deseo narcisista–, y quizás los dos primeros años de vida. Pero en seguida la realidad ajena a nuestro deseo espontáneo comienza a hacerse sentir con fuerza. Ya el mismo acto de nacer constituye la primera gran frustración del deseo. Debemos renunciar a la pura pasividad ‘fetal’ y afrontar el mundo, con su oposición a nuestro deseo narcisista. Por eso el ser humano nace *llorando*.

La lucha entre el deseo espontáneo de satisfacción egocéntrica y la realidad frustrante irá tomando mayor vehemencia. Los estudios actuales psicoanalíticos atribuyen a los primeros años de vida una importancia decisiva en esa lucha, que constituye la cuna de los síntomas neuróticos ulteriores.

Nuestra vivencia primera nos lleva, pues, a constatar la experiencia humana, en primer lugar como existencia *mortificadora*: el deseo de vivir según el principio espontáneo de satisfacción choca con el obstáculo de la realidad que no corresponde a aquel deseo, sino que lo *mortifica*.

Así, esta experiencia del inicio de la vida, que no por ser inconsciente es menos real y cruda –sólo basta recordar que a ese período corresponde la incubación de las neurosis–, pone al hombre inmediatamente frente al problema fundamental de su existencia: la muerte.

Problema de la muerte

El deseo egocéntrico de satisfac-

¹ «Kalipedia.com»

² No nos referimos aquí a su esencia, sino a su existencia «caída» o enajenada («fuera de sí»).

³ «La opción creyente» Introducción a la Teología Fundamental. Ediciones Facultad de Teología, 1983.

ción es, antes que nada, *deseo de vivir*. Ahora bien, la existencia nos impone un límite absolutamente insuperable y frustrante del deseo: la muerte.

El obstáculo de la muerte se nos hace más patente en determinadas circunstancias (muerte de los seres más queridos, peligros graves de la propia muerte...). En esas situaciones la vida llega a achicarse tanto que nos parece como si todo se muriese a nuestro alrededor. Todo se ensombrece y parece inconsistente. Cuántas veces hemos oído hablar de enamorados que, al separarlos la muerte, se suicidan o se sienten absolutamente incapaces de seguir viviendo, puesto que todo se ha muerto para ellos.

Esta sensación puede parecernos irreal y debida a los 'nervios'; sin embargo, en el fondo nos hace experimentar el problema radical de la muerte. ¿En qué consiste esa radicalidad del problema? En lo siguiente: el hombre se encuentra en la existencia como el único consciente. Esa conciencia lo hace precisamente hombre. Vive y *sabe que vive*. Este privilegio lo convierte en el único viviente capaz de *dar sentido* a todo lo demás. La existencia necesita absolutamente de una conciencia para *tener sentido* y ése es el hombre; por eso es el 'rey de la creación'.

Pero ese mismo privilegio es un arma de dos filos, puesto que se convierte en su propia desgracia: el hombre si bien es el único que sabe que vive, también es el único que *sabe que va a morir*. Esa conciencia hace del hombre el más desgraciado de los vivientes, puesto que es el único que conoce la frustración como ley básica

de la existencia. Pero además, esa situación convierte su existencia en un posible *absurdo*. En efecto, si bien sólo él es capaz de dar sentido a todo gracias a su conciencia, en cambio, el mismo se encuentra amenazado por el fin de su conciencia dadora de sentido.

No es necesario prolongar más estas reflexiones para reconocer que la muerte, sin duda alguna, constituye un problema radical para el hombre de todos los tiempos y lugares.

Es el dato de la existencia. Su solución valdrá, pues, en la medida que respete íntegramente la situación vivida, sin camuflarla o alienarse de ella.

Problema de la vida

La muerte es, sin duda, el principal problema de la vida. Cualquiera cosa es tolerable por «salvar la vida».

Sin embargo, la vida constituye también un problema fundamental en sí misma. Tanto es así que una vida sin muerte podría constituir para muchos –o quizá para todos– un problema mayor que el que plantea la perspectiva de morir. En efecto, la muerte en la situación actual del hombre puede aparecer a menudo como la solución al problema de la vida, a su monotonía, a su vacío, al sentimiento radical de inconsistencia.

La vida puede, de hecho, experimentarse como tremendamente decepcionante y hasta absurda en sí misma. Una vida que en último análisis, por encima de los fuegos artificiales de la técnica y del progreso, puede reducirse a 'pasar la vida': trabajar para comer, comer para trabajar

y eso hasta morir; y de ahí otros siguen en el mismo ciclo indefinidamente. Necesitamos hacer 'obras' que duren para evitar esa sensación angustiante de inconsistencia. Pero ¿esas 'obras' no camuflan precisamente el problema básico de la vida? ¿No queda el hombre finalmente siempre solo en su conciencia? ¿O no sería una solución más 'práctica' simplemente quedarme con el pedazo de placer que la vida quisiera brindarme? Pero si esa fuese la solución haríamos imposible la cultura y, finalmente, la vida del hombre; pues caeríamos nuevamente en la 'ley de la selva'.

A este respecto es particularmente sugestivo el pensamiento famoso del Eclesiastés: «*Proclamé dichosos a los muertos que se fueron, más dichosos que los vivos que viven todavía y más dichosos aún a los que nunca vivieron y no vieron lo malo que debajo del sol se hace*» (4:2-3).

Problema de la convivencia

Lo dicho últimamente lleva a plantearse el problema de la convivencia. Y es quizá en este punto donde la existencia resulta más penosa.

El amor, la solidaridad, la fraternidad universal son palabras bonitas que a menudo pueden simplemente

intentar encubrir una mala conciencia. Pero el problema es más agudo aún: ¿Hasta qué punto es realmente posible la convivencia *sincera* o el amor *desinteresado*?

Si reseguimos la historia de la humanidad, podemos constatar con facilidad que los móviles históricos y los sucesos que marcan la historia no son precisamente factores de convivencia o de amor, sino más bien de 'victorias' o 'derrotas'; es decir, de vencedores y vencidos. Y los 'armisticios' o pactos de convivencia suelen ser imposiciones del más fuerte sobre el más débil. Esto no significa que el más débil tenga que soportar un trato injusto porque perdió sin razón; a veces el vencido, intentaba también él imponerse injustamente (por ejemplo, la derrota de Hitler). La situación humana latente no es la de tender a la con-vivencia, sino a la 'voluntad del poder'.

Si analizamos el problema, no desde un punto de vista histórico-social sino individual, podemos llegar a conclusiones no menos frustrantes.

Los móviles naturales del ser humano no son precisamente altruistas. El egocentrismo radical del psiquismo del hombre marca todas sus actuaciones; en muchos casos aparece a primera vista la tendencia

Al desenmascarar la falsedad escondida de todas las acciones humanas ... en definitiva, lo que mueve al hombre es el deseo egocéntrico de satisfacción, la voluntad de poder y la dominación económica.

espontánea de buscar mi interés aunque sea a costa del interés del vecino. Y cuando el egocentrismo parece ausente, no es difícil detectarlo camuflado en nuestros mismos actos 'altruistas' o benéficos.

En este sentido la 'sospecha' que el psicoanálisis freudiano ha proyectado sobre todas las aparentes formas altruistas o desinteresadas del hombre, por medio de su estudio de los mecanismos subconscientes de nuestro psiquismo, da que pensar. ¿El amor es realmente posible, en definitiva? ¿O no es quizá más que una forma 'camuflada' de egocentrismo? ¿No será, pues, una triste realidad la experiencia que la antigüedad clásica formuló con la famosa frase «Homo homini lupus» (El hombre es un lobo para el hombre) y que un pensador actual –Sartre– ha expresado también con la afirmación de que «el otro es el infierno»?

Ahora bien, la falta de convivencia se presenta como eminentemente problemática cuando el hombre no resulta ser un lobo para otro lobo, sino que aparece siendo lobo para una oveja. Es el problema agudo de la injusticia hecha a los inocentes. Problema que ya torturó a Job (Job 16-17) y que constituye uno de los 'argumentos' principales del ateísmo existencial contemporáneo.

Alienación y opresión

La estructura egocéntrica del ser humano determina, por otro lado, la agudización del problema del hombre no ya a nivel ontológico⁴ descrito

hasta ahora, sino a nivel histórico (óntico). El problema radical de la muerte, la vida y la convivencia, que afecta al hombre como tal, se «camufla» bajo formas de *alienación opresora*, que es importante detectar.

El espectro de la muerte provoca en el hombre la búsqueda de vivir al máximo, evitando en lo posible el cuestionamiento radical planteado por ese *tener que morir*. De esa forma, la vida tiende a convertirse en un esfuerzo frenético de acción (poder) y evasión (confort y riqueza), que permita experimentar la 'seguridad' en la vida. Pero ese intento de negar la muerte y vivir la vida plenamente está marcado por el egocentrismo radical de nuestra estructura psico-biológica. Ella hace de la lucha por la vida una lucha selvática para ahuyentar o disimular al máximo la amenaza de la muerte. La historia va desarrollándose así en función del 'poder'. Los que 'pueden' más buscan vivir mejor, arrasando en su camino a los que pueden menos. Los mecanismos subconscientes o dialécticos de esta lucha por el poder, que permita vivir mejor y camuflar el espectro de la muerte, han desembocado en las situaciones históricas de un mundo de hombres y mujeres radicalmente desiguales, en donde el poder de un sector minoritario permite a unos pocos gustar opulentamente de la vida a *costa* de que otros muchos queden sumidos en la miseria.

Las grandes mayorías del mundo viven una pobreza crónica y en aumento, correlativa a la riqueza sin límites de grupos 'desarrollados' y superdesarrollados.

⁴ Relativo al ser de las cosas.

Con el fin de poder mantener esa situación intolerable para la gran masa de pobres, las minorías poderosas tienen que emplear formas cada vez más sofisticadas de control que permitan asegurar ese 'equilibrio' desigual del poder a su favor. De esta manera se desarrollan las diversas carreras armamentistas y los sistemas de espionaje que pretenden imponer los propios intereses hegemónicos.

Así el poder de los más dotados es ejercido para perpetuar sus intereses y aumentarlos, manteniendo controladas las ansias de sobrevivencia de las mayorías. Un factor fundamental de ese control está constituido por la manipulación de los sistemas de valores transmitidos por los medios de comunicación de masas.

De esta forma la huida alienante del hombre ante su propia inconsistencia mortal y egocéntrica, provoca la búsqueda desesperada de riqueza, que permita experimentar la vida propia como fundada. El ansia de posesión de riqueza desencadena a su vez la lucha por el poder, que asegure el logro creciente de los bienes a costa de mantener fuera de competencia a las grandes masas utilizándolas sólo como productoras y multiplicadoras de bienes de capital para unos pocos.

A su vez, para que la riqueza y el poder puedan mantenerse con mayor seguridad y tranquilidad de conciencia, esos mismos centros de poder manipulan los criterios sociales de los valores. De acuerdo a ellos, valen los que 'tienen'. Los grandes ricos y

poderosos se proyectan como 'admirables' y deseables (sólo basta observar la mayoría de los réclames de propaganda televisiva y gran parte de las producciones cinematográficas y de los magazines y teleseries de consumo masivo). La idolatría de la riqueza y del poder es así legitimada como valor. Las masas tienden también a aceptar como buena esa estructura y a desear participar en ella.

Para mantener esa valoración en la gente, el mismo sistema se preocupa de alimentar en las mayorías desposeídas la ilusión de que podrán algún día también entrar en el mundo de los que 'tienen' riqueza y poder: expectativas de una educación de los hijos que les permitirá 'surgir', o expectativas populares de 'loterías' futbolísticas o de sorteos que cambiarán su suerte; asimismo interés por las novelas o noticieros 'románticos' sobre gente 'aristocrática' o idolatrada, que alimentan en los mismos pobres el gusto por saber y admirar lo que ocurre en la vida de príncipes y princesas, artistas y cantantes famosos».

La pretensión alienante de que el 'tener' funda al hombre, dándole consistencia valórica, permite así mantener, e incluso agudizar, la situación opresiva de unos pocos a costa de la mayoría desposeída y consolada de su miseria por la ilusión de que, gracias a los mismos mecanismos del sistema imperante, podrán algún día también ellos entrar en el 'mundo de fantasía' del confort, el poder y el dinero.

* * *

CARTAS

Agua fresca

Yo estaba cavando pozos para encontrar una corriente de agua viva pero al cavar en distintos pozos, en cada uno de ellos me encontraba con que el agua estaba contaminada o me sabía amarga. Voy a cumplir dos años de haber hallado un pozo del cual fluyen ríos de agua viva y he encontrado Al que Vive por Siempre. A través de los mensajes que nos comparten en la revista Aguas Vivas me he ido nutriendo con esa agua fresca que fluye de la palabra de Dios. Cada mensaje ha ido calando hondo en mi

persona hasta llegar al punto de rendir mi voluntad al Amado, de negarme a mí mismo para que Cristo resplandezca.

He escuchado también las predicaciones que tienen en audio y he bajado algunos cantos preciosos; realmente han sido una bendición para que el Señor me muestre su gloria.

Que Dios siga bendiciendo este ministerio del cual nos hemos nutrido muchos hermanos en todas partes del mundo.

*Raúl Martínez Banda
San Nicolás de los Garza
Nuevo León (México)*



Toda bendición procede de Dios;
por tanto, toda la gloria es para Dios.

aguas vivas, una revista para todo cristiano

Año 10 · Nº 60 · Noviembre - Diciembre 2009

Redacción

Equipo Aguas Vivas / Chile
www.aguasvivas.cl

Colaboradores invitados

Stephen Kaung, Christian Chen,
Ben Hiebert, Gino lafrancesco.

Diseño y distribución

Mario Contreras / F. (45) 343429 Temuco
E-mail: aguasvivas.cl@gmail.com

Contacto en USA y México

David Calvo / Fono (956) 432-3752
P. O. Box 2632, McAllen, TX 78502 USA
E-mail: salmo2020@yahoo.com